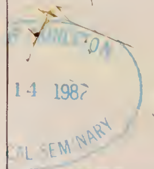
Editorial Difusión

FRANCISCO PABLO DE SALVO

La Obra Magna del Apóstol de la Patagonia

CAGLIERO CIVILIZADOR

95 cts.


14 1987
EM NARY

Cagliero Civilizador

Francisco Pablo De Salvo

Cagliero Civilizador

*

1939
EDITORIAL DIFUSIÓN
TUCUMAN 1859
BUENOS AIRES

PROLOGO

Escribí las páginas que van a leerse con espíritu argentino, contemplando la personalidad del Eminentísimo Cardenal Juan Cagliero en el escenario de su apostolado en la Patagonia, que recorrió en toda su extensión. Es sólo el civilizador el que presento, porque la biografía del ilustre Purpurado está escrita por el P. Juan Cassano con abundancia de información. En el año del centenario del gran Misionero, en la Argentina que tanto debe a su infatigable labor, no debía faltar siquiera fuese una voz modesta que pregonase los méritos del Apóstol que sembró el bien a manos llenas. Actuó en el sur argentino, cuando todo hubo de hacerse, porque nada había, y el espíritu creador del protagonista de este modesto trabajo que ofrezco a los lectores, se manifestó en la amplitud extraordinaria que lo distingue entre los grandes servidores de nuestro país.

He dividido la monografía en tres partes. La primera, titulada "LOS LUCHADORES DEL BIEN", a modo de introducción, contempla la primera permanencia del Cardenal Cagliero en la Argentina, con breve reseña de su actuación en la Capital Federal; la segunda, "LA AVANZADA MISIONERA", ofrece la vastedad del escenario en que desenvolvió su apostolado; la tercera, con el epígrafe "EL APOSTOL Y CIVILIZADOR", abarca la actuación del protagonista en la multiplicidad de la labor desenvuelta. No es todo lo que de él puede decirse; es apenas una mínima parte. Los innumerables viajes que hizo y la intensidad de las tareas cumplidas, exigirían estudios de mayor aliento. Baste decir que como viajero surcó once veces el Atlántico durante su residencia en la Argentina, y no como turista; luego pasó a Centro América, renovando reiteradamente dichos viajes y recorrió casi todo este continente y los principales países europeos, con fines especiales y dando conferencias sobre la Patagonia y las Misiones Salesianes. En cumplimiento de su apostolado cruzó la Pampa, Neuquén, la Patagonia y Tierra del Fuego en todas direcciones. Este solo aspecto de su actividad ofrece tema abundante a quien quiera abordarlo.

Lo mismo puede decirse de la obra del Cardenal Cagliero como diplomático, músico y compositor notable, predicador erudito y persuasivo, y aun como escritor a través del gran número de cartas e informes ilustrativos sobre los territorios argentinos del sur, que formarían, si se reuniesen, volúmenes preciosos para el conocimiento de un período interesante de la evolución nacional.

Aprovecho, en mi limitada monografía, algo de tan importante material, y ofrezco sólo los hechos que dan relieve a la personalidad que estudio, sin entrar en detalles que corresponden a la biografía. Como lo ví y admiré de niño, como lo contemplo ahora, en los rasgos esenciales del Apóstol y civilizador, así pretendo describirlo. Estudios de mayor amplitud podrán situarlo en los otros campos de su actividad, y aun en éste, que considero inagotable.

Un deber de gratitud, como ex-alumno de la Obra de Don Bosco, obligóme a escribir las páginas que entrego al juicio del público, en homenaje a los que tanto hicieron y siguen haciendo en favor de la niñez y la juventud de nuestra patria.

BAHIA BLANCA, Junio de 1939.

Francisco Pablo DE SALVO

LOS LUCHADORES DEL BIEN

I

El día augural

En el puerto de Buenos Aires hubo alboroto el día 14 de diciembre de 1875. Se reunieron allí el Vicario General del Arzobispado, Monseñor Mariano Antonio Espinosa, el Cura de la Merced, Monseñor Antonio Rasore, el Cura de la ciudad de San Nicolás de los Arroyos, Monseñor Pedro Ceccarelli, rodeados por unas doscientas personas, en su casi totalidad inmigrantes italianos, miembros de la Confraternidad de "Mater Misericordiae". El bullicio atraía la curiosidad de los obreros de los muelles, dispuestos a recibir los equipajes de los pasajeros que venían en el transatlántico "Savoie" procedente de Europa, trayendo buen número de viajeros.

¿A quiénes esperaban? Aumentó la curiosidad, cuando en un vaporcito que fué al alcance del transatlántico, tomaron sitio los eclesiásticos, y desde el malecón se hacían disparos de bombas de estruendo. Los buenos italianos mantenían la tradición de celebrar los acontecimientos con abundante pirotecnia.

—Son los primeros salesianos que vienen a la Argentina a dedicarse a misionar entre los inmigrantes italianos, — explicó alguien.

—¡Vivan los Salesianos! — gritaron los manifestantes.

Entre tanto, atracado el vaporcito al costado del "Savoie", buque francés que hacía la carrera entre Génova, Marsella, Barcelona y Buenos Aires, a bordo de la nave se produjeron momentos de alarma. Los estruendos de las bombas eran de tal calibre, que los pasajeros se preguntaban si había estallado una nueva revolución en la capital argentina. El capitán calmólos, diciendo:

—No teman, que las detonaciones son en saludo de los misioneros salesianos.

Ya en cubierta los eclesiásticos, Monseñor Ceccarelli se confundió en un abrazo con un sacerdote alto, robusto, de ojos claros y mirar bondadoso, que se encontraba a bordo con otros sacerdotes.

—¿Quién es este cura que así es recibido? — interrogaron algunos sorprendidos ante tan inusitada recepción.

—Es el teólogo Cagliero, —se dijo—, y llega como Superior de los Salesianos que envía el Fundador de la Congregación, Don Juan Bosco. Vienen a instalarse en tierras argentinas para la asistencia espiritual de los inmigrantes italianos.

Los sacerdotes eran José Fagnano, Valentín Cassini, Domingo Tomatis, Juan Bautista Baccino y Santiago Allavena. Con ellos venían los coadjutores Vicente Gioia, Bartolomé Scavini, Esteban Belmonte y Bartolomé Molinari, obreros de oficios varios.

En el vaporcito, después de los saludos, eclesiásticos y civiles fueron transportados desde la rada al muelle. Los compatriotas que los aguardaban dieron expansión al entusiasmo.

—¡Vivan los salesianos! — exclamaban con voces vigorosas.

Rodearon a los viajeros, saludáronlos con efusión, y volvieron a repetirse los disparos de bombas de estruendo.

El Vicario del Arzobispado, Monseñor Espinosa, ofreció a los sacerdotes los carruajes que ocuparon para trasladarse, como primer acto, al templo, donde darían gracias a Dios por el feliz arribo a tierra argentina.

El paso de los carruajes fué observado por buen número de personas que saludaban a los ocupantes.

Los miembros de la Confraternidad de "Mater Misericordiae", de a pie, rompieron la marcha hacia el templo de la Merced.

Estaba dispuesto el alojamiento de los huéspedes, y al llegar a él, se sorprendieron al encontrar al Arzobispo de Buenos Aires, Monseñor León Federico Aneyros, que quiso testimoniar personalmente su bienvenida a los Hijos de Don Bosco, cuya fama extendida ya, le hacía presumir una colaboración muy descollante en el terreno religioso.

Cumplido este propósito, el Arzobispo dejó a los Salesianos que se instalasen, y los alentó con el anuncio de estar en todo a disposición de ellos, en lo relacionado con la noble misión que los traía.

El teólogo Cagliero, apenas se tomó tiempo de cepillar la sotana, y, en el mismo carruaje que lo trasladara desde el puerto, se fué a la residencia episcopal a agradecer la bondad de Monseñor Aneyros, que se dignó tener tan alta cortesía con ellos.

Los sacerdotes de la Obra de Don Bosco al entrar en el despacho del Arzobispo tuvieron otro motivo de sorpresa. En torno de Monseñor Aneyros se hallaban los vicarios genera-

les, los canónigos de la Catedral y todos los curas párrocos de la capital; también algunos civiles, prestigiosas personalidades del catolicismo argentino, y entre éstos, un anciano casi octogenario, de simpática estampa.

Con mucha amabilidad y delicadeza los recibió el Arzobispo, que, en prueba de afecto, abrazó, uno por uno, a los sacerdotes recién llegados, y con sencillez, conversó con ellos, interesándose por Don Bosco, por el desarrollo de su obra, los trabajos que emprendía, y sobre todo, por las actividades que los Salesianos desarrollarían en éste su amplio campo de acción. Para subrayar su complacencia, les dijo, el prelado:

—Felices las diócesis que puedan tener Casas Salesianas. Ellas serán una verdadera bendición, inclusive para la mía!

La cordialidad del Excelentísimo Arzobispo impresionó hondamente a los religiosos. Hubo otro motivo más de grata sorpresa. El anciano de presencia venerable era don Francisco José Benítez, afincado en San Nicolás de los Arroyos, el primer cooperador que les ayudaría a instalarse con un colegio en dicha población. A sus expensas, con el aporte de otros, construía el edificio en una chacra de propiedad del gobierno, transferida a los Salesianos, que le tendrían por su constante amigo.

Así eran de gratas las impresiones del día aquel. Otras novedades hubo aún. El Arzobispo anunció su resolución: el teólogo Cagliero, de quien tenía excelentes referencias por cartas recibidas de Italia, debía ocupar el cargo de capellán de la Capilla Italiana de *Mater Misericordiae*. Los demás salesianos se trasladarían a San Nicolás de los Arroyos a instalar el primer colegio.

Conformábase Cagliero a ocupar el lugar que indicaran los Superiores. En la diócesis de Buenos Aires estaba, y Monseñor Aneyros disponía. ¡Que se hiciera su voluntad!...

Antes de llegar, ya se había enterado de lo que haría, porque el Arzobispo, al recabar la presencia de los Salesianos en la Argentina, escribió a Don Bosco: "Los italianos que hay en Buenos Aires son 30.000, y la mayoría de los sacerdotes italianos vienen, me duele decirlo, a "hacer la América" — (far quattrini e nient altro)"

Empezaría la atención espiritual de los inmigrantes italianos conforme al deseo del prelado. Ocupó la capellanía de Mater Misericordiae y en seguida se apreció su celo. Llegó a Buenos Aires el 14 de diciembre, y el día siguiente estaba predicando la novena de Navidad, atrayendo la atención del auditorio por la elo-

cuencia de su palabra y la solidez de su argumentación.

Los periódicos comentaron sus sermones, y "El Católico Argentino", en la edición del 25 de diciembre, publicaba: "El domingo pasado predicó en la iglesia *"Mater Misericordiae"* este distinguido sacerdote, superior de los salesianos, llegados últimamente de Europa. Es un elocuente orador, de palabra fácil, enérgica y persuasiva. El tema de su discurso fué la benéfica influencia de la religión en el individuo, en la familia y en los pueblos. Probó, también, que el catolicismo es la fuente única de la civilización y del progreso".

Le tenemos en su elemento. La robusta voz del teólogo se hace oír con gusto y entusiasmo. Los buenos italianos que lo escuchan en la lengua vernácula, comentan la impresión que reciben. El prestigio que la predicación le da, extiéndese a los hogares. En las familias de los compatriotas arraiga el buen concepto que llega, en alas de la fama, a los connacionales que viven en la campaña y en las ciudades y pueblos del interior. Muchos van a Buenos Aires para oírle y consultarle en sus preocupaciones íntimas. Se convierte en amigo y consejero de todos.

¡Excelente todo esto! Pero... ¿y los sueños del Fundador?

II

Los sueños de Don Bosco

El cónsul argentino en Savona, Comendador Juan B. Gazzolo, se presentó un día a Don Bosco, para entregarle la carta del Arzobispo de Buenos Aires que le pedía sus sacerdotes para la asistencia espiritual de los inmigrantes italianos. ¡Hermosa idea! El Fundador, sin embargo, había andado inquieto, estudiando la geografía y etnología de distintas naciones lejanas, con el fin de dar una interpretación cabal a cierto sueño que tuvo en el año 1872.

"Me pareció encontrarme, —contaba—, en una región salvaje y desconocida. Inmensa llanura, sin bosques ni colinas, circundada a enorme distancia por montañas escarpadas. Vi una turba de hombres de extraordinaria estatura, de color bronceado, casi desnudos. Sólo llevaban pen-

dientes de los hombros pieles de animales, y sus armas eran una lanza y un lazo.

"Unos iban a la caza de bestias salvajes; otros peleaban entre sí; otros venían a las manos con tropas vestidas a la europea, y la tierra pronto quedó sembrada de cadáveres.

"Vi aparecer, entonces, en los confines de la llanura, muchos personajes, en que reconocí misioneros de distintas órdenes religiosas. Iban a predicar a aquellos bárbaros la religión de Jesucristo; mas fueron recibidos con un furor diabólico y muertos en medio de una algazara infernal, y sus miembros sangrientos ensartados en las puntas de sus lanzas.

"Dije dentro de mí: —¿Cómo convertir a esa gente brutal? Y vi en lontananza otros misioneros de alegres rostros, precedidos por un grupo de jovencitos. "Van a hacerse matar", —pensé temblando. Reconocí a mis salesianos. Quise avisarles que huyeran, cuando advertí que los salvajes se alegraban de verlos, escuchaban sus palabras y respondían a sus oraciones.

"Y luego no más los vi deponer las armas, arrodillarse y hacer coro a los salesianos que cantaban alabanzas a María. Y me desperté".

Ante el requerimiento del Arzobispo de Buenos Aires por intermedio del Comendador Gazzolo, pidió a éste libros e ilustraciones sobre la Argentina, la naturaleza de su suelo, el ca-

rácter y raza de sus habitantes, y otros detalles que juzgó preciso consultar. Todo le hizo comprender que ésa era la tierra entrevista en el sueño que estimó profético. La Pampa dominada por el salvaje y la Patagonia en su casi totalidad desconocida, eran las tierras presentidas.

Bueno; sí, irían sus salesianos a América del Sur, a tierras argentinas. Complacíale el requerimiento del Arzobispo Aneyros. Claro que, el objetivo señalado —la asistencia de los inmigrantes italianos— era importante; pero no menor importancia tenía el reducir a los salvajes, instruyéndolos en la doctrina de Cristo.

¿Quién capitanearía la expedición misionera? Antes de elegir el candidato, Don Bosco llegóse hasta Roma a presentar su plan al Pontífice Pío IX, quien aprobó el propósito misionero. Contento de la aprobación pontificia, comenzó a pensar en el jefe que necesitaba poner a la cabeza del primer escuadrón de evangelizadores. Pareció inclinarse Don Bosco por la elección del P. Bonetti. La edad de este laborioso sacerdote era un inconveniente.

Otro recuerdo vino a iluminar la mente del Fundador. El sacerdote Juan Cagliero, siendo niño, en el pueblo natal, Castelnuovo D'Asti, cuando él iba al caserío de los Becchi, le atrajo por su despejo y su decisión. El mismo protagonista refirió la primera conversación que tu-

ro con Don Bosco, al ser presentado por el Preboste de Castelnuovo, su pueblo querido del Piamonte. Era éste el sacerdote Don Cinzano, que elogió la inteligencia y disposiciones del muchacho.

Don Bosco dijo a Cagliero:

—El señor Preboste me dice que tú quieres estudiar. ¿Es verdad?

—Sí, señor Don Bosco.

—¿Y qué quieres ser, médico?...

—Sí, yo quiero ser médico.

—Médico..., está bien, — observó Don Bosco, — pero... de almas.

En el día de todos los Santos de 1851, tuvo lugar otro diálogo entre el niño Cagliero y el Santo Fundador de los Salesianos. Ahora el niño concretamente dice: *—Quiero hacerme sacerdote.* Habla Don Bosco con la madre de Cagliero, y ésta, mujer todo corazón, accede a los requerimientos del Santo, y le entrega a su hijo. Pronto estaba camino de Turín.

La vida de Cagliero parece predestinada a lo extraordinario, pues contando apenas diez y seis años, mientras trabajaba en la asistencia de los enfermos de la epidemia del cólera que asoló a Turín en agosto de 1854, se sintió enfermo y cayó en cama. Su estado era gravísimo. Los célebres médicos doctores Galvagno y Bellingieri tuvieron una consulta, y examinado minucio-

samente al joven paciente, manifestaron que se trataba de un caso perdido. Sugirieron a Don Bosco la conveniencia de administrarle los últimos sacramentos. Se encargó de preparar al enfermo para este trance, el clérigo Buzzetti, quien le anunció que vendría en seguida. Don Bosco no tardó en entrar en la habitación donde se asistía el enfermo. Se detuvo en el umbral deslumbrado por un maravilloso espectáculo.

"Vió Don Bosco, —refiere el biógrafo Lemoyne—, aparecer una hermosísima paloma que, como un foco luminoso, despedía rayos de vivísima luz, de suerte que toda la habitación quedaba iluminaba. Traía en el pico un ramo de olivo y volaba alrededor del cuarto, una y otra vez. Luego detuvo el vuelo sobre el lecho del jovencito enfermo, tocó sus labios con el ramo de olivo, que dejó caer, finalmente, sobre su cabeza. Desapareció, enviando una luz más viva que la del principio. Tuvo entonces, Don Bosco, la intuición de que Cagliero, lejos de morir, obraría aún muchas cosas para gloria de Dios; que la paz, simbolizada en el ramo de olivo, sería anunciada por su palabra; que el esplendor de la paloma significaba la plenitud del Espíritu Santo que lo había ungido. Desde ese momento, Don Bosco tuvo una idea confusa, pero firme, y siempre constante, de que el joven Cagliero sería obispo.

"Siguió a la primera, otra visión. Y fué que, adelantándose Don Bosco hasta la mitad del cuarto, maravillosamente desaparecieron las paredes y rodeando el lecho vió una multitud de extrañas figuras de salvajes que fijaban su mirada en el rostro del enfermo y con viva inquietud parecían pedirle socorro. Dos figuras de hombres que se distinguían sobre los demás, una de aspecto horrible y medio negra, otra de color de bronce, de mucha altura y de aspecto guerrero, con cierta expresión de bondad; estaban inclinadas sobre el pequeño moribundo. Años más tarde Don Bosco llegó a comprender que aquéllas eran las fisonomías de los salvajes de la Patagonia y de la Tierra del Fuego".

Muy hondo debieron influir las reminiscencias de tales visiones, y aun el diálogo que mantuvo con el enfermo, apenas disipados los cuadros que Lemoyne menciona, entrevistos por el Santo.

Don Bosco con su habitual calma y dulce sonrisa, acercóse al lecho, y Cagliero, preguntó:

—¿Es esta mi última confesión?

—¿A qué viene esa pregunta? — manifestó Don Bosco.

—Porque deseo saber si debo morir o no.

Hubo en Don Bosco un instante de recogimiento, y dijo:

—Dime, Juan, ¿te gustaría ir ahora al paraíso, o prefieres sanar y esperar un poco más?

—¡Oh, querido Don Bosco! — exclamó Cagliero, — yo elijo lo que más me convenga.

—A ti te convendría ir en seguida al paraíso, en tan tierna edad. Pero aún no es tiempo; no quiere el Señor que tú mueras ahora. Hay que hacer muchas cosas todavía: curarás y según fué siempre tu deseo, vestirás la sotana... serás sacerdote; y... después... ¡después!...

Calló Don Bosco un instante, para proseguir:

—Después con tu breviario debajo del brazo, ya tendrás que dar vueltas; y harás llevar el breviario a muchos otros... ¡Oh, si tienes cosas que hacer antes de morir!... E irás lejos... ¡lejos!

—Si es así, —expresó Cagliero—, no es menester que me prepare a recibir los sacramentos. Estoy con la conciencia tranquila. Me confesaré cuando haya abandonado la cama y cuando confiesen y comulguen todos mis compañeros.

—Bueno, — dijo Don Bosco, — puedes dejar eso para cuando estés levantado.

Todo este diálogo, según refiere el biógrafo de Cagliero, Juan Cassano, lo solía repetir él mismo, y aseguraba que lo tenía como una profecía.

En los primeros días de permanencia en Buenos Aires, nostálgico de la patria, con la memoria puesta en el Oratorio de Valdocco, añorando al Padre y al Maestro, meditaba sobre su destino. Las predicciones estaban visibles en su nuevo ministerio y eran como el eco de aquellas palabras: —*Vestirás la sotana; serás sacerdote, y después, con el breviario debajo del brazo, ¡ya tendrás que dar vueltas!...*

Al experimentar, de niño, el deseo de ser sacerdote, y más tarde, al estudiar en el liceo y en la Universidad para doctorarse, y al seguir, también, su vocación de músico, que le acreditó entre los compositores de música sacra de mayor prestigio, nunca pensó que la Argentina y otros países de América serían el centro de sus actividades.

Joven, de gran estatura, de energía capaz de soportar las mayores fatigas, de sólida preparación teológica, de palabra ardiente y de corazón bondadoso, era señalado como el gran capitán de las cruzadas misioneras. Temple de carácter inquebrantable, sus nostalgias eran ternuras de recuerdo; nunca debilidad.

III

La primera fundación salesiana

Estaba don Francisco José Benítez entre los que acompañaban al señor Arzobispo de Buenos Aires, en su despacho episcopal, cuando el sacerdote Cagliero fué a retribuir el saludo del prelado. Es el primer cooperador de los salesianos a su arribo a la Argentina. El cronista de la expedición, publicó la semblanza en el "Boletín Salesiano", en estos términos:

"Figuraos un venerable anciano de casi ochenta años, pero todavía fresco y robusto. Fué gobernador de la Provincia y general del Ejército, hombre de letras y muy docto. Habla igualmente bien el español, el italiano y el latín; está dotado de una memoria tenacísima y de un carácter aún pletórico de juventud. Añadid a todo esto, una humildad verdaderamente cristia-

na, una caridad y una bondad patriarcales y os habréis formado alguna idea del señor Benítez. Nos recibió con los brazos abiertos, suplicándonos que lo contáramos entre nuestros amigos. Nosotros lo saludamos con el dulce nombre de padre".

Tal personaje presidía una comisión constituída para prestar cooperación a los Salesianos, apenas se supo que se dispuso el envío de la primera expedición. Formaban en ella personas de posición y de cristianos sentimientos. El cura párroco de San Nicolás de los Arroyos, que escribiera reiteradamente a don Bosco, solicitando la presencia de sus religiosos en la parroquia a su cargo, fundaba el pedido en razón muy atendible. En las inmediaciones de esa ciudad, situada en el límite norte de la provincia de Buenos Aires, se radicaron muchos colonos italianos, procedentes de la Liguria, y también los había irlandeses de mucha religiosidad. Les era costoso enviar sus hijos a estudiar a Buenos Aires y preferían se abriera un instituto regentado por religiosos.

Ciertamente que la buena voluntad del párroco no bastaba; tan fué así que apenas llegados a Buenos Aires, los Salesianos comprobaron que faltaba bastante por hacer antes de que pudieran contar con lo indispensable para iniciar las tareas educativas.

En Enero de 1876 hacen la primera visita al nuevo campo de operaciones. Al frente de los viajeros va Cagliero, y los acompaña el Cónsul señor Gazzolo, gestor del traslado a la Argentina de los expedicionarios. El viaje se hace en buque, por el río Paraná, atravesando paisajes hermosos de la pródiga naturaleza del Delta.

Una vez allá, es preciso alojar a los salesianos en casa del párroco Ceccarelli, con excepción de Cagliero que es hospedado en la residencia del señor Benítez por especial deferencia de éste. Tómanse las disposiciones, urgiendo la terminación de las obras del edificio que se construyó en una chacra cedida por el gobierno. Son los meses de verano y no hay, en verdad, apuro por abrir las clases. El P. Fagnano quedará al frente del Colegio, y el P. Cagliero seguirá en Buenos Aires en la capellanía de "Mater Misericordiae".

No permanecieron inactivos mientras se terminaba la construcción; los salesianos no descansan. Visitan las familias italianas y las reúnen en la Iglesia Parroquial, donde les hablan de sus deberes y los adoctrinan.

Terminan finalmente los trabajos de albañilería, carpintería y pintura. El Colegio Salesiano contará con aulas suficientes para la iniciación de los cursos escolares, con capilla anexa para

los oficios religiosos de la comunidad y de los alumnos internos. Es la Obra de Don Bosco, surgiendo en tierra argentina, como retoño del gran árbol arraigado en Turín. Crecerá el retoño al conjuro de grandes sacrificios, y surgirán nuevas Casas y Misiones.

El párroco Ceccarelli dará pronto cuenta de la habilitación del Colegio, que queda bajo la dirección del P. Fagnano. Entran a ocupar el edificio, por disposición de Cagliero, antes de terminar las tareas complementarias de su total habilitación. Es que el trabajo es norma de los Hijos de Don Bosco, que no quedan ociosos si les faltan algunas comodidades, aunque sean las más indispensables.

La carta del párroco está fechada en 20 de junio de 1876. Entre otras cosas, informa: "El Colegio de San Nicolás va perfectamente. Los Padres Salesianos se portan muy bien y son estimadísimos en la ciudad. El nombre de ellos suena ya en toda la América del Sud".

Es hiperbólica la última frase. Es exacto, no obstante, al referirse a los protagonistas de la empresa; de ellos dice: "Fagnano es infatigable; Tomatis, intrépido; Cassini, constante; Allavena, robusto; Molinari, incansable; Gioia, invencible; Scavini, inconmovible en el trabajo científico, manual y religioso.

"¿Y Cagliero? Todo esto y mucho más".

Sí, Cagliero es todo; jefe, director, cerebro, pensamiento, intrepidez, audacia apostólica. Trabajará en Buenos Aires, contando como colaboradores al P. Baccino y al coadjutor Belmonte. Anexo a la Capilla Italiana de "Mater Misericordiae" abrirá el Oratorio Festivo que reunirá a los niños de la ciudad, atraídos por la bondad del que ensaya sus armas en tierra americana, que lo consagrará apóstol y civilizador de la Patagonia.

Las visitas a la ciudad de San Nicolás se extenderán, poco a poco, a otros pueblos. Ya vendrá el período de las cosechas, de las siembras espirituales que le ocupan todo el tiempo de que dispone. El Colegio de San Nicolás es la célula. Al desarrollarse, educando a los numerosos niños que solicitan ingresar para instruírse en sus aulas, quedará cumplido el deseo de cuidar de los hijos de los inmigrantes italianos y recoger a los niños humildes, dándoles asilo y educación.

Al reunirse con Fagnano y los otros en los modestos almuerzos del Colegio, conversan de las iniciativas del Gobierno Nacional, que preside el gran estadista doctor Nicolás Avellaneda, sobre la Conquista del Desierto. El ministro de guerra, doctor Adolfo Alsina, procura extender las fronteras más allá de la línea que arrancando de

Italó llega hasta Nueva Roma, en las proximidades de Bahía Blanca. El sur ignorado, la Pampa inexplorada, la Patagonia, apenas conocida en algunos puntos de la costa atlántica, son los temas obligados. Si el presidente Avellaneda y el Ministro Alsina experimentan inquietud ante el constante peligro que entrañan las incursiones de los indios, y quieren arrojarlos más allá de los desiertos, donde no estorben al progreso y a la civilización, Cagliero y Fagnano representan el espíritu de la civilización necesaria al desarrollo argentino. Comienzan a un mismo tiempo a moverse dos grandes corrientes civilizadoras. El Ejército Nacional contendrá definitivamente a los indios, venciéndolos en sus instintos bárbaros; los misioneros acudirán a buscar al indio en sus campamentos y tolderías, llevándoles la doctrina que los redima de su inferior condición y los eleve en dignidad humana.

IV

Entre luchas y trabajos

¡Treinta mil italianos en Buenos Aires! Era la cifra que daba el Arzobispo como elemento de convicción para que Don Bosco enviara sus misioneros a la Argentina. ¡Buen número, verdad!... ¡Y demasiado para dos sacerdotes instalados en la Capilla Italiana!

Los Hijos de Don Bosco no desfallecen ante la inmensidad del campo que entregan a su cultivo. No los acobarda el trabajo; por el contrario, suspiran por ir allá donde nadie ha llegado todavía, a las tierras desconocidas de la Pampa y de la Patagonia.

Colocados en el deber de consagrarse a la asistencia espiritual de sus connacionales, lo hacen con amoroso empeño.

Los niños de la Capital, conocedores de la bondad de los sacerdotes salesianos, pujan por reunirse en el Oratorio Festivo. Los padres de familia, atraídos por los relatos que les hacen sus hijos, van a enterarse de quiénes son y cómo trabajan esos hombres. Las predicaciones de Cagliero son ardientes.

En Buenos Aires, en el tiempo de la iniciación de su ministerio sacerdotal en "Mater Misericordiae", existía la impresión de que el incendio del Colegio "El Salvador" de los Padres Jesuítas, en abril de 1875, había sido producido por grupos de italianos salidos del Barrio de la Boca, que engrosaron la manifestación hostil. Desde el púlpito de la Capilla Italiana, Cagliero sostiene:

—"No; no han sido los hijos de nuestra Italia los que bajo las banderas sectarias de sociedades diabólicas cumplieron la obra vergonzosa y nefanda".

Monseñor Aneyros seguía con mucho interés las actividades del P. Cagliero, y mantenía deferente atención a todo lo que se hablaba de los éxitos del predicador. Autorizado por el Arzobispo, comenzó por modificar la *Confraternidad de Mater Misericordiae,* borrando de la lista de sus socios a quienes no practicaban la religión y dándole una organización más acorde con el espíritu cristiano que era su objeto y su razón

de ser. Quería en ella a católicos valientes, aguerridos y dispuestos a servir a la Iglesia con amor y abnegación.

Un día concurrió a visitar al Arzobispo, y le pidió permiso para concurrir en misión sacerdotal al barrio de la Boca, entonces temido por todos, y al cual el prelado no se atrevía a enviar a ningún sacerdote, porque corría el peligro de ser perseguido y hasta asesinado. Con inquietud por su suerte, lo dejó ir. Cagliero, afrontó peligros y agresiones en la primera visita. En la segunda que hizo, ya creó algunas amistades. Después, fué aumentando el número de los amigos, y más tarde pudo asegurarle al Arzobispo que se instalaría en dicho barrio. Lo imposible se realizaría por mérito de la intrepidez del sacerdote que iba en busca de almas.

Cumplía con el consejo del Santo Fundador, que al despedir a los primeros misioneros les dijo:

"Sed obsequiosos para con las autoridades civiles y eclesiásticas. No busquéis dinero, buscad almas. Si queréis saber lo que son los milagros, difundid la devoción a Jesús Sacramentado y a María Auxiliadora. Tened un cuidado particular de los inmigrantes italianos que encontraréis allá en tanta abundancia".

A medida que Cagliero adquiría prestigio, aumentaba el encono de los adversarios de la re-

ligión. En las paredes de las casas próximas a la Capilla Italiana y en el barrio de la Boca, aparecían escritas, como una amenaza, estas palabras: *"¡Muera Cagliero!"*

No buscaba ni dinero ni honores, y a pesar de eso, el furor sectario se descargaba en manifestaciones de hostilidad. Eso demostraba el éxito en el ministerio sacerdotal. Si no hubiera alcanzado resultados prácticos, nadie se hubiera interesado por su persona ni por su suerte.

¿Cómo vivía el abnegado salesiano, que tales riesgos afrontaba con serenidad imperturbable? ¿Acaso en la abundancia de dinero y comodidades, que le permitieran atraer con el halago a los humildes que buscaba en el barrio más peligroso de la Capital Argentina?

Monseñor Aneyros quiso cerciorarse personalmente de la situación en que estaba Cagliero. Se presentó de improviso, y el intrépido salesiano, sorprendido en el trabajo de preparar sus sermones, apareció ante el prelado en toda la sencillez de su vida de apostolado.

Introducido el Arzobispo en la insignificante habitación en que se hallaba Cagliero, no pudo reprimir esta exclamación:

—¡No creía que los queridos salesianos, los Hijos de Don Bosco, se encontraran en esta sepultura!

Las viejas paredes de la casa que ocupaban, húmedas, más parecían de sepulcro que de habitaciones.

El asombro del ilustre Jefe de la Iglesia Argentina subió de punto al oír el comentario que a sus palabras hizo el sacerdote.

—¿Comodidades, Monseñor, comodidades? ¿Para qué son? Despiertan la molicie. Los salesianos, por mandato de Don Bosco, rechazamos las riquezas; no las necesitamos, buscamos almas, sí, ¡muchas almas!...

La vocación del Apóstol, que tendrá su máxima expresión en sus correrías apostólicas en la Patagonia, estaba definida en tales palabras, por sí solas elocuentes. Las luchas e inquietudes de ahora, servían de preparación para el futuro próximo. Estaba templándose en la fragua de los sacrificios.

Sabiéndose su vida humilde, la admiración de las gentes aumentaba.

V

La mirada hacia el sur

La personalidad de Cagliero, de perfil acentuado, adquiere el relieve que uno de sus colaboradores ilustres, Monseñor Félix Guerra, actual Arzobispo titular de Verissa, definió en este párrafo: "Conservó constantemente la índole que recibiera de la naturaleza. Precisamente por ser vivaz, decidido, preparado y generoso, de una sinceridad algunas veces desconcertante, pudo hacer, como sacerdote, obispo y cardenal, tanto bien y conquistar entre sus contemporáneos un lugar tan eminente".

El carácter unido a la fe ardiente y al celo apostólico, atrajeron la atención de personas de toda posición social, desde los gobernantes hasta los humildes obreros. Sobre todo entre los trabajadores, adquirió mayor reputación y afectos.

En el trato con ellos se advertía la exquisita bondad que se prodigaba en cuidados. Por eso logró dominar en el barrio de la Boca, que por aquellos tiempos era denominada *la Boca Negra del Diablo.*

Comprende que los pocos salesianos llegados en la primera expedición, no bastan a atender la multitud de trabajos que se ofrecen a su iniciativa. Escribe constantemente a Don Bosco, informándole de lo que se hace en la Argentina y los problemas que se le presentan. Necesita más personal. Mira hacia el sur, coteja detalles, y sigue las gestiones del Ministro de Guerra doctor Alsina, que quiere vencer a los indios y quitarles el dominio de la Pampa. ¿Y después?... ¡Pobres indios si caen en el desamparo!...

En conversaciones con el Director General de Inmigración, señor Dillón, escucha de él, noticias relacionadas con las incipientes poblaciones que surgen en la costa atlántica, en la Patagonia, y se habla de la posibilidad de que los salesianos se trasladen al Chubut como párrocos y misioneros. Esta misma instancia le hace el señor Antonio Oneto, comisario de la Colonia Galense del mismo territorio.

Escribíale el señor Oneto el 1º de marzo de 1876, diciéndole entre otras cosas relativas a la vida de la colonia, a la posición geográfica del territorio y a su naturaleza y clima, que había

llegado allá el cacique Foiel con catorce individuos de su tribu, a quien habló de las intenciones del gobierno, de enviar misioneros para instruirlos. Se trata del jefe de una tribu numerosa de indios semicivilizados. Y agrega: "A la distancia de sesenta millas de la Colonia hay una tribu nómade de individuos "patagónicos-pampas". El cacique es un tal Ciquecian, óptima persona. Ganando la voluntad de este cacique se podrían combinar muchas cosas. Ciquecian es caritativo; dió muestras de ello socorriendo con víveres a la colonia galense. Vengan, pues, dos de sus Padres; haremos maravillas y el Chubut será conquistado para la fe y la civilización. Todo les es propicio para radicarse como Congregación nueva. Demuestren con los hechos que la Sociedad de San Francisco de Sales, bajo los auspicios del caritativo Don Bosco, supo en pocos años redimir y civilizar las tribus del Chubut y Río Negro".

En julio del mismo año, Cagliero se dirigía al Obispo de Concepción, en la República de Chile, que también quería salesianos. El Vicario Apostólico del Uruguay, Monseñor Vera, igualmente los pide. El Arzobispo de Buenos Aires quiere instalar un colegio salesiano en la ciudad de Dolores, en la provincia de Buenos Aires. Desde Villa Libertad, en los alrededores de Concordia, provincia de Entre Ríos, le invitaron a visi-

tar la colonia compuesta por piamonteses y venecianos, y va a predicarles y alentarlos.

A medida que los meses transcurren, es enorme la cantidad de informes que reúne sobre la acción misionera que proyecta. Transmite sus impresiones a Don Bosco, y el Fundador resuelve enviarle *un segundo escuadrón de soldados de la fe.*

Pronto podrá fundarse la parroquia en el barrio de la Boca y un colegio de artes y oficios en el corazón de la capital. La finalidad es reunir a los hijos de los obreros e instruirlos. Quiere conquistarlos por el bien, formándolos ciudadanos dignos, trabajadores útiles, cristianos fervientes.

Sueña Cagliero, con la misma visión profética del Santo Fundador. Es el programa común extendido por los confines argentinos por la voluntad férrea del ejecutor incansable. Vendrán en seguida a cultivar esta tierra los nuevos trabajadores del bien, enviados por Don Bosco, algunos de los cuales serán glorias de la Congregación Salesiana, y todos virtuosos y abnegados.

VI

El escuadrón de infatigables

El Santo Fundador elige a los componentes del nuevo escuadrón que vendrá a la América del Sur. Son los refuerzos que pide Cagliero, porque reclaman salesianos de todas partes. Entre ellos está el sacerdote Luis Lasagna, futuro obispo y Vicario Apostólico de Brasil; y el P. Evasio Rabagliati, que tendrá amplia labor que cumplir en la Argentina y Chile, y después de muchas andanzas misioneras se convertirá en *el apóstol de los leprosos* de Colombia, en cuya atención abnegada descollará. Jefe del escuadrón es el sacerdote Francisco Bodrato, que será el primer párroco de la Boca, y más tarde, inspector de la Obra Salesiana en la Argentina.

Al despedirlos, Don Bosco les dice:

"¡Vosotros partís, pero no seréis solos!... Otros,

y después otros, y todavía más os seguirán!... Vosotros vais a reforzar las filas de los compañeros que ansiosamente os esperan, allá donde han plantado su tienda. El corazón está lleno de esperanzas; aumentan los trabajadores; se redoblará y centuplicará la mies".

Estos misioneros, en dos grupos, se trasladaron a América, embarcándose en Génova: el primero partió el 14 de noviembre hacia Buenos Aires, capitaneado por el P. Bodratto; y el segundo que embarcó en Burdeos, capitaneado por el P. Lasagna, zarpó con rumbo a Montevideo. Repartidos de ese modo, anticipadamente tenían fijado el escenario. Los primeros en la Argentina, y los otros fundarán el Colegio de Villa Colón, en el Uruguay, cerca de Montevideo.

Tampoco serán suficientes los enviados. Como Don Bosco mismo lo anunció, irían otros y otros. El tercer contingente que sale en 1877 está integrado, entre otros, por José Vespignani, el futuro inspector y más tarde Consejero Profesional de la Congregación; Domingo Milanesio y Bartolomé Panaro, grandes misioneros; Galbusera, pedagogo de merecidos prestigios, y varios coadjutores laboriosos. Con ellos viajaba Santiago Costamagna, sacerdote muy joven, de energías inagotables, que pronto se asomará al desierto y tomará conocimiento real de la situa-

ción de los indios. Este es de los predestinados a grandes destinos, y será obispo.

Es con ellos que pueden fundarse nuevos establecimientos; y así surge el Colegio Pío IX, de artes y oficios, primitivamente instalado en la propiedad ubicada en la esquina de Tacuarí y San Juan, y que luego, por disposición del entonces inspector, P. Bodratto, pasó al edificio propio en el lugar que hoy todavía ocupa en el barrio de Almagro.

Cagliero mantenía la obsesión de conquistar definitivamente el barrio de la Boca, tan poblado de obreros, hostil a toda penetración religiosa, no obstante haberse construído una pequeña capilla de ladrillos y barro, que atendía un capellán del ejército, que veía siempre desierta su pequeña iglesia.

Animoso era el P. Bodratto, y en él se encontró el hombre capaz de secundarle en la conquista espiritual del temido barrio. Construyóse una pequeña vivienda de madera y chapas de cinc, base de la futura Casa Salesiana en reemplazo de la que, menos cómoda, poseía el capellán militar, que estaba a flor de tierra, hecha del mismo material, incómoda e insuficiente.

El P. Bodratto se hizo cargo de esa parroquia a fines de 1876, y desde entonces la Iglesia de San Juan Evangelista y el colegio levantado

contiguo han sido allí los baluartes de la religión, capitaneados por los salesianos.

Están en tierra argentina valientes sacerdotes, dispuestos a suplir toda necesidad. El Santo Fundador que se informaba minuciosamente de los frutos que daba el trabajo de Cagliero, lo invitó a volver a Italia. Le escribe esto en la carta en que le comunica el envío de uno de los contingentes; dice: "Tendría mucha necesidad que para 1877 tú puedas realizar un paseo por Europa, para hacer otro a *Ceylán,* en la India, a iniciar otra Misión muy importante donde se necesita, lo mismo, un... *Castelnovense.* Con la condición, empero, que las obras de Buenos Aires estén todas bien firmes y ordenadas".

Acerca del entusiasmo que despiertan las misiones, le escribe el Fundador, anunciándole el deseo que tienen muchos de trasladarse a trabajar a América.

"Son cerca de doscientos los que piden ir a trabajar en la Patagonia! Toda la Italia y la Europa política y religiosa habla de nuestro proyecto sobre la Patagonia... ¡Dios lo quiere! ¡Nos ayuda a hacer nuestra parte!"

Todo gira, como se ve, en derredor del mismo tema: *la Patagonia.* El Pontífice estimula la iniciativa, el Arzobispo de Buenos Aires la quiere ver cumplida pronto; Don Bosco elige los hom-

bres que tendrán el extenso territorio como escenario de sus sacrificios misioneros.

El sacerdote Cagliero es llamado a recorrer Europa haciendo conocer lo que significan las Misiones en la Patagonia; y es probable que deba trasladarse, como le dice una de las cartas del Fundador, a iniciar misiones salesianas en la India. Y el hijo fiel a la obediencia, se preparó a volver a la patria.

La Argentina, propicia a sus desvelos, ¿volvería a ser la tierra regada por sus sudores y lágrimas? Las fatigas habían sido muchas en Buenos Aires y estaba encariñado con el país. Lágrimas abundantes vertió el 13 de junio de 1876, al morir el sacerdote Baccino, su inmediato colaborador en "Mater Misericordiae", de quien había escrito a Don Bosco: "Don Baccino era muy animoso, pero humilde, dotes que lo hicieron amar de todo Buenos Aires".

En justificación del llamado, el Santo había escrito al doctor Eduardo Carranza, presidente general de las Conferencias de San Vicente de Paúl: "Don Cagliero permanecerá en Italia para organizar algunas misiones para Santo Domingo y las Indias; después volverá al seno de sus queridos amigos de Buenos Aires, como calurosamente lo desea. Para suplirlo en la Iglesia de los Italianos irá don Costamagna, buen músico

y excelente predicador, con Don Milanesio, que se ocupará de los niños desvalidos".

Vemos cómo el propio Don Bosco designó el sustituto de Cagliero, señalando las dotes del sucesor: sacerdote valiente, músico eximio como el que se va. Será Costamagna el indicado a entrar en el desierto con las tropas del Ejército Nacional, en avanzada misionera, y el P. Milanesio, el compañero, se convertirá en el apóstol de los indios, el amigo y defensor, a la vez que el catequizante incansable.

Cumpliendo Cagliero el deseo del Santo, a principios de septiembre de 1877, llegó a Turín, a realizar nuevos trabajos. ¿Volverá a la Argentina, como lo promete Don Bosco en la carta al doctor Carranza, que lo solicita?...

LA AVANZADA MISIONERA

I

El problema secular

Los indios, por ese tiempo, constituían el problema que absorbía la atención del gobierno del Presidente Avellaneda. Frecuentemente llegaban a Buenos Aires noticias ingratas, de invasiones devastadoras. El Ejército Nacional, en virtud de la enérgica dirección del Ministro de Guerra doctor Adolfo Alsina, disponíase a sobrepasar la línea de Fortines que desde Italó llegaba hasta Nueva Roma, en las proximidades de Bahía Blanca, en la que se había abierto la famosa zanja que a modo de muralla china debía contener el paso de los jinetes indígenas.

En los años 1876 y 1877, primeros de la permanencia de los Salesianos en la Argentina, se

agudiza el problema, y se hace urgente resolverlo con energía y rapidez. Es la obsesión del ministro Alsina. El progreso de la república está detenido y constantemente amenazado por los bárbaros del desierto. Es triste observar que los más gloriosos militares de nuestro Ejército se encuentren en las fronteras, expuestos a las audacias temerarias de los indígenas que destruían e incendiaban las poblaciones, invadían las estancias, robaban y arreaban los ganados, y con el fruto del pillaje, volvían al desierto, esperando atentos cualquier debilitamiento de la vigilancia para volver y destruir cuanto encontraban a su paso.

El ataque general a los indios, en enero de 1876, los atemorizó, es cierto, y se rescató de su poder 17.000 animales vacunos, 40.000 yeguarizos y 30.000 ovejas. Pero pronto volvieron por el sur de la provincia de Buenos Aires y el 10 de marzo, invaden Tres Arroyos y Juárez, y son perseguidos por el bravo teniente coronel Salvador Maldonado, que los bate en "Las Horquetas del Sauce".

Los caciques Namuncurá, Catriel, Pincén y otros capitanejos, reproducen las invasiones en la misma zona.

El Comandante Marcelino Freyre, jefe de una de las divisiones que operan en la frontera, es sorprendido el 7 de abril de 1876, y los indios

invasores sitian a Guaminí. Están al frente de los indígenas los caciques Namuncurá, Catriel, Antemil y Pincén. Después de estar sitiado durante dos días, el Comandante Freyre tomó la ofensiva, poniéndose a la cabeza del batallón 2 de Caballería, y desplegando previamente la infantería, protegida por dos piezas de artillería, en rudo combate puso en fuga a los indios.

Cinco divisiones son las que operan en distintos rumbos para evitar tan ingratos acontecimientos, desplegándose el Ejército en diversas direcciones. Están al mando de ellas, el coronel Leopoldo Nelson, el Comandante Marcelino Freyre, el Coronel Conrado Villegas, el Coronel Nicolás Levalle y el Coronel Salvador Maldonado. Levalle ocupa a Carhué y despliega sus fuerzas hacia Masallé, considerada la capital del imperio bárbaro del desierto, donde está el campamento de Namuncurá.

El ministro Alsina en persona recorre las fronteras, estudia el problema sobre el terreno, dispone avances, trata de que la marina penetre por los ríos del sur, y cuando se halla en circunstancias de poner en ejecución el plan ofensivo con carácter más enérgico, cae gravemente enfermo y se ve obligado a volver a la capital. Muere en Buenos Aires el 28 de diciembre de 1877, y momentos antes, el moribundo, obsesionado por el

peligro de los *malones,* dictó las últimas órdenes de ataque al invasor.

Sustituye a Alsina en el ministerio de guerra el General Julio A. Roca, de gran experiencia militar, que formulara observaciones al plan de su antecesor en una comentada carta. Conoce a fondo el problema del indio, porque destacado en Río Cuarto, ha debido contener invasiones en el sur de la provincia de Córdoba. La Conquista del Desierto entrará en la faz definitiva.

El P. Costamagna que reemplazó al P. Cagliero en la capellanía de "Mater Misericordiae", lo sustituye en la preparación de los planes misioneros. Habla con el Vicario General del Arzobispado, Monseñor Espinosa, otro gran propulsor de las Misiones, y conciertan trabajos, viajes, fundaciones.

El Ejército combate al indio, pensaba el sacerdote, y en los combates que se sucedían, muchos indígenas eran muertos. ¡Y morían infieles!...

Costamagna, como Cagliero, ha oído a Don Bosco interesado en la conversión de los indios. A este respecto, escribió:

"¡Cuántas veces fué visto Don Bosco con los ojos fijos en un Mapamundi, suspirar y llorar por esta preocupación! Su alma generosa no hallaba paz cuando pensaba que el emperador de la China tenía, tal vez, más súbditos que Jesucristo. *"Aquella Pampa!* — decía. — *¡Aquella Pa-*

tagonia! ¡Ah, cuántas almas hay que *in tenebris et in umbra mortis sedent!* ¿Y nadie piensa en socorrerlas? Pues yo lo pensaré. Y entonces comenzó por escribir a Pío IX, y luego al presidente de la República Argentina, luego al Arzobispo de Buenos Aires, luego a Don Bodratto, luego a mí. Y viéndome algo negligente en asunto de tanta trascendencia, volvía a escribirme reprochándome con estas palabras: *Ni tú ni don Bodratto me comprendéis! ¡Nosotros debemos ir a la Patagonia! Lo quiere el Papa, lo quiere Dios. ¡Muévete, pues; preséntate al gobierno argentino, habla, insta para que se abran los caminos de aquella Misión!"*

El tema es contemplado, pues, por el Gobierno con carácter militar, y por Don Bosco en el aspecto religioso y moral. Las dos fuerzas se moverán unidas, animadas por el espíritu civilizador.

No deben quedarse quietos los salesianos; el Fundador los anima desde Turín, los acicatea, hasta les reprocha dulcemente, porque quiere ver pronto cumplidos sus sueños.

Las impaciencias del Santo, quedarían disipadas; los buenos hijos bien pronto ocuparon lugar prominente como civilizadores de la Patagonia.

II

La santa aventura

Insistía Don Bosco y activaban los Salesianos de Buenos Aires la preparación de las misiones en el sur argentino. El Fundador recibió en Turín la visita del Arzobispo, Monseñor Aneiros, que, acompañado por el Vicario General, Monseñor Espinosa, —más tarde su sucesor en el Arzobispado—, y Monseñor Ceccarelli, presidían la peregrinación argentina a Roma, donde fueron a postrarse a los pies del Pontífice Pío IX, que estaba en el final de su agitado gobierno de la Iglesia. En junio de 1877, Don Bosco recibe la grata visita de los peregrinos de América. Es la oportunidad de hablar de las misiones en la Pampa y la Patagonia, de los medios de realización, de las dificultades que presenta la empresa, del espíritu que anima a los salesianos, que

ya trabajan en nuestra patria. Es entonces que Monseñor Aneyros habla de ceder a los salesianos la atención espiritual de Patagones y Viedma, porque los Padres Lazaristas, por escasez de personal, no pueden seguir allí. También conversan sobre un proyecto de mayor amplitud, apenas el Ejército Argentino haya realizado la Conquista del Desierto.

Es un consuelo para Don Bosco que domina sus inquietudes, y comprende todo el mérito de sus hijos espirituales que trabajan en el lejano país.

Al regresar el Arzobispo con los peregrinos de su viaje a Roma, llama al P. Costamagna, porque Cagliero ha vuelto a Italia, y conciertan el primer viaje a Patagones y Viedma con el Vicario General, Monseñor Espinosa, a fin de estudiar sobre el terreno lo que convendrá hacer allá.

Prefieren ir por la vía marítima. El día 4 de abril de 1878, embárcanse en el vapor "Santa Rosa" en el puerto de Campana, sobre el río Paraná, Monseñor Espinosa, los salesianos Santiago Costamagna y Evasio Rabagliati y el lazarista Padre Savino. El buque navega hacia el Río de la Plata, y encalla en un banco de arena frente a Martín García. Los eclesiásticos viajeros se proponen visitar Bahía Blanca, y luego seguir al Río Negro. Zafada la nave de la encalladura, consiguió seguir el viaje. Entrados en el océano,

se desencadenó un tremendo temporal, que furiosamente arrojó al buque, sin gobierno, entre las turbulencias del oleaje imponente.

Sopla el veinto pampero que viene al mar desde los desiertos, después de azotar las poblaciones del continente. Los viajeros no se acobardaron por la violencia del temporal, pero al llegar frente al Cabo Corrientes, pareció que todos los elementos de la naturaleza se hubieran conjurado contra la empresa misionera, dijo Costamagna en el relato que hizo de la santa aventura.

El "Santa Rosa" sin velamen y sin timón, quedó a merced de las olas. El capitán abandonó su gobierno por imposible; los viajeros angustiados estaban en los lindes de la desesperación. ¿Y los misioneros qué hicieron? Los cuatro se vieron dominados de un mismo pensamiento: eran las furias del infierno en rebelión contre el proyecto misionero.

Preveíase inevitable el naufragio de la pequeña nave. ¿Qué hacer entonces? El deber llamó a sus corazones. Llegaba el momento supremo, y en vez de dejarse morir envueltos en el oleaje furioso, los misioneros dispusiéronse a socorrer a los tripulantes, prestándoles asistencia espiritual.

Sentido y expresado el deber ineludible del sacerdocio, el P. Costamagna, temerariamente, y

en un esfuerzo de valor, salió del camarote, después que los cuatro sacerdotes se hubieron confesado mutuamente, dispuestos a morir sirviendo con heroísmo a los compañeros de infortunio.

Arrastrándose como pudo, Costamagna llegó hasta la proa del buque. En tan peligroso momento y en lo más recio de la tempestad, el sacerdote arrojó al océano una corona de rosario y bendijo las furiosas aguas en nombre de Dios y de María Auxiliadora.

Sí, en nombre de Dios, dispuestos a difundir la doctrina de Cristo en las lejanas regiones patagónicas, arriesgaban la vida los cuatro sacerdotes que hacían tan peligroso viaje. Y encerrados de nuevo en el camarote, iniciaron el rezo de una novena a María Auxiliadora. La piedad de Don Bosco, afloraba en los discípulos y amigos, que pusieron su esperanza en la Estrella de los Mares.

En el atardecer de aquel día angustioso, decreció un poco el temporal; y el amanecer del día siguiente fué sereno. Después que el pampero bate las llanuras y el océano que se encrespa, el sol vuelve a brillar, iluminando la inmensidad marina con sus destellos.

El barco quedó desmantelado por el temporal, y hubo de ser reparado provisionalmente, ensayándose un nuevo timón para su gobierno. Pensando el capitán lo peligroso que era conti-

nuar viaje, dado que un nuevo temporal podía causar el naufragio, decidió volver al puerto de Buenos Aires.

Tres días más tarde, el "Santa Rosa" entró en el puerto de la capital. Al desembarcar, los tripulantes y pasajeros, resolvieron acompañar a Monseñor Espinosa y a los tres sacerdotes al templo donde dieron gracias a Dios por haberlos salvado del naufragio, realizándose una conmovedora ceremonia. Se postraron todos, —dice el relato del P. Costamagna—, ante la imagen de la Virgen de Luján, testimoniando a la Madre de Cristo en esa advocación, la gratitud de sus corazones.

Visitaron en seguida al Arzobispo, y el mismo protagonista agrega en su narración, que escuchados los pormenores del suceso, Monseñor Aneyros, dirigiéndose a los dos salesianos, les dijo:

"Referid todo esto al querido Don Bosco y decidle que es señal evidente que Dios tiene sus intereses en esta empresa a la que tan rabiosamente combate el diablo; y que vosotros, en consecuencia, pasado este invierno, volveréis allí, por tierra, sino por mar; y que no abandonaremos la victoria al infierno".

III

La conquista del desierto

Fallecido el doctor Adolfo Alsina el 29 de diciembre de 1877, su sucesor en el Ministerio de Guerra, General Julio A. Roca, tomó la iniciativa de arrojar a los indios más allá de los ríos Negro y Neuquén, y batirlos definitivamente. El objetivo militar tenía, además del propósito civilizador, la urgencia de hacer flamear la bandera nacional como símbolo de soberanía en todo el sur patagónico. La vecina República de Chile sostenía sus pretensiones al dominio de los territorios del sur, y la prudencia aconsejaba evitar toda suerte de peligros: el interno, con la derrota de los salvajes, y el externo, asegurando ese acto de soberanía.

El presidente de la República, doctor Avellaneda, envió al Congreso Nacional, con fecha 18

de agosto de 1878, el mensaje refrendado por el ministro general Roca, fundando el proyecto de ley sobre traslación de la frontera a los ríos Negro y Neuquén, y pidiendo autorización para gastar la suma de un millón seiscientos mil pesos en las operaciones militares. El mensaje es extenso; explica la feracidad de las tierras y la importancia del territorio a conquistar. Sintetiza, igualmente, la posición en que se encuentran las distintas tribus de indios rebeldes. "Los Ranqueles, —dice—, famosos en la Pampa por ser los más valientes, se hallan reducidos a menos de seiscientas lanzas. La tribu de Namuncurá, hijo del famoso Calfucurá, y su sucesor, se encuentra con cien guerreros, la flor de su tribu y de su familia, en Maracó Grande, veinte leguas al sudoeste de Chiluhé, hacia el Colorado. El resto de sus guerreros se ha dispersado. El cacique Pincén, el más atrevido y aventurero de los salvajes, *"montonero intrépido que no obedece a otra ley ni señor que sus propios instintos de rapiña, ha sufrido rudos golpes que lo han desmoralizado completamente"* y reside en Malalicó, a diez leguas al oeste de Trenque Lauquen. Otras agrupaciones de indios hay en los valles andinos al oriente de la Cordillera, entre el Río Grande y el Neuquén".

Así expone el mensaje presidencial la situación de los salvajes, y entre otras consideracio-

nes, agrega: "Como se ve, la Pampa está muy lejos de hallarse cubierta de tribus salvajes, y éstas ocupan lugares determinados y precisos".

Se trataba de conquistar, rescatándolas del dominio de los bárbaros, quince mil leguas; en cambio, el resultado será excelente: se incorporarán al dominio nacional cincuenta mil leguas de territorio, incluída la Patagonia y Tierra del Fuego.

La ley fué sancionada por el Congreso el 4 de octubre de 1878, y el ministro de guerra, general Roca, se dispuso a cumplirla, poniéndose él mismo al mando de la primera división del Ejército en operaciones.

El general Roca, con su estado mayor, su secretario, teniente coronel Manuel J. Olascoaga, que redactó el diario de la campaña; el comisario general de la expedición, teniente coronel Eduardo Pico, y la comisión científica compuesta por los doctores Lorentz, Doering, Niederlin, Schulz y otros colaboradores, desde Buenos Aires hicieron en ferrocarril el viaje hasta Azul, partiendo en la mañana del día 16 de abril de 1879, siendo despedidos en la estación del Ferro-Carril del Sud por una enorme concurrencia.

En la brillante comitiva del ministro iban el Vicario General del Arzobispado, Monseñor Mariano Antonio Espinosa y el sacerdote salesiano P. Santiago Costamagna, como capellanes del

ejército, y el clérigo Luis Botta como catequista; éste, también, salesiano.

¡Al fin sonaba la hora de cumplir los sueños de Don Bosco! Las dos grandes fuerzas civilizadoras que conquistarían el sur argentino, se ponían en marcha: la del Ejército, para vencer a los bárbaros rebeldes; y la espiritual del cristianismo que, evangelizándolos, haría de ellos, hombres útiles a la sociedad y a la patria. Es de imaginar, en esas horas, la emoción que embargó las almas de los misioneros cuyo infructuoso viaje marítimo de un año atrás, animado por el mismo celo apostólico, tuvo un final tan imprevisto!

El P. Costamagna, que recibiera tantas instancias del santo Fundador, días mas tarde, trasmitióle las primeras impresiones recibidas en la frontera. La carta fechada en Carhué, el 27 de abril, empezaba con estas palabras: "Gracias a Dios, y tras largo caminar, vemos cumplidos nuestros anhelos, pues nos hallamos en contacto con los indios de las Pampas, sueño acariciado tanto tiempo por su caritativo corazón. Estamos en Carhué, a 400 millas de Buenos Aires y dentro de poco emprenderemos la marcha hacia la Patagonia, a orillas del Río Negro, debiendo atravesar a caballo casi ochocientas millas del temido desierto".

A renglón seguido, agrega: "Como puede suponer, no faltan en el viaje incidentes de todo género. La primera noche de nuestro viaje, mientras pensábamos cómo acallar el hambre, que se dejaba sentir más de lo conveniente, se nos acercó un viejo coronel, muy cariñoso, que nos invitó a cenar en su compañía... Paso por alto las impresiones recibidas durante el viaje por este desierto, donde no se ve un árbol ni un arbusto; teniendo que vadear con frecuencia arroyos y lagunas, arrodillados sobre los caballos, que nadan que es un gusto".

El caballo, desde esos días se convertirá en el medio de transporte de los misioneros; el caballo utilizado por los jinetes indios para las apariciones sorpresivas y fantásticas, cuando, verdaderos centauros, llegaban en furia destructora, a dar *malones*.

Un mes más transcurrirá, y el Ejército llegará a las márgenes del Río Negro, frente a Choele Choel. El general Roca llenará plenamente las aspiraciones del presidente Avellaneda, realizando la "tercera epopeya nacional" como la denomina el general Ezequiel Pereyra en un libro recientemente publicado, ofreciendo a las generaciones actuales, la historia del acontecimiento en su faz militar.

IV

Las primeras jornadas misioneras

El trayecto desde Azul hasta Carhué lo realizaron los expedicionarios a caballo. Los misioneros hicieron experiencia con el ejercicio obligado de equitación. Las cartas del P. Costamagna, en las que da cuenta de sus correrías apostólicas, son un diario ilustrativo acerca de cómo cumplía el mandato del Fundador. La ya citada, informa de lo hecho, y dice a continuación de lo que he dejado transcripto:

"Apenas llegados a Carhué, que es un fortín en medio del desierto, me dirigí a visitar las tribus de *Tripanlao* y *Manuel Grande,* que tenían sus tolderías a unos quince minutos, a caballo, del fortín.

"¡Si viera, amado Padre, cómo me latía el corazón a medida que me acercaba! ¿A quién me dirigiré, me decía a mí mismo; cómo me las arreglaré para entenderme con ellos sin saber el indio? Y mientras caminaba, encomendándome a los ángeles custodios de los indios, he aquí que sale a mi encuentro el hijo del cacique *Tripanlao* que habla muy bien el castellano. Fué mi providencia. Me recibió muy bien y me acompañó a su padre, sirviéndome de intérprete. No menos cariñoso se mostró Tripanlao. Me dijo que era su deseo que todos se instruyeran en la Religión Católica y recibieran el bautismo. Yo, sin más y no cabiendo en mí de gozo, reuní a los niños y comencé a enseñarles el catecismo. Con un poco de esfuerzo, y la ayuda de los ángeles de mis catecúmenos, a quienes me encomendaba con toda el alma, les enseñé la señal de la cruz, el Misterio de la Trinidad y Unidad de Dios y hasta el Misterio de la Encarnación.

"El mismo día volví a dar lección de nuevo; pero esta vez quiso Tripanlao que lo hiciera bajo un gran toldo. Me tenían preparados hasta los asientos; pero, ¡qué clase de asientos, santo cielo! Eran cráneos y mandíbulas de asnos y caballos. Los indios de las Pampas no pueden ofrecer otros mejores, porque no los

tienen. La miseria reina aquí como dueña y soberana.

"La misma acogida y disposición que Tripanlao me dispensó y encontré en el cacique *Manuel Grande*. Después de convidarme a tomar un *mate*, me dió amplia libertad para que instruyera a su gente. Afortunadamente llegaron los otros dos misioneros, y con su ayuda, pudimos bautizar unos cincuenta indios, veinte niños cristianos del Fuerte y al hijo del cacique Tripanlao a quien también unimos en matrimonio.

"¡Lástima que no podamos detenernos más con estos pobres indios! El general Roca nos invita a la marcha, diciéndonos que no conviene dejar a los dos mil soldados sin sacerdote, y que además, encontraremos más indios en el camino y en el Río Negro.

"Y aquí nos tiene en marcha de nuevo, en un viaje penosísimo que durará cerca de un mes, sin que podamos celebrar la santa misa.

"¡Paciencia! Si estos pobres soldados padecen tanto por un poco de gloria efímera, no hemos de hacer menos nosotros por el cielo y por servir a nuestro Dios: *Yendo, vamos llorando, volviendo lo haremos con gozo, trayendo nuestros manípulos*".

(Lo subrayado, en el original está escrito en latín).

La segunda carta, más extensa, fechada en Patagones el 23 de junio, describe toda la marcha. Después de cruzar valles y montes, arroyos y lagunas, el 11 de mayo llegaron finalmente al Río Colorado, del que dice "puede compararse, más o menos, con el caudal del Po en Turín. Allí celebró la misa en las márgenes del río y al descampado". Manifiesta, además, la grande alegría de tener la suerte, después de casi dos semanas, de estar con Jesús Sacramentado.

La misa es escuchada por las tropas, y se alternaron dos bandas de música durante la ceremonia *"para infundir más devoción y respeto"*. Bautizáronse cuarenta niños, que a lo largo de la marcha, se habían unido a las tropas.

"El camino, a medida que sigue la marcha forzada, se hace más dificultoso. Es entre médanos y espesos bosques de espinos que cubren las lomas". El P. Costamagna pidió y obtuvo ir con la vanguardia. Las dificultades aumentaron. Se dormía en el descampado, *al sereno*. Al andar a caballo, el jinete debía hacer proezas por evitar que los espinos le desgarraran los hábitos. Todavía aguardan mayores preocupaciones. El día 23, oyó decir el misionero, que se había perdido la huella, la única que debía conducirlos desde el Colorado hasta el Río Negro.

Mientras todos se emplearon en buscar la huella perdida, Costamagna quedó solo, en la margen del río, —dice la carta,— y comenzó a rezar las primeras vísperas de la solemnidad de María Auxiliadora.

"Pero cuando llegué al himno *"Saepe dum Christi"*, he aquí que se me representaron como por encanto los días de la construcción y la inauguración de ese admirable templo, (se refería a la Basílica de Turín), las sensaciones religiosas que experimenté en él, la grandiosa y sublime música de la *Batalla de Lepanto* y de *Sancta María*, su feliz autor el P. Cagliero, el queridísimo Don Bosco, la pléyade de Hijas de María Auxiliadora, su admirable propagación bajo los auspicios de tan gran Madre, los actos de fervor que en aquel momento se practicaban en todas las casas de Don Bosco, mientras yo me encontraba solo en el desierto, en compañía de unos pocos soldados, y perdido el sendero!..."

Por lo transcripto es de apreciar la emoción del misionero ante la inmensidad del desierto, en la soledad, nostálgico de la tierra querida y lejana!...

Y el recuerdo lo traslada hasta Cagliero y Don Bosco. ¿Qué misterio se produce en su mente?

"No pude resistir más; — agrega Costamagna,— el breviario desapareció de mi vista y los

ojos se llenaron de lágrimas. Mi ánimo se rehizo pronto cuando volví a pensar que María Auxiliadora era siempre nuestra cariñosa Madre, aun en aquel desierto, que allí más particularmente me había proporcionado su auxilio. En efecto, muy luego oí las voces de: "*—Hemos encontrado la huella",—* y con toda confianza me presenté al comandante Maritán, nuestro amigo y protector, para decirle la gran esperanza que tenía de que María Auxiliadora, al día siguiente, me brindaría su fiesta haciéndome llegar con ellos al Río Negro".

La esperanza del Misionero se cumplió. Al amanecer del día siguiente, sacudiéndose al levantarse de un verdadero lecho de escarcha, se calentó un momento junto a una hoguera encendida por los soldados. Luego montó a caballo. Era un día de ansiedad para los soldados. La jornada duraba hasta las cuatro y tres cuartos. A esa hora precisa llegaron a Choele Choel, y el P. Costamagna echó pie a tierra. Estaban en las puertas de la Patagonia. El río Negro era la línea divisoria entre la Pampa y el territorio patagónico, la tierra desconocida, que Darwin llamara "Tierra Maldita" al cruzarla en 1833, y que Don Bosco, llamaba la tierra predilecta de su corazón porque allí triunfarían sus hijos en la evangelización y civilización de los habitantes.

En el día de María Auxiliadora, fiesta especial que celebran los Salesianos, y en la víspera del aniversario patrio, cumplíase el anhelo argentino de dominar el desierto, vencer a los bárbaros y entrar en la Patagonia, soñada como escenario de las maravillas de la civilización.

El misionero comenta el hecho con estas palabras: —"Ah! Dude quien quiera dudar; para mí no hay duda ninguna. Esta gran Madre es la que nos libró el año pasado de las fauces de la muerte en el océano, cuando comenzaba la novena de su fiesta, y ahora vuelve a ser ella, quien, precisamente en el día de su fiesta, conducía a este pobre Salesiano al lugar de la Misión por tantos años suspirada. ¡Ah! ¿Cuál de los Salesianos pasó esta fiesta con mayor regocijo? ¿Cuál de los Salesianos queda más obligado hacia esta buena madre? ¡Yo, sin duda alguna!"

Es la afirmación ardiente de la fe del sacerdote, Hijo de Don Bosco, cumplidor de sus propósitos. Para mayor satisfacción, administró el bautismo a 60 adultos, primero, luego a otros 40, y a otros más en diversos números. Todo lo hace en aquellos días con emoción extraordinaria y con el pensamiento en Don Bosco y en el Arzobispo de Buenos Aires, sus superiores, y por eso al primer catecúmeno que bautiza le impone el nombre de Juan, y el segundo el de

León, nombre del prelado argentino.

El general Roca, el día 2 de junio, envió al presidente Avellaneda la comunicación del éxito de los expedicionarios y de la ceremonia religiosa realizada en las márgenes del Río Negro, en que decía:

"Hoy hemos cantado un solemne *Te Deum* para agradecer al Dios de los Ejércitos el feliz éxito de nuestra campaña. El señor Provisor, Doctor Espinosa, celebró el Santo Sacrificio de la Misa en una hermosa y verde llanura a orillas del Río Negro, y asistieron todos los cuerpos en orden de gran parada.

"El espectáculo resultó imponente y le aseguro que en ningún momento nos sentimos jamás tan embargados de religiosa piedad y de sagrado recogimiento. En ninguna parte se siente uno tan cerca de Dios como en el desierto.

"Mañana, al despuntar el día, nos pondremos en marcha hacia el Neuquén donde espero encontrar algunos caciques de las Cordilleras. He dirigido una nota al cacique Reuqué-Curá por haber dado asilo a Namuncurá; si se resiste, lo considero como enemigo de guerra. Choele Choel, 2 de junio de 1879.— *Julio A. Roca*".

V

En Carmen de Patagones

Cumplida la Expedición al Desierto con tan feliz resultado, los misioneros se adelantaron quince días al ministro de guerra general Roca, trasladándose a Patagones. Monseñor Espinosa y el P. Costamagna, hicieron el viaje a caballo. El clérigo Botta, ocupó un lugar en el carro de los equipajes. Bordeando el Río Negro, encontraron en el trayecto, indígenas dispersos, que huían de la presencia de los soldados, y se internaban en el territorio patagónico.

El día 19 de junio llegaron al pueblo Carmen de Patagones, donde los esperaba el P. Savino, el sacerdote lazarista, que el año anterior fuera compañero de viaje en el vapor "Santa Rosa", y que atendía la parroquia. El encuentro sirvió de regocijo a los protagonistas de aquella santa aventura.

Costamagna dejó constancia en la carta que envió a Don Bosco: "Nos alojamos ahora en la hermosa casa del buen párroco Savino, lazarista, que fué compañero en el naufragio, el año pasado. Contribuye a mantenernos alegres, además del benemérito párroco, su sacristán que es Antonio Calamaro, un ex-alumno nuestro de Lanzo, natural de Voltri y a quien no conocía debido a su gran barba roja. Mientras yo escribo, él canta en el patio el himno del día onomástico de Don Bosco que cantamos catorce años hace".

El regreso a Buenos Aires se hizo por mar, embarcándose el ministro general Roca en la cañonera "Paraná" y los misioneros en el acorazado "Almirante Bronw", llegando a la capital el 9 de julio. Llevan, éstos, el propósito de regresar en seguida. Los Salesianos se harán cargo de la Parroquia. En efecto, en agosto de ese mismo año, el Arzobispo la confió al cuidado de los Hijos de Don Bosco.

Cúmplese en parte lo que el P. Bodratto escribiera al santo Fundador el 4 de abril de 1878.

"Entre tanto, —declaraba,— el señor Arzobispo desea que nos instalemos en el Azul, ciudad muy comercial, situada a doce horas de tren de Buenos Aires, cerca de Carhué. Desea que se abra allá una escuela de artes y oficios para los hijos de los indígenas. Me pidió dos sacer-

dotes para dar una misión en Carhué junto con Monseñor Espinosa, su secretario. Probablemente irán por mar a Bahía Blanca, porque el viaje por tierra es desastroso. Partirán el 30 de abril y se detendrán allí quince días, y harán en el interior, todas las exploraciones necesarias. Erame imposible negarme, aunque tenemos ahora el precepto pascual que nos proporciona un inmenso trabajo, atendiendo, como usted sabe, tres iglesias en esta ciudad que dan más ocupación que las parroquias: la Boca, Mater Misericordiae y San Carlos. Consulté sobre el asunto a varios amigos y respondiéronme todos que estaba muy en razón que hiciéramos este viaje para estudiar el lugar y conocer a los indios, tanto más que el general Roca, que domina en aquellos lugares como soberano, nos recibiría muy bien, y podríase, entre tanto, echar las bases para establecernos allá definitivamente. Preferirían otros que nos estableciéramos en "Carmen" sobre el Río Negro y tomáramos posesión de la Parroquia de Patagones que ya está en los términos de la Patagonia y nos ofrece el Señor Arzobispo. Ya terminan todos por decirnos que es necesario aceptar uno y otro proyecto"...

El paso del P. Costamagna por Patagones, el conocimiento que adquirió de las necesidades de los indios a los cuales había que ir a evangelizar, la voluntad de cumplir las sugestiones

de Don Bosco, hicieron aceptar el cuidado de la Parroquia de ese pueblo que asomaba como avanzada civilizadora hacia las tierras desconocidas del sur.

Monseñor Espinosa decidió acompañar a los Salesianos que se trasladaron a tomar posesión de aquel destino. En enero de 1880 se embarcaron con el celoso Vicario General los sacerdotes José Fagnano, Luis Chiera y Emilio Rizzo, como primeros misioneros, y las Hermanas de la Caridad, Hijas de María Auxiliadora, que ya estaban en la Argentina desde fines de 1877, y eran las beneméritas hermanas Angela Vallese, Angelina Cassolo y Laura Rodríguez.

Llegaron las Hermanas de María Auxiliadora a la Argentina con el contingente misionero que embarcó en Génova en el vapor SAVOIE, en noviembre de ese año, y los escuadrones que envió Don Bosco ese mismo mes desde los puertos de Lisboa y El Havre.

Con motivo del esfuerzo que significaba el envío de tanto personal a la América del Sur, el 14 de noviembre de 1877, el Fundador escribió al P. Fagnano, que estaba aún en San Nicolás como director del Colegio Salesiano, lo siguiente:

"Esta nueva expedición nos ha cansado las piernas y la bolsa... Detente, que el Santo Padre mira siempre con amor a la Patagonia y

probablemente serás el elegido para hacer la experiencia, si Don Cagliero tardara en regresar a América".

Sí, Cagliero tardará todavía un tiempo en volver. El P. Fagnano, por eso, en enero de 1880, tomó posesión de la Parroquia de Patagones y fundó un colegio Salesiano para niños, y las Hermanas de María Auxiliadora fueron, también, a fundar un colegio para niñas. Es el primer campamento misionero desde el cual saldrán los Salesianos a recorrer el amplio campo dispuesto para las siembras de Dios.

EL APOSTOL Y CIVILIZADOR

I

Cagliero, Obispo y Vicario Apostólico

Desde el mes de septiembre de 1877 en que el sacerdote Juan Cagliero regresara a Italia, reuniéndose con Don Bosco en Turín, fué su brazo derecho, el compañero de jiras por España y Francia, y enviado especial del Fundador, estuvo también en Bélgica e Inglaterra. Fundó Casas Salesianas y en los viajes que realizaba pronunció innumerables conferencias explicativas de la importancia de las Misiones en la América del Sur, especialmente en la Argentina. Apenas llegado a Turín, le fué confiada la dirección espiritual del Instituto de las Hijas de María Auxiliadora que Sor María Mazzarello fundara como auxiliar de la Obra de Don Bosco, para la educación de la niñez y la juven-

tud femeninas, con el mismo espíritu Salesiano.

Probado para la lucha, tenaz en el trabajo, eficaz en la predicación, persuasivo en el conversar, piadoso en la religiosidad, de una santa audacia en la iniciativa, presentaba a la consideración de todos la complejidad de su alma apostólica. Superábase en los redoblados esfuerzos, y obediente a la voz del Padre y Maestro, seguía fielmente las orientaciones del Santo Fundador, siendo, de los colaboradores que tuvo, el de más exactitud en el cumplimiento de sus planes.

El prestigio de Cagliero se difundió por toda Italia, envuelto en la aureola de Don Bosco que se complacía en probarle en delicadas tareas. Le preparaba, de este modo, al apostolado en que emplearía sus superabundantes dotes y energías.

Desde 1880 hasta 1883, desde Patagones, el P. Fagnano va dando cuenta del desarrollo de las Misiones. Los Salesianos han recorrido el Río Negro; luego, bordeando las orillas del Limay, llegaron hasta el lago Nahuel Huapí; también han ido a lo largo del río Neuquén hasta Ñorquin. Se ha atravesado la región comprendida entre el río Negro y el Colorado, remontando éste, hasta sus vertientes, y desde los médanos de la Pampa han llegado al desierto de Valche-

ta, en Río Negro, siempre en busca de los indios para evangelizarlos.

Las cartas de Fagnano son terminantes. La fechada el 18 de abril de 1881, asegura:

"Tengo listo el caballo para partir y llegar en misión hasta la tribu de Catriel, distante de aquí 220 kilómetros. No me detendré más que ocho días, porque el primero de mayo deberé continuar hacia otra misión extraordinaria y de grande importancia, cerca del centro de la Patagonia. Entonces me tocará recorrer no menos de mil kilómetros por lugares sin cultivo y desiertos, sin caminos y sin viviendas humanas. Me detendré junto al lago Nahuel Huapí, donde se hallan dos mil indios en plena barbarie. Es la primera vez que el misionero, o mejor, los pies extraños, van a hollar aquella tierra desconocida. Espero que podré hacer un poco de bien. Si acertamos a fundar allá una población, nosotros tendremos un lugar donde detenernos un poco para poder examinar también el interior de la Patagonia".

En junio, de regreso de Nahuel Huapí, da cuenta de sus observaciones, haciendo mención de que la isla que hay en el interior del lago, es llamada por los argentinos Victoria y por los chilenos, Menéndez o Larga. Habla de los indios *Poyas*, que habitan la región, que estima excelente por la feracidad de su suelo y su clima.

Evoca a los Padres Jesuítas, sus antecesores en el apostolado misionero en esos parajes, y particularmente al Padre Nicoló Mascardi, italiano, del que dice: "fué el primero en afrontar los peligros y el primero en caer en 1663 a manos de algunos salvajes que ocultos, lo asesinaron, saciando su venganza sobre quien creían un soldado español".

Agrega que el ejército ha ido a conquistar esa región llena de bellezas, de fértiles campos, de bosques espléndidos, de manzanares, encinas, pinos y abetos. Los indios, avisados de la aproximación de los soldados, por no caer en sus manos, huyeron a la Cordillera, pero algunos, y entre ellos, niños, fueron hechos cautivos.

El P. Fagnano los adoctrinó y bautizó, y acerca de este viaje, el misionero hace este comentario: "Los frutos no faltaron en esta fugaz peregrinación evangélica".

Don Bosco, leyendo la correspondencia, vuelve a soñar; ¡benditos sueños!...

—¡Cagliero!... ¡Fagnano!— le oyen decir los íntimos.

Y todos se preguntan:

—¿Qué quiere decir, Don Bosco, con repetir esos nombres?

Se conocieron las gestiones que Don Bosco hacía ante el Sumo Pontífice, que ahora lo era León XIII, sucesor de Pío IX, y la correspon-

dencia que mantenía con el Arzobispo de Buenos Aires, que el 5 de agosto de 1879, le escribiera: "Yo me vuelvo a usted con la más viva solicitud de que es capaz el corazón de un prelado, y le conjuro por las entrañas misericordiosas de Nuestro Señor Jesucristo se apresure a venir en mi ayuda... Ha llegado la hora en la cual le puedo ofrecer las Misiones de la Patagonia, que tanto tenía en el corazón, como también la Parroquia de Patagones que puede servir de centro a las Misiones. Estoy persuadido que Don Cagliero, que conoce estas regiones y ha tocado con las manos sus urgentes necesidades, me ayudará en esta santa empresa"...

Quería Monseñor Aneyros desprender de su vasta arquidiócesis toda la Patagonia y entregarla al cuidado Salesiano. Hubo, a este fin, trámites prolongados. Don Bosco solicitó de la Santa Sede la creación del Vicariato Apostólico de la Patagonia a principios del año 1880; y el Papa, atendiendo el pedido del Santo Fundador, encomendó el estudio del proyecto a Monseñor Jacobini, secretario de la Congregación de los Negocios Eclesiásticos juntamente con el Cardenal Alimonda y el mismo Don Bosco. Este informó de la gestión a Monseñor Aneyros y al P. Bodratto, a la sazón inspector Salesiano en la Argentina. Mientras se tramitaba la iniciativa, estalló en Buenos Aires la

revolución de 1880; el presidente Avellaneda instaló el Poder Ejecutivo y el Congreso en Belgrano; luchó el poder federal con las fuerzas de la provincia de Buenos Aires, cuyo gobernador, el doctor Carlos Tejedor, se había levantado en armas contra el gobierno de la nación; y sofocado el movimiento revolucionario, federalizada Buenos Aires, se restableció la paz; y electo el general Julio A. Roca presidente de la república, sustituyó al doctor Avellaneda en la primera magistratura, asumiendo el mando el 12 de octubre de ese mismo año, resueltos ya todos los problemas internos que afectaban la unidad nacional.

Dichos acontecimientos originaron el retardo de las gestiones; y luego otras cuestiones vinieron a crear inconvenientes. Al cabo, la Santa Sede, en 1883 erigía un Vicariato Apostólico en la Patagonia Septentrional y Central y una Prefectura Apostólica en la Patagonia Meridional o Tierra del Fuego. Para el primero fué designado Cagliero, y para la segunda, Fagnano. En el Consistorio del 15 de noviembre de 1884, preconizó León XIII, al sacerdote Cagliero, Obispo Titular de Mágida, y fué consagrado en la Basílica de María Auxiliadora de Turín, por el Cardenal Alimonda, asistido por Monseñor Juan Bautista Bertagna, Obispo Auxiliar, y Monseñor Maximiliano Manacorda,

Obispo de Fossano. Al día siguiente, fiesta de María Inmaculada, el nuevo obispo celebró su primera misa pontifical; y a ella asistió la santa madre de Cagliero, próxima a cumplir los 88 años de edad, que vió la exaltación del hijo a la plenitud del sacerdocio y del apostolado.

Don Bosco, con todos los Superiores Salesianos, son los primeros en la alegría en tan grato acontecimiento. Monseñor Cagliero, profundamente conmovido, recuerda entonces las palabras del Santo Fundador, pronunciadas junto a su lecho de enfermo, cuando estuvo, siendo joven, al borde de la tumba: "*Serás sacerdote, y después... después con el breviario debajo del brazo, ya tendrás que dar vueltas... y harás llevar el breviario a muchos otros*"!...

La predicción se cumplió. Ahora empezaría a dar vueltas!

II

Retorna a la Argentina

La consagración episcopal promovió la alegría de todos, y Cagliero, primer obispo Salesiano, experimenta la enorme responsabilidad que pesará sobre él, como intérprete de los anhelos de su Santo Fundador, del Arzobispo de Buenos Aires y del gran Pontífice León XIII, sucesor de Pío IX, ante el cual se inclinara junto con Don Bosco en ocasión de su primer viaje misionero a la Argentina y a quien, más tarde, dió cuenta de los primeros trabajos y también de cómo el Instituto de Hermanas de María Auxiliadora entraba a ser instrumento Salesiano en la instrucción y educación de la niñez y juventud femeninas. Después del agitado gobierno del Papa del Concilio Vaticano y del "Syllabus", estaba en el So-

lio Pontificio, el que llenaría al mundo con su doctrina, afrontando los problemas sociales contemporáneos con vuelo de águila.

Don Bosco había previsto las necesidades de los tiempos nuevos fundando su Congregación para educar a los obreros que sirvieran cristianamente a la sociedad y a la patria, procurando sustraerlos a las seducciones de la revolución y la anarquía. Las aplicaban en la formación de los trabajadores en las escuelas profesionales de la Obra de Don Bosco, el santo sacerdote piamontés, asombro de su tiempo.

En la audiencia especial que León XIII concedió al nuevo obispo, Monseñor Cagliero, el Pontífice demostró profundo interés por el desarrollo de las Misiones en la Patagonia y Tierra del Fuego. Fué el 22 de diciembre de 1884 cuando dialogó el Papa con el Apóstol, el *enviado, intrépido,* enérgico, valiente, que volverá a la Argentina, bendecido por los que confían en su celo.

Requiriendo ayuda para el Vicariato Apos-dirigió a los cooperadores salesianos, explicando con su habitual franqueza: "Monseñor Cagliero en la Patagonia encontrará nada o bien poco de cuanto ha menester el ejercicio del pastoral ministerio y la formación de una cristiandad: no hay iglesias ni capillas, no hay colegios ni seminarios! Su episcopado y su cate-

dral no serán más que unas míseras chozas agitadas por los vientos del desierto y frecuentemente deshechas y dispersadas. Encontrará sólo tribus salvajes, abandonadas en la inercia y la miseria, privadas de religión, de los frutos de la ciencia, de las artes, de la agricultura, del comercio y de todo lo que respecta a la vida civil y social. Deberá, por lo tanto, construir si no Iglesias, a lo menos capillas en varios puntos de su Vicariato y proveerlas de los sagrados ornamentos; deberá, en los lugares más poblados y centrales, instalar hospicios para recoger a los jóvenes a fin de poder más fácilmente instruírlos y educarlos y por medio de ellos, echar las sólidas bases de una población cristiana, conquistando a los adultos por medio de los hijos. Deberá crear por lo menos un seminario para formar los sacerdotes nativos, que a su tiempo tomen el cuidado de las nuevas parroquias, o vayan en busca de las tribus nómades cuando trasladen sus tiendas de un punto a otro de esas pobres tierras. Deberá, en suma, ordenar su Vicariato de manera que puedan celebrarse con decoro los sagrados misterios, cantar alabanzas al Señor, y así conducir a la salvación a tantas queridas almas que esperan la redención. Y para efectuar tal obra se necesitan muchos medios materiales. Monseñor Cagliero y los Salesia-

nos no poseen más que su buena voluntad y su vida..."

En tales condiciones recibía Monseñor Cagliero su flamante Obispado. Y a él va con un nuevo contingente misionero. Pasa antes por Francia y visita algunas ciudades. De ahí va a España, y el 14 de enero se embarcaba en el vapor "Boulogne", en el puerto de Marsella, buque que hizo escala en Barcelona. Desembarcó en Montevideo el 13 de marzo, apresurándose a visitar el Colegio Salesiano de Villa Colón; y al día siguiente concurrió a dar un abrazo a Monseñor Luis Matera, representante Pontificio en Buenos Aires, expulsado días antes por el gobierno del General Roca.

La entrevista con Monseñor Matera, el Delegado Apostólico en la Argentina, fué en la casa religiosa en que se hospedaba a la espera del buque que debía reintegrarlo a Roma. Conoció Monseñor Cagliero detalles de la agitación producida en Buenos Aires con motivo de los debates parlamentarios de 1883 en que tan brillantemente los doctores Pedro Goyena y Tristán Achával Rodríguez defendierbn el pensamiento y la doctrina católica al sancionarse la ley de educación común 1420, que más que de neutralidad en materia religiosa, proscribió a Dios de las escuelas. Supo cómo la figura de José Manuel Estrada, se agrandaba en el esce-

nario de la república, exponiéndose al despojo de sus cátedras y a todas las angustias por defender su fe!

Esos iban a ser los amigos de Cagliero en esta nueva etapa de labor en la Argentina.

El 24 de marzo desembarcó en el puerto de Buenos Aires; y la travesía del Río de la Plata la hizo acompañado desde Montevideo por los sacerdotes Salesianos, Luis Lasagna, Savio y Ricciardi. En el muelle lo esperaban el P. Tomatis, director del Colegio de San Nicolás y el P. Cassini, juntamente con una delegación de los primeros cooperadores salesianos y de las Conferencias de San Vicente de Paúl.

En el Colegio San Carlos, de Almagro, se realizó una solemne recepción, asistiendo numerosísima concurrencia. Al presentarse a saludarlo Monseñor Espinosa, el amigo de las primeras horas, que llevó el saludo del Arzobispo, se estrecharon en un abrazo. Entre las personalidades asistentes se encontraba el doctor Ernesto Carranza, que pronunció el saludo de bienvenida, el mismo que instara siempre a Don Bosco enviara al gran Salesiano.

Los deseos quedaron cumplidos.

Si al pasar Monseñor Cagliero por los puertos en que había Casas Salesianas, desde Francia, España y Brasil hasta Montevideo, donde

encontró tiempo de visitar la naciente Casa de Las Piedras, los homenajes fueron relevantes, el que le ofreció Buenos Aires fué pródigo en alegrías y emociones. Estaba el nuevo Prelado entre los compañeros de la primera hora, de los primeros sacrificios, y sobre todo, los colaboradores de sus nuevas empresas misioneras.

III

El presidente Roca y Cagliero

Eran tiempos agitados para el catolicismo argentino los de la primera presidencia del general Julio A. Roca, en la que por intermedio del ministro doctor Eduardo Wilde, se propició la sanción de la ley de enseñanza laica, la de matrimonio civil y otras de igual tendencia laizantes. El representante pontificio Monseñor Matera, en Montevideo informó a Monseñor Cagliero del estado de la opinión y de la situación creada por el gobierno. Tenía el deber de visitar al primer magistrado en la república para informarle de cuál sería la misión del Vicariato Apostólico de la Patagonia. ¿Cómo le recibiría el general Roca, resentido por la posición tomada en los debates candentes por el clero y los católicos?

Debía ir Cagliero, y fué. Llegó al despacho acompañado por el P. Santiago Costamagna, el capellán del Ejército durante la Conquista del Desierto, y por lo tanto, el mejor compañero en las mencionadas circunstancias.

En los centros religiosos de Buenos Aires hubo mucha curiosidad por saber cómo el Prelado se entendería con el Presidente. ¿No sufriría la misma suerte que Monseñor Matera? Porque el general, acostumbrado a mandar en los cuarteles, empleaba el mismo procedimiento en el gobierno; y la orden podía ser la expulsión.

Ya en el despacho del presidente, saludaron con cortesía al general Roca que permaneció sentado junto a su escritorio, contestando apenas el saludo. El P. Costamagna hizo la presentación, manifestando:

—El Obispo viene como Superior de la Patagonia, mandado por Don Bosco, fundador de los Salesianos que hace una decena de años trabajan en la Argentina, estando ya instalados también en Patagones y Viedma.

—¿Usted es obispo?

—Sí, excelencia, —respondió Monseñor.

—¿Y no sabe usted que el Papa no puede mandar obispos a esta República?

—Señor Presidente, —repuso el obispo,— hemos sabido siempre que la Argentina es una república abierta a todos aquellos que quieren venir a trabajar; que vienen tantos inmigrantes europeos, y nosotros venimos con ellos, y en la misma forma, sin pretensiones y sin títulos. Yo soy un obispo, titular de Mágida, pueblecito perdido y casi destruído, de Asia Menor; soy un obispo misionero sin jurisdicción fija... Y vengo como salesiano a trabajar en bien de la juventud y del pueblo; y para enseñar a trabajar, traigo conmigo maestros de artes y oficios, de agricultura y para escuelas profesionales. Ahora, señor Presidente, ¡sólo le pido poder trabajar, y no otra cosa!

Mientras escuchaba, Roca, deferente en la atención, contenía, sin embargo, un gesto desdeñoso. Cambió de actitud cuando el P. Costamagna terció en la conversación evocando la campaña del desierto en la cual participó como capellán junto a Monseñor Espinosa, para adoctrinar indios. —Para desarrollar más ampliamente las misiones, —dijo Costamagna—, viene el Obispo Cagliero que anteriormente ha actuado en el país, fundando la primera escuela de artes y oficios, el Colegio Salesiano de San Nicolás de los Arroyos y la misión para italianos de "Mater Misericordiae".

Complacieron al Presidente tales evocaciones, y mirando con fijeza a los eclesiásticos, expresó:

—Está bien! Pero ustedes forman una Congregación religiosa!...

—Es verdad, —explicó Monseñor,— a la manera de las asociaciones religiosas particulares, y cuyos socios no deben renunciar a sus derechos personales de ciudadanos, porque permanecemos tales, unidos en sociedad con el fin común de educar especialmente a la juventud necesitada, en asilos, colegios, escuelas profesionales y oratorios. Don Bosco, nuestro fundador, ha sido aconsejado a constituir su Sociedad sobre tales bases por los ministros Ratazzi y Cavour, adaptándola a los tiempos modernos.

El presidente, sonriendo, dijo entonces:

—Ciertamente, Don Bosco ha sido hábil, ha sido astuto al dar esta forma especial tan moderna y este fin educativo profesional a su Instituto.

La conversación cambió en seguida de tono; se volvió amable, y los eclesiásticos visitantes, explicaron al Presidente Roca los trabajos realizados ya por los Salesianos en la Patagonia.

—Bien!... Bien!... —exclamó el general; y agregó: —El gobierno cooperará con subsidios a tales obras!...

Roca había quedado cautivado por la persuasiva palabra de Monseñor Cagliero y el progra-

ma de acción civilizadora lo entendió conforme a los fines mismos del gobierno. La impresión favorable dió motivo a que el Obispo le pidiera una esquela de recomendación para el gobernador de Río Negro, general Lorenzo Winter, que gustoso redactó el General Roca en términos afectivos y encomiásticos.

La conversación siguió aún breves momentos, y al despedirlos, el presidente que ya se entendía con el Prelado en tono confidencial, poniéndose de pie, tendióle la mano gentilmente, y manifestó con franqueza:

—¡Seremos amigos!

Aquel estrechar de manos selló una amistad que si fué útil a la Congregación Salesiana, que halló apoyo en sus campañas misioneras, lo fué, lo mismo, en favor de la Iglesia, cuando hubieron de hacerse gestiones para la reanudación de las relaciones diplomáticas con la Santa Sede.

IV

En el humilde episcopado

Hubo de hacer el Vicario Apostólico de la Patagonia distintas gestiones, no sólo ante el gobierno, sino en el Arzobispado, que le puso en posesión del gobierno eclesiástico del vasto territorio que se encomendó a su celo. Monseñor Aneyros se manifestó agradecido de que los Salesianos accedieran a las instancias que hiciera a Don Bosco, de llegar en su ayuda en tareas tan delicadas. Además, desde todos los Colegios establecidos ya, se invitó al primer obispo consagrado de entre los Hijos del Santo de Valdocco, y querían agasajarlo y tributarle homenaje de adhesión filial. En estos menesteres estuvo ocupado Monseñor Cagliero, durante varios meses. El día 2 de Julio de

ese mismo año de 1885, embarcó en el vapor "Pomona", que hacía el servicio de cabotaje entre el puerto de Buenos Aires y Patagones con escala en Bahía Blanca.

Visitó esta población, aprovechando que el buque tuvo que descargar mercaderías y había tiempo de llegar hasta el pueblo. Su impresión la trasmitió a Don Bosco en una carta de la cual extractó estos párrafos:

"La rada de Bahía es una maravilla del Señor! Tiene forma de cono. Desde la desembocadura, entrando a fondo, se llega en cuatro horas de vapor, navegando por un canal larguísimo que va estrechándose dentro de la tierra. La marea es apreciable, así que, cuando es alta, se convierte en un verdadero mar; cuando baja, adquiere el aspecto de un simple lago.

"Los ingleses han construído un muelle de hierro. Como no está terminado, para bajar a tierra desde la embarcación, he debido desplegar todo el antiguo valor, agarrado a una soga, (especie de escalera pendiente) que utilizaban los obreros.

"El porvenir de esta población, actualmente de cinco mil almas, es auspicioso y será grande; por ahora, especialmente en lo relativo a la religión, es bien poca cosa".

El día 8, el vapor "Pomona" corrió el riesgo de encallar en los bancos de arena de la barra del Río Negro. Zafó de la dificultad la nave y entró a río. Dos horas después, atracó al muelle de Patagones. Ya había llegado a la sede del Vicariato. El cronista del viaje escribió a Don Bosco, describiendo la escena.

"Patagones, —informaba,— situado sobre arenosas colinas, formado en su mayor parte de casas bajas y sin blanquear, estaba de fiesta. Apenas atracados al muelle de madera, se realizó la visita del personal de la Prefectura del Puerto. Se presentó a examinar la documentación de los pasajeros; y en seguida todos pudimos lanzarnos a tierra, recibidos con los brazos abiertos por los Salesianos con su banda, de los jóvenes del Colegio, y de buen número de excelentes ciudadanos que observaban al Obispo con timidez mezclada de alegría y admiración.

"Monseñor llegaba en situación de sumo cansancio; halló palabras oportunísimas y amorosas para todos los que atropelladamente se acercaban a besarle el sagrado anillo. Rodeados por este séquito y al son de la banda de música, nos dirigimos a la iglesia, donde entonamos el himno de acción de gracias. El obispo y los misioneros rezaron con manifiesto fervor.

"Pasamos a las congratulaciones, y a descansar, malgrado las continuas visitas de los buenos vecinos deseosos de acercarse y conocer a su primer pastor".

En el breve discurso que pronunció Monseñor Cagliero, en el modesto templo, en la jubilosa mañana de su recepción, subrayó estas frases:

"Mi misión no es ni comercial, ni militar, ni científica, ni política: es religiosa y moral!... Vengo a traeros la paz de Jesucristo; vengo para el bien espiritual de las almas".

Gran repercusión tuvo la llegada del Prelado. El P. Lino Carbajal en la monografía publicada al cumplirse las bodas de plata de la instalación de los Salesianos en la Argentina, anotó este detalle:

"La llegada del Obispo tuvo repercusión en todos los lugares del desierto. Se llegó a saberlo en todas las tribus: desde los Pampas hasta los Yahaganes de la Tierra del Fuego; desde los "manzaneros" del lago Nahuel Huapí a los pacíficos Tehuelches de la costa atlántica. Los buenos indios repetían miles de cosas acerca de este personaje de la Iglesia, superior mitrado de los Misioneros, sus amigos, maestros y regeneradores.

"Algunos, más despejados... decían que el Obispo era el propio Papa, del cual habían

oído hablar a los misioneros. Muchas personas del mismo pueblo no andaban muy acertadas en explicar el puesto que en la jerarquía es la autoridad del Obispo".

Siendo juzgado así el personaje, es de suponer que tuviera preparada una vivienda digna de su alta jerarquía. El mismo Monseñor Cagliero la describió en la comunicación enviada a Don Bosco.

"Es una vivienda de un solo piso, —explica,— con dos habitaciones de cinco metros por seis, y cuatro de alto. El estilo de su arquitectura es "patagónico", se entiende; el material de construcción, barro y vigas. Las ventanas, (una por habitación) se hallan tan bien ajustadas que, cuando sopla el viento (y ello sucede todos los días y todas las noches) las habitaciones se cubren de arena... Nosotros debemos sacudir continuamente nuestros hábitos, la mesita y los ojos!...

"Con todo esto nosotros vivimos muy bien y nos hallamos contentos, porque sabemos que estamos para cumplir la voluntad del Señor, de su Vicario el Papa, de nuestro queridísimo Don Bosco. Este pensamiento nos hará vivir siempre felices aquí y en el desierto y en las márgenes del Nahuel Huapí y en las faldas y en las cimas de la altísima Cordillera. Nosotros vivimos felices en Carmen de Patagones y en Viedma. Los

buenos no faltan; hay familias que nos quieren realmente bien y se alegran de la presencia de un prelado de la Santa Iglesia.

"Los Salesianos y las Hijas de María Auxiliadora han trabajado en estos años, logrando mucho en nuestros cuatro colegios.

"Yo, pues, encuentro mi satisfacción en descender a menudo de mi *romántico episcopio* para pasar a Viedma, atravesando el río en bote, para visitar la escuela donde reina un acuerdo y sencillez infantil. Lo mismo ocurre en las dos escuelas del "Carmen", contiguas a la residencia episcopal".

El informe finaliza suministrando un detalle importante, que consignó en las palabras siguientes: "El gobierno ha nombrado a Don Milanesio capellán militar para la región del Neuquén; enviaré con él un sacerdote y un catequista. Lo tendré distante mil quinientos kilómetros! Será necesario establecer pronto otra parada en el centro de esta línea recorrida por las aguas del río Negro y por sus dos grandes afluentes: el Limay y el Neuquén. —¿Y el Sur? No me asusta su extensión, porque como Alejandro, *tengo soldados y corazón!"*

El detalle de la referencia es que el P. Milanesio tiene nuevo destino, y que él será desde ese momento el *Padre Paisano,* como le llamaron los indios porque hablaba perfectamente el

araucano, y compartía la vida en los campamentos indios y tolderías con sencillez extrema que cautivaba las voluntades.

Acerca de la labor desarrollada aseguró en la misma carta: "Don Bosco puede vanagloriarse de contar en América con hijos que lo representan dondequiera dignísimamente, que lo aman y lo hacen amar. Estamos preparando el bautismo de dos indios y les impondré los nombres de Cayetano Alimonda y Luis Colle. Son buenos, humildes y desean la señalada gracia".

El nombre de Cayetano Alimonda es impuesto en recuerdo del cardenal que tanto ayudara a Don Bosco en lograr la creación del Vicariato Apostólico de la Patagonia; de tal manera Cagliero rubricaba su gratitud al insigne purpurado.

Así era de sencilla la vida del prelado en el humilde episcopado en el cual el Apóstol elaboraba proyectos misioneros.

V

Lo que encontró el Obispo

Cuatro colegios encontró el Obispo al instalarse en Patagones, como él mismo lo dice: uno para niños, regentado por los Salesianos, y otro para niñas a cargo de las Hermanas de María Auxiliadora; los otros dos en la otra margen del río Negro, en Viedma, en donde todos trabajaban en perfecto acuerdo y la máxima sencillez.

El 23 de enero de 1880, el P. Fagnano, instalado ya en Patagones, comunicó al P. Bodratto, su Superior, en Buenos Aires, diciéndole: "Estamos en nuestro puesto desde las seis p. m. del día martes, sanos y salvos, Cofrades y Hermanas, contentos siempre, por haber cumplido la obediencia".

Fieles a la obediencia, como escuadrones disciplinados, los Salesianos van a donde los Supe-

riores disponen, contentos de cumplir sus órdenes y sus planes. Es el espíritu que encontró el Obispo, predominando en los que hacía cinco años cultivaban el terreno espiritual en dichas latitudes.

El nacimiento y desarrollo de la Obra de Don Bosco en ese lapso, permitió anotar al Vicario Apostólico comprobaciones satisfactorias para su celo. Véase: en el mes de septiembre del mismo año de 1880, funcionaban ya el Colegio San Francisco de Sales de Viedma, atendido por los catequistas Luciani y Rizzo con cuarenta alumnos; y el de las Hermanas de María Auxiliadora con 48 niñas.

Impaciente por emprender nuevas fundaciones, el P. Fagnano se dirigió a los Superiores de Turín haciendo presente la necesidad de nuevos colegios y asilos en los que recoger a los desgraciados indios y sus hijos.

Durante el primer año de atención de la parroquia de Patagones, desde los meses de enero a septiembre, se bautizan 232 personas. En Abril de 1884, el informe del P. Fagnano consigna bautizados en el mismo pueblo 85 adultos, entre los cuales había algunos entre los 70 y los 80 años de edad y 540 niños de ambos sexos. Y acerca de esto decía el misionero: "¡Pobres almas, ignorantes en su mayor parte, in-

diferentes por apatía, y en un estado todavía primitivo en cuanto al comercio, la industria y las propias costumbres"!

Y no se quedaban en los pueblos de ambas márgenes del río Negro esos trabajadores del bien! El P. Domingo Milanesio que tanto descollara por su labor misionera, se hizo cargo de la parroquia de Viedma el 8 de diciembre de 1880. En la primera misión realizada remontando el río Negro, en seguida bautizó 300 indígenas. En el mes de junio de 1881, el P. Fagnano acompañó a la expedición militar del general Conrado Villegas hasta las márgenes del lago Nahuel Huapí, bautizando un centenar de indios. Al regresar, pasó por Roca, atendiendo allí a la guarnición militar, y al seguir viaje de regreso a Patagones hizo acopio de información para sus futuras excursiones misioneras. Y vuelve a salir el P. Fagnano en abril de 1882, para bautizar otros 236 indígenas, y el P. José Beauvoir partió en dirección a Pringles, (Río Negro) recorriendo 250 kilómetros a caballo, y bautizó 170 adultos, bendijo 15 matrimonios, y de regreso al punto de partida, extendió su jira hasta las márgenes del Río Colorado, logrando bautizar 13 adultos y bendecir tres matrimonios. En febrero de 1883 vuelven a salir los misioneros Milanesio y Beauvoir; llegan hasta Conesa, donde ya

se había construído una pequeña capilla; predican, bautizan y casan a numerosas personas; bordean el río Negro hasta Roca, pasan la confluencia de los ríos Neuquén y Limay, se internan un centenar de kilómetros en el territorio neuquino, y toman la dirección hacia Ñorquín, distante de Roca 450 kilómetros. Antes de llegar a este punto, pasaron por Codihué, situado a 350 kilómetros de Roca, aproximándose al temible cacique Reuqué-Curá, quedándose con él varios días, logrando bautizar cuarenta indígenas entre adultos y niños. A poca distancia de Ñorquín visitaron al cacique Willamay. Este bárbaro los recibió con amenazas, y estuvo a punto de disponer el asesinato de los dos misioneros. Estos, antes de regresar a Viedma, hicieron una nueva etapa hasta Malbarco, colonia situada a cincuenta kilómetros de Ñorquín. En dicho viaje bautizaron 350 personas; celebraron 25 matrimonios y administraron 100 comuniones.

El fruto mayor de tales viajes era entablar amistad con los caciques y capitanejos indígenas, para que facilitaran el éxito de las nuevas misiones.

La distancia que separa a Viedma de Malbarco es de 1.110 kilómetros, recorridos a caballo por los misioneros, ida y vuelta, lo que señala

las incomodidades padecidas en tan largo trayecto.

Durante el año 1883 se abrieron los dos colegios de Patagones a que se alude al principio de este capítulo, dando asilo el de los Salesianos a 60 niños y el de las Hermanas de María Auxiliadora a 93 niñas. El P. Milanesio recorrió la *travesía de Valcheta,* bautizando a muchos de los indios de la tribu de Chartmata. Continuó hasta el río Limay, y bordeándolo llegó hasta el lago Nahuel Huapí, y luego el río Neuquén hasta Ñorquín. Desde allí pasó a la región del Río Colorado, pudiendo decirse que exploró toda la Patagonia Septentrional.

En agosto de 1884 estaba nuevamente en marcha. —Visitó Pringles, Conesa, Cubanea y Castro, y desde ese último punto, siguió viaje a Valcheta, donde entró en relaciones con los caciques Andrés Pichaleo y Sacomatra, de raza tehuelche, quienes lo recibieron bien y le permitieron bautizar casi toda la tribu. Desde Valcheta siguió hasta Choele-Choel, pasando nuevamente por Castro. Este viaje lo interrumpió un acontecimiento inesperado. El misionero recibió la notificación de que por disposición del juez letrado y del gobernador del Territorio, no podía continuar las misiones entre indios porque carecía del permiso expedido por las autoridades gubernativas. ¡Magnífica forma de cola-

borar en tan abnegada empresa!... Y el P. Milanesio detenido, hubo de regresar a Viedma!...

De todo esto informaron al Vicario Apostólico recién llegado a Patagones. Y no era sólo lo sintetizado en los párrafos precedentes, lo que hicieron los Salesianos en esos años. Tan largos viajes permitían estudiar los territorios que atravesaban, explorarlos, anotar sus accidentes geográficos, fijar los caminos, levantando planos completos de cada región; y al mismo tiempo que entablaban relaciones con los indígenas, aprendían su idioma, observaban sus costumbres, los adoctrinaban y trataban de hacerles adquirir hábitos de trabajo.

El camino estaba desbrozado y abiertos los rumbos para el fecundo apostolado. El conocimiento de esta información fué el motivo de mayor alegría, para el Obispo.

VI

En busca de la grey

Los indios no iban al pueblo a cobijarse bajo las bóvedas del templo; había que buscarlos en las *tolderías*. Si los misioneros con tanta intrepidez enfrentaban los peligros, el Vicario Apostólico no podía quedarse en el puesto de comando mientras sus soldados batallaban. Monseñor Cagliero, repetía frecuentemente:

"La orden que mejor se cumple es la del ejemplo de los Superiores. Si nosotros trabajamos, los colaboradores se sentirán más estimulados en sus tareas".

Siendo el gran Capitán de esta cruzada civilizadora, quería ser el primero en los sacrificios.

Dos cosas hubo de hacer el Obispo en el deseo de habilitarse para afrontar los viajes que

ideaba: primero, ejercitarse en la equitación, convertirse en jinete. Segundo: entablar relaciones con los indios de las regiones próximas a su sede, a fin de estudiar su índole, apreciar las dificultades que ofrecía el idioma bárbaro y qué modos de persuasión resultaban de mayor eficacia.

Organizó la primera excursión; y eligió como compañero al P. Milanesio, que ya había hecho buena experiencia en sus prolongadas jiras misioneras. Luego, en las afueras de Patagones, ayudado por Zanchetta, su familiar, que también era catequista, comenzó a hacer ejercicios de equitación, siendo ambos dirigidos por el nombrado misionero! Un obispo, en aquellas latitudes y en aquel tiempo, debía hacerlo todo, en bien de su grey!...

El caballo, en la historia argentina, ha sido colaborador de toda empresa: en la guerra de la Independencia, trasponiendo los Andes para libertar medio continente; en las luchas civiles, al servicio de la montonera; en la conquista del desierto, para llegar a los confines nacionales; en la ganadería y la agricultura como instrumento de trabajo y de progreso; en las excursiones misioneras, como medio de transporte!... Lo empleará el Vicario Apostólico de la Patagonia en las peligrosas excursiones que proyecta en cumplimiento del deber

que le exige todo esfuerzo por la gloria de Dios y el bien de las almas cuyo cuidado le fuera confiado.

Ha llegado el día señalado. Es el 4 de noviembre de 1885. Celebrada la misa en la Iglesia de Patagones, la misma mañana cruzan el río en bote, el Obispo, el P. Milanesio, el familiar Zancchetta y un peón. En el colegio de Viedma, Monseñor y el P. Milanesio se transforman. Calzan botas que les llegan hasta las rodillas; se cubren con un poncho liviano para impedir las molestias del polvo del camino, y cubren sus cabezas con sombrero de felpa flexible. El obispo lleva en los bolsillos las insignias episcopales.

El gobernador del Territorio, general Winter, pone a las órdenes de Monseñor, un soldado que los acompañará en todo el recorrido. Varios peones irán como arrieros, conduciendo los caballos de repuesto, y con ellos irá Zanchetta que transporta los ornamentos sagrados, mientras que los peones cargan una carpa que les servirá de capilla y de vivienda y llevan algunos víveres.

Montado cada uno en su cabalgadura, parten. Toman rumbo hacia San Javier, población de muy escasos habitantes. Estaban a mitad del trayecto cuando se produjo la primera incidencia. Los caballos, en un descuido de los arrieros, vuélvense a toda carrera en dirección a

Viedma. Corren los viajeros el riesgo de tener que regresar, si no se da alcance a los animales. Hay un momento de expectativa. Pero los arrieros logran dominar a los rebeldes animales, y la marcha se reanudó sin inconvenientes.

En tres horas, un poco al trote y otro poco al galope, llegaron a San Javier, población fundada en los tiempos coloniales, y que pudo mantenerse a salvo de los riesgos de las invasiones de indios por su proximidad con Patagones, que facilitaba la defensa

El cacique Mariano Linares con su numerosa prole y su tribu, residían allí dedicados al pastoreo de ganado. Lo visitaron, lo mismo que a las principales familias, haciéndoles conocer el objeto del viaje.

La hora de reunión se indicaba por los misioneros izando una bandera sobre alta asta junto a la carpa que servía de capilla, y los indios que ya mantenían relaciones con ellos, se acercaban.

El Obispo se instaló en el edificio de la escuela, y reunió allí a los jóvenes y adultos, iniciando la instrucción religiosa ayudado por Zanchetta. El P. Milanesio congregó a los indígenas en el interior de un rancho y les instruyó hablándoles en su propia lengua. Administráronse los sacramentos, y terminado esto, Monseñor Cagliero se trasladó a la casa del cacique Linares, situada a un kilómetro y medio del pueblo, mientras el

P. Milanesio hizo una jira por los alrededores, visitando a los indios amigos que no asistieron a los actos religiosos.

En casa de Linares, Monseñor ofició la misa, escuchada por toda la familia del cacique y buen número de indígenas.

Prosiguió la jira. Los viajeros tomaron el sendero que atraviesa salitrales y terrenos pantanosos, rumbo al paraje denominado "Potrero Grande". El obispo cabalgaba detrás de sus compañeros de viaje. De pronto éstos oyeron un ruido que les llamó la atención. Volviéronse a mirar qué ocurría y vieron que espantado el caballo que montaba Monseñor, dió un vuelco hacia un costado, y el prelado, por evitar una peligrosa caída, se arrojó del caballo, cayendo de pie en el barro, enterrándose en él, por el peso del cuerpo, alto y fornido.

Desmontaron de sus cabalgaduras el P. Milanesio, Zanchetta y el soldado, para auxiliar al Obispo, que sereno y tranquilo, salió del fango, chanceando de que sus condiciones de jinete no le permitían aún evitar tales inconvenientes.

Llegados a "Esperanza", pequeña colonia así llamada por la fertilidad del suelo, el Obispo saludó a los colonos, hizo extender la carpa y en el interior de ella, ofició la misa y pronunció un breve discurso animando a los concurrentes a alimentar el fervor religioso.

Y de allí, otra jornada más, y estuvieron en Cubanea, colonia italiana, y en la pequeña capilla existente, ofició la misa y administró los sacramentos, y al hablar a los que se reunieron a escucharlo, evocó a la lejana patria, Italia, y a su querido Piamonte.

Luego continuaron hasta la primera y segunda "Angostura", sitios denominados así porque en ellos el cauce del río Negro se estrecha. El cacique Payleman, indígena cristiano, los recibió con alegría, facilitándoles la tarea catequística. Bautizaron cinco indios adultos.

Y al cabo de esas vueltas, arribaron a Conesa hospedándose en casa del alcalde don Macario Rodríguez. Permanecieron tres días, siendo objeto de atenciones de parte del dueño de casa, el comisario de la Colonia y el maestro de escuela don Dalmiro Pereyra. Se administraron treinta comuniones y hubo bautizos y confirmaciones.

Muy escasa pareció a Monseñor la cosecha espiritual, recordaba siempre el P. Milanesio, pero el prelado se consolaba diciendo:

"Nuestro amadísimo Don Bosco dice que nosotros hemos venido tan sólo a sembrar; otros vendrán a cosechar, ¡con qué valor!... Estas treinta comuniones se multiplicarán un día hasta trescientas, después hasta tres mil, y des-

pués... será lo que Dios quiera de estos pobres habitantes del desierto".

Cumplido este itinerario, volvieron a Patagones, bordeando la margen izquierda del río. Los pobladores acompañaron al Obispo un buen trecho del trayecto, cabalgando a su lado en manifestaciones de simpatía.

El 29 de noviembre estaban de nuevo en la sede del Vicariato.

VII

Hacia todos los rumbos

El fruto escaso de la primera jira apostólica despertó aún más el espíritu civilizador del Vicario, que como buen Capitán de los soldados de Cristo, hijos todos del gran Don Bosco, con un mapa de la Patagonia delante, meditó y planeó nuevas excursiones. Se ajustaron sus disposiciones al plan que el Santo Fundador dió a los salesianos para desarrollar en las misiones. Constaba de cinco puntos fundamentales que daban las normas. Ellos eran:

"1º — Reducir los indígenas a la vida civil y cristiana por medio de sus hijos.

2º — Reducir los indios a la vida civilizada por medio del trabajo productivo: Artes, Oficios, Agricultura.

3º — Reducir a los indios por medio de las ventajas y goces morales de la vida social.

4º — Reducir a los indios por medio de la práctica de la Religión y virtudes cristianas desde la niñez.

5º — Para la realización de este plan, utilizar los auxilios de las Hermanas de la Caridad, Hijas de María Auxiliadora, dando a este Instituto, como a los Salesianos, por fin y aspiración propia, la conversión de los indios al Cristianismo".

Neuquén, Chubut, Santa Cruz, Tierra del Fuego estaban en la imaginación creadora de Cagliero. Desde el corazón de la Pampa hasta los más apartados rincones de la Patagonia —bajo los climas más inclementes,— debían trabajar él y sus colaboradores. Nadie se estaba quieto en la humilde residencia episcopal, porque todos aportaban informaciones, ideas, cooperación al cumplimiento de las iniciativas que surgían.

En el colegio de Viedma, convertido en escuela de artes y oficios, se trabajaba febrilmente por terminar la construcción de la Iglesia que reemplazó a la que se incendiara en Abril de 1884; y que el Obispo bendijo e inauguró solemnemente el 20 de diciembre de 1885. En Patagones, el P. Fagnano trabajó con el mismo entusiasmo por construir un nuevo templo. Así los

Salesianos resultaron arquitectos, albañiles, carpinteros, herreros, pintores, contribuyendo con el trabajo de sus propias manos al que realizaban los hermanos coadjutores y los obreros.

El sur extenso y desconocido se convirtió en obsesión de Cagliero que quería ver a sus soldados en misión por todas partes. El territorio desconocido, envuelto en leyendas, debía ser explorado. El misionero que se trasladó en busca de almas, se convirtió en auxiliar de la ciencia. Agrónomos, geógrafos, naturalistas, minerólogos, de todo hubo, para penetrar en los secretos de aquella naturaleza virgen; y desde las observaciones meteorológicas hasta el estudio geológico de las tierras, profundidad de los ríos y altura de las montañas, en todo esos hombres iniciaron importantes investigaciones.

El breve pontificio que creó en 1883 el Vicariato Apostólico de la Patagonia, le dió como límites territoriales la Patagonia Septentrional y Central; y el mismo creaba anexa la Prefectura Apostólica de Tierra del Fuego con jurisdicción sobre la Patagonia Meridional. En manos de los Salesianos quedó ese enorme campo de labor. Los sacerdotes Beauvoir, Savio, Milanesio, Panaro y otros, tomaron a su cargo tareas delicadas y misiones difíciles. El Obispo pudo, así, informar a Don Bosco en marzo de 1886: "Don Savio continúa sus trabajos en la colonia de

Santa Cruz; D. Beauvoir ha partido el 3 del corriente para el Cabo Vírgenes, donde fueron descubiertas minas de oro que han dado origen a una Colonia. Este punto dista de Santa Cruz 420 kilómetros. Don Fagnano, apenas se vea libre de ciertos compromisos que lo retienen en Patagones, partirá a Punta Arenas y visitará la Tierra del Fuego, y de poderlo, las Islas Malvinas".

El P. Fagnano iría como Prefecto Apostólico, temerario en las empresas, valiente en las actitudes, abnegado en el cumplimiento de la misión que le confiaron.

Monseñor escribe otros informes en que deja constancia de la opinión que le merecen sus auxiliares inmediatos.

"Nuestro sacerdote Milanesio, —dice en una de ellas—, es una verdadera providencia para todos los habitantes del Río Negro. Acompañado por nuestro bravo Don Panaro y el coadjutor Forcina, con otros dos hombres que atienden los caballos, recorrieron la inmensa distancia de quinientas cincuenta y cinco leguas, o sea 2775 kilómetros.

"Pasó dos veces, en mula, los Andes o Cordilleras, llegando a Chile, tocando Chillán, Concepción, Antuco, Los Angeles; luego atravesó el boquete de Chillán formado por el volcán homónimo de 9875 pies de altura. La finalidad de

este viaje fué el de recoger limosnas y otras ayudas a favor de las Misiones de Malbarco sobre la parte oriental de las montañas que dan origen al Neuquén, confluente del Río Negro.

"Ha predicado también en treinta puntos, o sea centros de población más o menos habitados. Se bautizaron 1117 indígenas e hijos de familias cristianas, bendijo 60 matrimonios y preparó a la Santa Comunión 1830 neófitos. En este viaje exploró todo el valle del Río Negro hasta la confluencia del Limay y Neuquén, y todo el valle a la derecha e izquierda del Neuquén con sus diez o doce afluentes, hasta llegar al límite con Chile, en la provincia de Mendoza.

"Por eso la parte de la Patagonia Septentrional más importante y más poblada es ya por nosotros conocida y visitada.

"Dentro de un mes se encontrará en nuestra compañía Don Savio, el cual nos da muchas y buenas noticias de su misión en la Patagonia Central y Meridional. El ha podido conocer a los indios Tehuelches de los que hay muchas *Tolderías* (campamentos de indios) en las inmensas llanuras del desierto central. Transcurrido el invierno regresará a Santa Cruz. Don Beauvoir, entre tanto, atiende la Misión, y ya hizo una excursión hasta Cabo Vírgenes donde se va reuniendo gente de todas partes en busca

de oro. Algunos exploradores dicen que allá el precioso metal en ciertos lugares es más visible y abundante que en California".

Hasta aquí la carta del Obispo. Los buscadores de oro estaban de moda en esos tiempos. Fué una ilusión de muchos que sufrieron fracasos tan sensibles, como los que en el sur de la Pampa, en las sierras de Lihuel Calel, soñaron en lo mismo, al organizar empresas destinadas a la explotación de minas.

Aproximándose la fecha onomástica de Don Bosco, el Apóstol le escribió el 24 de mayo de 1886: "Viva San Juan! Vive eternamente en el corazón de los hijos este dulcísimo nombre del Padre! Desde la lejana Patagonia me uno a cuantos le escribirán en este faustísimo día. Ellos pondrán de manifiesto su júbilo y sus augurios, y volcarán plenamente sus afectos con los más tiernos acentos y las más ardientes expresiones de sus corazones. Queriendo también yo presentarle en este día solemne algo agradable, he pensado en ofrecerle el resumen de todo un año, que sus Salesianos conmigo han vivido y trabajado en este campo evangélico de la Patagonia. Mil trescientos bautismos de indios y de indígenas del Río Negro. Mil comuniones hechas por nuestros neófitos y tres mil hechas por los más devotos de nuestra familia cristiana. Doscientas comuniones mensuales de los niños y ni-

ñas que frecuentan nuestras escuelas. Estos son los frutos recogidos después de mi llegada a éste, hasta ahora, esterilísimo desierto. Formo una corona de blancos lirios entrelazados con otras flores y engarzada de ricos brillantes, que pongo sobre su venerable cabeza y digo: —Cubra a los hijos la gloria del Padre! —Bendiga a su *Juan, Obispo*".

Apréciase en esta carta la ternura del amor filial que se expresa con sencillez, ofreciendo como homenaje los frutos del primer año de cosecha espiritual.

VIII

Inesperada visita

El Jefe del batallón de soldados de Don Bosco, apóstoles de Cristo, ocupábase intensamente en el cumplimiento de los planes de conquista espiritual en tierras patagónicas, sin imaginar el día 9 de julio de 1886 la agradable sorpresa que le esperaba. Sin embargo, refería el mismo Cagliero, la mañana de la fiesta patria argentina, al oír los disparos de bombas con que se saludaba la salida del sol, mientras oraba en el templo, tuvo el presentimiento de que en ese día algo imprevisto sucedería.

En la monografía que el P. Lino Carbajal publicó el año 1900 sobre las Misiones Salesianas, menciona el episodio que tomó de un relato consignado en el "Boletín Salesiano". En horas de la misma mañana, entró en el locutorio de la

Casa Salesiana de Patagones un hijo del cacique Sayhueque acompañado por el intérprete Juan Calvo. Pidió ver a Monseñor Cagliero, explicando que hacía la visita en nombre de su padre el cacique.

La fama del famoso cacique *manzanero o del País de las Manzanas,* como se le denominaba, corría por todas partes, y comentábase la leyenda de su valor temerario.

—¡Oh, bien, bien! — exclamó el Obispo. — ¡Qué satisfacción!...

Sin haber hablado todavía con el indio visitante, ya presentía el motivo, adivinaba sus buenas noticias. En seguida Monseñor se hizo presente en el locutorio. El indio, extrajo de un bolsillo una tarjeta de recomendación que en Roca le había dado el comandante Vicente Saciar, quien lo presentaba a su protección; expresó los saludos de su padre el cacique, y el prelado los retribuyó efusivamente.

Entablóse el diálogo entre el Apóstol y el indio asistido por el intérprete.

—Los sacerdotes misioneros se encuentran en estas tierras para la enseñanza y el bien de grandes y pequeños...

—Lo sé, — dice el hijo del cacique, — los sacerdotes hacen mucho en favor de nuestra gente. Por eso nos alegramos de ver cómo los sa-

cerdotes bautizaron nuestros hijos y los niños de la tribu.

—Está bien, — dijo Monseñor, — ¿Y a cuántos asciende la población?

—Somos mil setecientos entre grandes y chicos.

—¡Son muy numerosos!

—Es verdad, señor.

—¿Con vosotros hay otras tribus?

—Sí, las hay: la de Yancuche cuenta casi ochocientas personas.

—¿Entre vosotros son muchos los cristianos?

—Sí, señor; los mayores de edad no lo son todavía, pero los niños ya son cristianos, pues fueron bautizados recientemente, este año, por un joven misionero. Entre los mayores se hizo cristiano mi padre y le pusieron por nombre Valentín Alsina.

—Muy bien. Diga a su padre que iremos a pasar algún tiempo allá, y que posiblemente les envíe dos Hermanas para instruir a las niñas. Entonces prepararemos para el bautismo a todos aquéllos que lo deseen.

Extendió la mano el Obispo para saludar, y el hijo de Sayhueque, expresó:

—Si me permite, señor: deseo decirle todavía una palabra.

—¿Cómo no? Es usted dueño; hable, pues, libremente.

—Señor, vengo a hacerle una propuesta en nombre de mi padre. El quiere que le envíe un sacerdote que se establezca allá y eduque a los niños.

No esperaba, el Obispo, pedido de tal índole; y sorprendido y emocionado por lo que significaba, expresó:

—Muy bien; mucho me complace este deseo de instruírse y de educarse y es preciso que lo hagan todos. Enviaremos un sacerdote, el cual, si bien por ahora no puede quedarse definitivamente, irá con frecuencia a visitarlos.

—Yo le estoy muy reconocido, — agradeció el indio, — esto es necesario, señor, porque ya vivimos entre cristianos, y por lo tanto, debemos educarnos.

Con tales palabras terminó la entrevista; se retiraron el indio y el intérprete, y el Obispo fué con alegría a confiar a sus colaboradores la halagueña noticia.

En tierras de *Chichinal,* en la margen izquierda del Río Negro tenía su campamento el cacique Sayhueque, sometido, apenas el Ejército Nacional dominó en toda la extención del territorio hasta *el País de las Manzanas,* en la región del Nahuel Huapí, donde el jefe indígena ejerció dominio absoluto. A visitarlo allá iría Cagliero gustoso.

IX

En el campamento de Sayhueque

El Apóstol de la Patagonia, comenzó los preparativo de un viaje extraordinario, dispuesto a visitar a Sayhueque, y seguir después, por tierras del Neuquén hasta Chile, trasponiendo la Cordillera. Sentíase estimulado por una expresiva carta que recibió del Cardenal Vicario de la Propaganda Fide, que elogiaba la obra que él y sus misioneros realizaban.

Con fecha 12 de noviembre de 1886, escribió a Don Bosco:

"Pasado mañana partiré en misión por las cordilleras y Chile. El comandante de la Escuadrilla del Río Negro, señor Rivadavia, me otorgó el pasaje gratis en el vapor "Limay" para un recorrido de cien leguas (quinientos kilómetros), es decir, hasta Roca, donde se encuentran don

Milanesio y Don Panaro con treinta caballos, y donde espera el cacique Sayhueque para instruir y bautizar a su tribu. Va Zanchetta como familiar y se unirán dos peones para cuidar los caballos. Don Daniele y Don Pestarino irán después de nosotros a establecerse entre esos indios para convertirlos en buenos cristianos. Don Fagnano está aquí, llegado de Buenos Aires en el vapor "Villarino", y partirá con la escuadra de exploración con veinticinco soldados a Tierra del Fuego."

Las dos grandes figuras misioneras, el Vicario y el Prefecto Apostólico, que asumieron la responsabilidad directiva de la obra evangelizadora y civilizadora de la Patagonia, — Cagliero y Fagnano, — están en movimiento. El P. Antonio Riccardi que quedó a cargo de la Obra en Patagones, escribió a Don Bosco el 19 de noviembre: "Monseñor ha partido en la mañana del 14 de noviembre en el vaporcito "Limay", después de haber bendecido todo el buque. El tiempo era extraordinariamente hermoso, y, milagro, no soplaba viento! Estará en Chile, *Deo adjuvante,* en febrero o en marzo del nuevo año. Estará ausente cinco o seis meses.

"Dos horas después, — agrega el informante, — en el "Villarino" partía también don Fagnano que forma parte de la comisión exploradora de la Tierra del Fuego y de las islas próximas. Des-

embarcará en el golfo de San Sebastián al nordeste de la isla principal, y espera recorrerla toda en cuatro meses. Mientras elige el punto más favorable para establecer su misión, hará de todo por la conversión de aquellos pobres salvajes. Ha llevado una buena cantidad de ropas que regalará a los indios y así atraerlos, o por lo menos, entrar en relaciones con ellos. La tribu de los *Onas,* hacia los cuales va, es hostil a los cristianos, habiendo ya obstaculizado el desembarco de los soldados, combatiendo con arcos, flechas y hondas, y se opondrá a las misiones. El, empero, confía mucho en la ayuda de Dios. Dice sentirse empujado por una fuerza superior... ¡Dios lo quiere!...

"Nuestros misioneros — agregó — están en pleno movimiento. El gran Capitán nos da el ejemplo!... Nosotros, en las recorridas procuraremos no desviarnos del camino que él ha trazado; seremos fieles a la consigna; mantendremos encendido, sin dejarlo languidecer, el fuego sagrado que Monseñor Cagliero supo encender en nuestros corazones, para que a su regreso, tenga su más bello consuelo."

Gran Capitán lo denominó el P. Ricciardi, y fué un acierto.

Viajando Cagliero hacia el campamento de Sayhueque, por el río Negro, en el vaporcito "Limay", pasó por las poblaciones situadas en

sus márgenes. El obispo en esta jira visitó Negro Muerto, Choele Choel, Chichinal, Santa Flora, Roca y las Cabañitas.

Acerca de la vida en el campamento de Sayhueque en tierras del *Chichinal*, el propio Cagliero informó a Don Bosco en carta fechada el 27 de enero de 1887.

"Termino en estos días — escribió — la prolongada misión dada a la tribu de Sayhueque, compuesta de 1700 personas. Hemos permanecido dos meses en un pobre "rancho" construído con palos revestidos de barro y techado de ramas recas con una capa de tierra encima. Hemos estado bien pensando en los *toldos*, mucho más mezquinos, de los pobres indios, y en el refugio mucho más mezquino aún de Belén, donde habitó la familia más grande del cielo y de la tierra. Eramos alimentados con las mismas raciones que el Gobierno suministra a los indios. Yo, empero, me sentaba a la mesa del comandante Lucián, que había conocido a bordo del "Pomona", en mi primer viaje a Patagones. Como buen soldado, se conformaba, como todos los otros, con la vida del desierto, comiendo carne y arroz, y arroz y carne, sentándonos con todos los demás sobre troncos de árboles, o cajones o monturas de caballos".

Y seguía narrando sus impresiones. Se sentía recompensado con usura de las incomodidades sufridas al advertir la avidez con que recibían los indígenas la palabra de Dios. Instruyó en la religión a los adultos, bautizó a jóvenes de ambos sexos, de edades que oscilaban entre los 10 y los veinte años. Igual se hizo con muchos padres y madres de estos jóvenes indígenas.

Uno de los hijos del cacique Sayhueque y algunos capitanejos, que observaban el ritual y oían las predicaciones de los misioneros que colaboraban en la tarea evangelizadora, pidieron ser bautizados y casados conforme a la ley cristiana.

También estaba entre ellos el hijo del cacique Yancuche, que observó primero con recelo las ceremonias; después escuchó con interés las explicaciones de los misioneros. Pronto el interés se convirtió en deseo de ser admitido como cristiano. Se le bautizó. Faltaba ahora que cumpliera con el otro sacramento — el del matrimonio — abandonando la costumbre bárbara de la poligamia. Aun a esto llegó con sumisión conmovedora. Dijo en su lengua al P. Milanesio:

—Si esto tiene que hacerse, lo hago.

Y desde este momento cambió de vida y vivió como cristiano en un hogar constituído de acuer-

do con los deberes que la Iglesia impone a los que abrazan su fe.

Se encontraban el Obispo y sus colaboradores, cuando un incidente vino a perturbar la tranquilidad del campamento indígena. Mostrábase Sayhueque resuelto a recibir los sacramentos y a abandonar sus costumbres salvajes. Pero antes, decía, quería instruírse en las verdades religiosas. Se conversaba de eso en momentos en que llegaron algunos soldados del Ejército, capitaneados por un oficial, y éste separó ochenta familias de la tribu, para llevarlas, por disposición del gobierno, hacia Mendoza, a fin de instalar una colonia. Las familias seleccionadas debían hacer un trayecto en el que se emplearían dos meses de marcha.

Sayhueque recibió la noticia como una provocación. Despertó en su espíritu el instinto salvaje a la vez que la estimación que tenía por la gente de su tribu. No; esas familias no saldrían del campamento del *Chichinal*. Dispúsose, para ello, a resistir la orden del gobierno, decidido a luchar con los soldados.

La misión que se desarrollaba tranquilamente, en completo acuerdo de voluntades, amenazó terminar en escena sangrienta. Los misioneros, preocupados por el bien de los desdichados indios, intervinieron ante Sayhueque. Ex-

plicáronle que el propósito era instalar esas familias entre cristianos para hacerles bien. El cacique no quería entender razones. Afligido por la separación de tantos súbditos que los soldados llevaron a un lugar contiguo hasta preparar el traslado, rehusó recibir los sacramentos y comenzó a agitar la tribu en actitud de resistencia armada. Al cabo, se dejó convencer de que era peligroso resistir a las fuerzas del Ejército por la superioridad de las armas de éste; y depuso la rebeldía.

Pero fué a cumplir con los ritos bárbaros como exorcismo contra la influencia de los cristianos. Y los misioneros hubieron de continuar su planeada jira sin haber logrado reducir al temible cacique.

En esa misión fueron novecientos los adultos bautizados y confirmados, cuatrocientos los niños.

Monseñor Cagliero, en la carta en que informó del resultado de la misión y de los episodios desarrollados en ella, escribió: "Don Milanesio habla el indio como un indígena. Yo, en los discursos de importancia, les hablaba por medio de un intérprete, y al catequizarlos me valía del libro traducido a su lengua y me entendían bien".

La misión terminó con la ceremonia de plantar dos cruces en el centro de la *toldería,* y con la bendición de un lugar especial que serviría de cementerio cristiano.

X

Lágrimas y sangre

Narró en su informe el Apóstol de la Patagonia, que el día 9 de enero de 1887 pasaron a la otra orilla del Río Negro, atravesándolo en un botecito en el que remaban dos soldados. Ya en la otra margen, Zanchetta armó la carpa que para estas jiras había donado la señora de Niccolini, y después de cenar al aire libre, fueron a descansar.

Al amanecer del día siguiente, el Obispo y el P. Milanesio, madrugaron, y montando a caballo se trasladaron a la estancia que en esos lugares poseía un alto funcionario ministerial de Buenos Aires. En ella permanecieron una semana, un poco por descansar de las fatigas y por atender la preparación religiosa y bautismo de veintidós indios. El 6 de enero re-

corrieron otras seis leguas, y esta vez el Obispo fué en un carruaje tirado por seis caballos, llegando al pueblo de Roca.

Ya en el pueblo, se presentó a Cagliero el comandante Quirós y le manifestó:

—Vengo a ponerme a sus órdenes, Monseñor, en todo aquello que pueda serle útil.

—Tantas gracias, comandante.

—He recibido telegrama del general Winter — agregó Quirós — de facilitar todo cuanto sea necesario al éxito de la Misión.

Como primera medida, se alojó al Obispo y acompañantes en el edificio que acababa de construírse para escuela; y puso a su disposición dos soldados. Al racionarse a la guarnición militar, se sirvió al Prelado como a general, a los sacerdotes Milanesio y Panaro como a oficiales, al coadjutor Zanchetta como cabo y a los peones como soldados. ¡Era una distinción que hacía el Comandante en gesto de gentileza a la autoridad eclesiástica!...

La impresión que recibió en aquel pueblo, la resumió Cagliero en estas líneas: "Roca es un pueblo incipiente, en una hermosa llanura bañada por el Río Negro, a 120 leguas de Patagones, sede de la guarnición de este inmenso territorio, y poblado por mil habitantes que hasta ahora viven a expensas del gobierno. Es, sin embargo, un lugar donde soplan furiosos

vientos y el polvo oscurece el cielo, lo que ocurre a menudo; y temo por su duración en el porvenir."

En Roca instruyeron a los adultos y a los niños; predicaron y administraron los sacramentos; dieron conferencias a los soldados y compartieron la vida vecinal. Luego, con el ánimo dispuesto a afrontar los inconvenientes de un largo peregrinaje por tierras desconocidas, iniciaron el viaje dispuestos a atravesar la Cordillera. Recorrieron nueve leguas por las márgenes del río Neuquén y del Agrio, haciendo dos paradas: una en Codihue y la otra en Ñorquín, y en esta localidad el Obispo bendijo una capilla dedicada a Santa Rosa, construída a instancias de los misioneros por los buenos vecinos. Tomaron, luego, el camino que los condujo al norte, hasta las estribaciones de la Cordillera, cruzando los ríos Trucumán, Reinileo, Arileo, Lileo y Nohueve, afluentes del Neuquén, dando en el trayecto cuatro misiones. En Malbarco se detuvieron junto al Nihueve en el paraje denominado *Aguas Calientes,* diez y ocho leguas arriba de Ñorquín. Llegados allí, según el cronista del viaje, ¡habían recorrido mil quinientos kilómetros sin incidencias!

De Malbarco, el 2 de marzo siguieron a Chacay, y al llegar a Miei-Hue, a cuarenta kilóme-

tros del punto de partida, perdieron los caballos y hubieron de conseguir otros, por servicio, para poder continuar la jira, que prosiguió bordeando el Nihueve hasta encontrar el río Neuquén, y siguieron su trayecto hasta las vertientes. Al dejar atrás ese río, comenzaron a cabalgar por lugares pedregosos, entre tropiezos y fosos, y pernoctaron en casa de don Lucas Becerra, que ejercía la medicina por esos parajes y tenía su residencia al pie de la Cordillera.

El P. Lino Carbajal, que recogió de labios de Monseñor Cagliero el relato de este extraordinario viaje, dice que el Prelado, al reanudar la marcha, a la mañana siguiente, cuando los peones preparaban los caballos, presintiendo lo que ocurriría, recomendó que acomodaran bien la montura. Iban a trepar a caballo el paso de la Sierra Mala-Cohuello, en cuyo desfiladero se produjo la trágica caída.

Habían andado unas dos millas por el sendero que bordea la montaña, cuando, de improviso se aflojó la cincha del caballo que montaba el Obispo, y le corrió hacia la barriga. Encabritóse la bestió y empezó a corcovear y a inclinarse enfurecida dando patadas al espacio y grandes saltos, con el propósito de desprenderse de los arreos que le causaban molestia. Como no lograra su intento, echó a correr a toda velocidad por la pendiente de la montaña, saltando

por encima de agudos pañascos y espinosos arbustos. El peligro a que se veía expuesto el Prelado era manifiesto. Los compañeros de viaje, sobrecogidos de angustia, viéndolo a merced del caballo, espantado y sin freno, consideraron que era imposible que se salvara. La bestia aparecía y volvía a perderse de vista entre las altas piedras y la vegetación silvestre.

—Hubiéramos querido exponer nuestra vida por salvar la de él — comentaba el P. Milanesio al narrar el suceso. — El temor de espantar aún más el caballo, tuvo a todos inmóviles y casi fuera de sentido. Las bocas sólo atinaban a pronunciar las palabras:

—¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡ayúdalo!... ¡Virgen purísima, María Auxiliadora, Madre de Misericordia, no permitas que nuestro Monseñor sucumba de manera tan horrenda!

El caballo siguió huyendo, dando saltos al borde de profundos precipicios. El Prelado, con todo eso, conservaba su sangre fría, y prendido fuertemente de la crin del indomable animal, invocaba también él a la Divina Providencia, mientras la alocada bestia corría ciegamente, ora girando en torno de sí misma, hasta que se abrió paso hacia una extensión de terreno sin árboles ni rocas, y entonces Monseñor, ponien-

do en peligro la vida, se arrojó al suelo, cayendo como muerto.

En la caída, el Obispo sufrió la fractura de varias costillas. — Me arrojé al suelo — explicó él más tarde, — por haber visto al caballo que iba a precipitarse inevitablemente a un profundísimo abismo erizado de agudas y enormes rocas.

En efecto, en seguida de caído el Obispo, se oyó el sordo rumor del caballo que se había arrojado al precipicio. El mismo fin habría tenido él, si hubiese caído allí, mezclando su sangre con la del animal que rodó hecho pedazos antes de tocar el fondo del abismo.

Aludiendo al lugar del suceso, el P. Carbajal, explicó: "He visto aquella región y puedo decir que aquel sitio es uno de los más peligrosos e imponentes de la naturaleza. Allí se ha reunido todo lo que tiene de grandioso la cordillera".

¡Que sacudida de dolor sufrió el corazón de sus acompañantes! Daban por muerto al gran Capitán de la cruzada misionera. Corrieron hacia él, desmontaron de sus cabalgaduras como en vuelo, para prestarle socorro. Monseñor no respondía a los requerimientos, y respiraba apenas, yacente, cubierto el rostro y el cuerpo de tierra y sangre.

Lo sacudieron y le daban aire para reanimarlo. ¡Todo parecía inútil! Sólo respiraba fatigosamente.

La escena cruel duró como dos horas, apoyado el herido, en parte sobre el duro suelo, y en parte sobre los brazos de los misioneros.

Cuando volvió en sí, miró en torno, para darse cuenta de su estado y del sitio en que se hallaba. Hizo un esfuerzo para hablar y sobreponiéndose al dolor, expresó:

—¡No es nada; no es nada!... es poca cosa...

Y dirigiéndose al padre Milanesio que era el más afligido de los circunstantes, agregó:

—¿Por qué lloras, mi querido Milanesio? No te aflijas tanto; no es caso desesperado el mío. No seas como los niños..."

Procurando contener su decaimiento, como en burla, siguió:

"De tantas costillas como tengo, creo se me han roto sólo dos: ¿y os parece mucho? Una costilla o dos de menos no es una gran cosa; ¡valor, queridos hijos míos, valor!... Pasará también esto! Consolaos y estad alegres, dando gracias al Señor!..."

Levantando los ojos al cielo y elevando un poco la voz, manifestó resignado:

"El Señor lo ha querido, así sea!... ¡Bendita siempre su santísima voluntad!... Mi Señor y Dios mío, por vuestra gloria y por las almas

redimidas por vuestra sangre he caído. Todo sea en vuestro honor y servicio, y en ventaja de las almas que vine a buscar en medio de estos peligros!..."

Pareció a los circunstantes la plegaria de un moribundo, y sollozaron de angustia mientras el herido hacía una fervorosa invocación a María Auxiliadora, agradeciéndole haber salvado la vida.

Entre tanto, un peón había ido, forzando la carrera de su caballo, hasta la casa del señor Lucas Becerra, a recabar los auxilios del médico.

Como el ilustre herido no podía moverse, improvisóse en el mismo sitio, una cama, tendiendo las monturas y cojinillos que quitaron de los caballos, acostándolo sobre ellos, a la espera del amigo que le practicaría la primera cura.

XI

Camino de amargura

Picaba el sol de la mañana que calentaba las piedras en ese día angustioso del 2 de marzo. La posición en que estaba el herido, de cara al sol, era molesta y aumentaba la fiebre. Para calmarlo ni siquiera había agua cerca. Uno de los compañeros de viaje hubo de ir a buscarla a cierta distancia, — casi a dos millas — porque por los alrededores no se encontró ni un ojo de agua y ni había vegetación próxima, bajo la cual cobijar al Prelado en la sombra, porque era arriesgado moverlo. Para hacerle sombra, amontonaron bloques de piedra junto al lecho improvisado.

Al cabo, llegó el Doctor Becerra, el buen amigo de los misioneros que, al ver la dolorosa escena, de los misioneros rodeando al Prelado

en tan triste estado, no pudo reprimir su impresión y ahogó un sollozo al presumir que estaba agonizante.

Comprendió Monseñor Cagliero el efecto que su estado produjo en el médico y lo alentó:

—No es nada, Doctor Becerro... ¡tranquilícese!

Y empleando jovialidad en medio del dolor, agregó:

—¡Tráigame un carpintero para componer las costillas!

En aquel tremendo trance, el Obispo encontraba modo de alentar a los demás, conteniendo las propias angustias.

No teniendo otros remedios y faltando agua, el Doctor Becerra limpió las heridas con aplicaciones del vino que llevaban los misioneros para oficiar la misa. Observó el cuerpo del prelado y comprobó las fracturas de las costillas en el lado izquierdo, y que éstas habían rasgado las carnes y dañado el pulmón, porque la respiración se producía dificultosamente. Igualmente presentaba machucaduras en el hombro y en el brazo, ocasionadas al caer sobre las piedras.

Vendó al herido con los pocos elementos que trajo de su casa, y dispuso el traslado hasta ella, con el fin de atenderlo como correspondía, dado lo delicado del caso.

Se le colocó en la grupa del caballo del mejor de los jinetes viajeros, siendo dificultosa la maniobra, en el deseo de evitar mayores dolores al Prelado. Así entre mil preocupaciones, fueron en marcha lenta hasta las vertientes del río Neuquén. En una *tapera* se le instaló sobre un colchón de juncos, para practicarle una nueva cura. El herido, debido a los excesivos dolores y fatigas del viaje, sufrió un síncope del que felizmente se repuso.

Transcurridas las horas de mayor calor, fué de nuevo ayudado a montar a caballo, y se continuó penosamente por un sendero estrecho y riscoso que obligaba a bordear precipicios sin fondo y mazas graníticas imponentes.

Anocheció cuando seguían bordeando el río Neuquén, cuyo cruce hubo de hacerse sobre un lecho de piedras y pozos que estuvo a punto de ser escenario de una nueva desgracia.

La luna difundía su claridad por el paisaje y los cabalgantes del séquito prelaticio, más que figuras de caballeros, parecían fantasmas. La sombra que proyectaban sobre las piedras se alargaban en dibujos fantásticos.

El Obispo sufría inmensamente. No obstante, callaba su angustia, y animaba a los demás con frases impregnadas de resignación cristiana. Sus palabras repercutían en los co-

razones amigos como si fueran un eco extraño que llegara de lo infinito.

Hasta media noche duró la peregrinación angustiosa. Llegaron a un altiplano que distaba un kilómetro de la casa del Doctor Becerra, lo que alivió a todos. Por fin llegaban. En el lecho que se le preparara, y que ocupó la noche antes, se acostó el herido, que fué objeto de un minucioso examen por el médico, y sometido a adecuado tratamiento.

La esposa del Doctor Becerra colmó de atenciones y cuidados al ilustre paciente.

Pronto se difundió la noticia de la desgracia, en toda la comarca. Los pobladores vecinos y los indios amigos, luego que conocieron lo ocurrido, se apresuraron a hacer llegar al enfermo sus mejores augurios y algunos obsequios.

El día 13 de marzo abandonó el lecho, aún no restablecido del todo. Por encima de sus dolores físicos, estaba su fortaleza moral. Se trasladó a la Capilla de Malbarco y administró el sacramento de la confirmación a veinte personas. Al querer hablar a la concurrencia, sólo pudo decir estas palabras:

"Mi caída fué mortal, es cierto, pero la Divina Providencia me ha salvado; por eso os invito a vosotros a uniros a mí en la plegaria para rendir gracias al Señor y a la Santísima Virgen!"...

La emoción interrumpió sus palabras, y cayó herido por otro síncope. Trabajosamente lo condujeron otra vez al lecho, produciendo este inconveniente la consternación de los vecinos, que empezaron a dudar sobre la suerte del Prelado, cuya vida estimaron a punto de extinguirse.

¡Y hubo de guardar cama otros ocho días!...

Refiriéndose al accidente que casi costó la vida al Apóstol, comentó el P. Carbajal: "¡Caso extraño! era la primera desgracia y la primera sangre que vertían las Misiones Salesianas, y esta sangre surgía de las venas de un Obispo, el primero de la Congregación, caído en medio de la Cordillera! Era la primera sangre salesiana vertida por la redención evangélica de los indios de la Patagonia, que debía ser la más preciosa! Un Obispo, un prelado de la Iglesia, derramaba gotas de su sangre sobre el suelo de la Cordillera; un hecho de esta naturaleza, sucedido en daño de tan alto personaje, es el primero que se sepa en la historia de América; jamás Obispo alguno había sufrido entre los picos de los Andes hecho tan funesto; Monseñor Cagliero es el primer Obispo Misionero que ha tenido el valor de atravesar la Cordillera por tan malos caminos".

Y agregó: "Es verdad que los comerciantes, los arrieros, los soldados, los naturalistas, los hombres de ciencia, se exponen también ellos

a éstos y peores peligros; pero ellos lo hacen por utilidad, por la gloria, todo lo más, por amor a los descubrimientos y a la ciencia, no por el fin sublime de hacer conocer a Dios y que resplandezca la luz en las tinieblas".

XII

Visita a Chile

La noticia del accidente sufrido por Monseñor Cagliero fué trasmitida a los Padres Franciscanos de Chillán, que a su vez, la hicieron conocer de los Salesinos establecidos en Concepción. El P. Evasio Rabagliati, que entonces era Superior de los Salesianos en Chile, alarmado por la gravedad de la desgracia, traspuso la Cordillera y fué en busca del Pastor mal herido. Llegó a Malbarco el día 24, y encontró al Obispo bastante mejorado. Como éste se mostrara muy animoso, decidieron reanudar la travesía de la Cordillera. Esta vez acompañáronlo los sacerdotes Rabagliati, Milanesio y Panaro, el médico doctor Becerra, y el anciano de casi sesenta años, don Filoteo San Martín, y tres jóvenes robustos.

Vadearon el río Lileo y en la primera jornada llegaron al valle Vota-Millín, durmiendo esa noche, al sereno, teniendo por techo la bóveda estrellada. Al siguiente día, iniciaron la ascensión de la Cordillera por senderos tortuosos y atravesaron por el lado izquierdo el *boquete de Chillán*, bordeando la laguna Treple, ya en jurisdicción de Chile. Encontrábanse a nueve mil pies de altura. Entraron en la *Gran Vega* que cruza entre abismos. Para evitar nuevos inconvenientes y dado lo arriesgado del paso, desmontaron, y siguieron un largo trecho a pie, llevando los caballos de la rienda. La noche los sorprendió en dicha vega, junto a un alto barranco. Decidieron pernoctar a su resguardo. A las ocho de la mañana del día 30 de marzo, cruzado el río Porcura en la cuesta de Huemul, las cabalgaduras se resintieron en extremo, y una de las mulas resbaló, precipitándose al fondo de un barranco, arrastrando al arriero que la conducía, cuidando la carga que llevaba. Hubo de empeñar esfuerzos por levantarla y seguir el viaje. Se continuó al paso lento entre pendientes empinadas y precipicios, por senderos estrechos y peligrosos, continuando por *Piedra del Salto* en una región poblada de *Maitenes,* árboles cordilleranos, que matizaban el paisaje. Se hizo noche en Valle Hermoso. El obispo y algunos compañeros habían avanzado más que los otros

de la comitiva, y fueron a hospedarse en la casa que poseía el señor Lantagno. Recién al día siguiente llegó el P. Panaro con el resto de la expedición, pues habían seguido el sendero de "*Los Imposibles*".

El cruce de la Cordillera había durado cuatro días, haciendo un trayecto de 380 kilómetros.

El Obispo ofició la misa en casa del señor Lantagno, agradecido a la cordial hospitalidad que le dieran a él y compañeros de travesía.

Marcharon hacia Chillán, pasando por la villa Pinta. En Chillán los PP. Franciscanos los colmaron de agasajos, y el pueblo los recibió jubilosamente. Llegó fatigado y doliente, porque las heridas, aún no cerradas del todo, eran constante motivo de sufrimiento; y hubo de tomarse un descanso. Sin embargo, el día de la llegada, lo primero que se hizo fué cantar un Te Deum en el templo, y Cagliero, conmovido por las demostraciones que le tributaron, pronunció un sentido discurso. Después, siguió la jira por tierras de Chile, visitando diversas localidades. En la Casa Salesiana de Concepción, conoció las angustias sufridas por sus hermanos de Congregación al saber la desgracia que sufriera y al estar ignorando las consecuencias, dado que demoró en su anunciado arribo. Allí se colmaron los homenajes al Apóstol que sufrió tan ruda prueba.

Al visitar, días más tarde, las principales ciudades de Chile, habló de las misiones de la Patagonia y las grandes necesidades de ayuda que experimentaban los Salesianos para poder cumplir su amplio plan civilizador.

Encontrándose en Santiago de Chile, resuelto a volver a atravesar la Cordillera, los amigos que le rodeaban, quisieron disuadirle del propósito. El tránsito en mula, resultaba peligrosísimo porque estaban en los meses en que la nieve cierra los principales pasos.

"Señores míos — explicó el Prelado — si soy Obispo, soy también salesiano, y un salesiano debe buscar la economía en todo, aun en los viajes".

No, el gran Obispo no debía someterse a nuevos riesgos. Un cooperador de la Obra de Don Bosco, resolvió la cuestión: obsequió al Obispo con dos pasajes de primera clase en el vapor "Magallán Liverpool", próximo a zarpar del puerto de Valparaíso con destino a Montevideo, pasando por el estrecho de Magallanes, tocando algunos puertos argentinos de la Patagonia.

Y Cagliero, agasajado por los prelados chilenos, el clero, los salesianos y el pueblo, agradecido a tantas atenciones, y aliviado de preocupaciones, porque al hacerse examinar por presti-

giosos médicos chilenos, comprobaron que no había lesión en el pulmón, y que las heridas se habían cerrado, preparó las maletas para el retorno.

XIII

En la Patagonia austral

El infatigable P. Fagnano, cumplió el objeto de su primer viaje a Tierra del Fuego y llegó a encontrarse con Monseñor Cagliero en Chile. Había ido en el vapor "Villarino" con la expedición científica que actuó bajo la dirección del señor Ramón Lista, enviada por el gobierno argentino. Dicha expedición desembarcó en la bahía San Sebastián. Trabajó en investigaciones de distinto carácter hasta el 30 de diciembre. El misionero estableció relaciones con los indios, instruyendo en la religión a algunos de ellos, que iban a ser el primer plantel de cristianos.

Con la misma nave regresó a Patagones, arribando el 25 de enero.

Volvió a viajar el gran misionero por la Patagonia austral, y luego pasó a Ancud, y desde allí fué a unirse en Concepción con Monseñor Cagliero que iniciaba su jira por la república de Chile.

Habíase destinado al P. Beauvoir como colaborador del P. Fagnano en las Misiones de la Tierra del Fuego. Embarcóse en el vapor "Magallanes" el 5 de mayo de 1887. Fué un viaje desdichado. A lo largo de la costa patagónica los temporales se sucedieron mientras el buque navegaba con dificultad expuesto al vaivén de las tempestades.

Entraba la nave en Puerto Deseado el 26 de junio, y a poco trecho de la costa, batida por el temporal, naufragó. Los pasajeros perdieron el equipaje en el naufragio, perdiéndose todos los objetos destinados a la Misión.

Todo lo había perdido el P. Beauvoir; "todo pereció en el naufragio, menos su inmutable fe y su gran caridad", — comentó el P. Carbajal en el tantas veces citado estudio sobre la Patagonia.

Con su imperturbable confianza en Dios, esperó el vapor "Mercurio" que condujo a los pasajeros del "Magallanes" hasta Santa Cruz. Desde este puerto, volvió a Patagones, y desde aquí se embarcó para Buenos Aires con el fin de entrevistarse con Monseñor Cagliero, que se-

gún noticias trasmitidas desde Chile. ya estaba en viaje de regreso a la Argentina.

Así era, en verdad. En el puerto de Valparaíso se embarcaron el Obispo y Fagnano en el vapor "Magallán Liverpool" que zarpó hacia el sur el día 13 de mayo.

El propio Cagliero en carta escrita en Punta Arenas informó a Don Bosco con fecha 24 de mayo: "...Yo todavía sufro por lo que su corazón paterno ha debido sufrir por causa mía. por la desgracia sufrida en la Cordillera. Mi salud continúa siendo buena y casi no siento más las consecuencias de la caída. aunque el pulmón izquierdo algunas veces no funciona como antes. Los médicos consultados me aseguran no haber sufrido lesión alguna al pulmón. Yo y Don Fagnano partimos el 13 de mayo de Valparaíso. Nos detuvimos en tres puertos, y el día 24 de mayo, día de María Auxiliadora. estábamos en la bahía de Punta Arenas. ¡Cuántos buenos recuerdos suscitó en nosotros esta fecha tan solemne para nuestra Pía Sociedad. en el lugar en que nosotros nos encontrábamos! ¡Cuántos presagios para el porvenir!... Deseábamos celebrar en tierra la Santa Misa y dirigir la palabra a nuestra futura feligresía. pero no fué posible porque bien de madrugada el vapor "Magallán Liverpool" debía partir para ganar el tiempo perdido en los otros puertos y en vencer

una tempestad que lo sorprendió a la entrada del estrecho y que lo hizo bailar bien. Participamos en espíritu de las celebraciones de nuestra envidiable Iglesia de María Auxiliadora, de Turín. El primero de junio estaremos en Montevideo, donde permaneceremos una semana con nuestros valientes hermanos orientales, para pasar a Buenos Aires y de aquí a Patagones. Y para que no nos sorprenda el retardo y la escasez de tiempo, le auguramos buena fiesta onomástica el día de San Juan; lo hago ahora deseando a vuestra paternidad toda bendición del cielo y todos los consuelos de la tierra. Y éstos aumenten, crezcan para usted, para nosotros y para la Congregación hasta el fin de los siglos! Amenos y bendíganos a menudo a fin de que podamos cumplir santamente nuestra misión en estos últimos confines de la tierra y salvar nuestra alma. Nosotros rezamos todos los días por su conservación y para que pueda ver a los hijos de los hijos hasta la cuarta generación". — *Juan Cagliero.*

Frente a Punta Arenas, estando el buque amarrado al muelle, narraron los viajeros, se produjo una escena conmovedora entre los dos grandes misioneros. El P. Fagnano, — escribe Cassano, biógrafo de Cagliero, — experimentó el dolor de no poder poner los pies sobre aquella tierra que se abría a su apostolado; y el Superior —

Monseñor Cagliero, — quiso someterla a su jurisdicción con la señal de los redimidos, trazando en el aire una gran cruz. Y aquella fué la entrada santa de la energía salesiana en aquella tierra virgen que debía dar frutos ubérrimos a pesar de su severo clima".

Después de acompañar al Prelado en este viaje, el P. Fagnano se reintegró a sus actividades apostólicas en Tierra del Fuego. Llegado a ella en el mes de junio, siguió hasta Punta Arenas, donde abrió la primera Casa Salesiana. En el mes de octubre, visitó los parajes poblados de indios; distribuyó entre ellos abundantes alimentos y ropas, procurando atraerlos por medio de la caridad. Los fueguinos eran hostiles a todo propósito civilizador. Sin embargo, la fe y la valentía con que Fagnano, ya Prefecto Apostólico de la Tierra del Fuego, los defendiera en múltiples ocasiones con riesgo de la propia vida, lo convirtieron pronto en el "Padre Grande", como le llamaban los que desde ese momento fueron sus queridos hijos espirituales.

XIV

El espíritu creador

Entre las cuatro paredes del despacho episcopal, con los elementos de juicio que le enviaban los misioneros, y con la experiencia hecha en el accidentado viaje, que tanto le hizo sufrir, consideró Monseñor Cagliero la magnitud de la obra que estaba en sus manos desarrollar conforme a los anhelos del Pontífice y las instancias de Don Bosco. La enorme extensión territorial de la Patagonia, el deseo de que los Salesianos crearan nuevas Casas, internándose en la Pampa, y la conveniencia de unir unas misiones con otras a los fines de que se complementaran, hízole concebir nuevos proyectos. No eran tiempos de halagos y comodidades; todo hablaba de sacrificios.

Tenía ahora una visión de conjunto, exacta, de las necesidades de la Patagonia que incorporaban los misioneros a la civilización cristiana. Gran Capitán de tan intrépidos soldados, tomó su lugar en la posición de mayor responsabilidad y fué el primero en los peligros y en el sufrimiento.

Comprendió que la coordinación de esfuerzos daría mayor eficacia a las tareas de cada uno de los sacerdotes que salían a recorrer los inhospitalarios territorios. En algunas de las cartas enviadas a Don Bosco, señalaba la exigencia. Una Casa Salesiana debía ser a modo de estación a lo largo del campo misionero, apoyándose la una en la otra para hacer menos penosa la distancia. Para eso requeríase mayor número de sacerdotes, coadjutores y Hermanas de María Auxiliadora. Decidió trasladarse a Italia, y al mismo tiempo que visitaría al santo Fundador en Turín, para reclutar nuevos soldados de Cristo, llegaría a los pies del gran Pontífice León XIII, a darle cuenta de las empresas misioneras cumplidas y de los planes elaborados para el futuro.

Desde la Pampa que se exploraba en su extensión hasta la última isla de Tierra del Fuego, ocupaban su mente creadora. Los lugares considerados inaccesibles, debían ser explorados por los Hijos de Don Bosco sin pararse en ries-

gos. Al mismo tiempo que iban a instruír en la religión cristiana a los indígenas, cabía ejecutar otros trabajos de importancia para la civilización. Se afirmaban los cimientos morales de un pueblo de grande porvenir, y había que fijar sobre la tierra virgen los senderos de la civilización cristiana. El misionero, desde esos momentos de sus reflexiones en el silencio del pequeño despacho ornado de humildad, tomaría a su cargo trabajos de toda índole en servicio del país en que trabajaba.

La férrea voluntad del Obispo, en vez de desfallecer por los sufrimientos que templaron su energía, más valor hallaba para dominar la humana flaqueza. Siendo él, como era, intrépido ante los peligros, sus soldados redoblarían los esfuerzos, siguiéndole en la trayectoria de la evangelización y civilización de todo el sur argentino.

Y fué en busca de más soldados de Cristo, dispuestos a servir a la Fe en tierras patagónicas. Volvió a embarcarse para Italia, y el día 7 de diciembre, fecha del tercer aniversario de su consagración episcopal, entraba en la Casa Madre de los Salesianos, en Turín. Llegaba a tiempo, porque la Providencia había dispuesto que se encontrara junto al lecho de Don Bosco moribundo el discípulo que mejor interpretaba sus sueños misioneros, al convertirlos en realidad.

Y es por eso que pudo asistirle en la enfermedad y escuchar sus últimos pensamientos y anhelos.

Es de suponer las horas de angustia del discípulo querido junto a la cabecera del santo Maestro, ante la prolongada agonía en la última enfermedad que se prolongó todo el mes de diciembre y siguió en el de enero, hasta expirar el 31 de ese mes, en 1888.

El espíritu creador del Santo estaba en el discípulo, y así el gran Obispo pudo escuchar de él estas palabras:

"Toma a corazón la Congregación Salesiana; ayuda a los demás Superiores en todo aquello que puedas... Los que deseen gracias de María Auxiliadora, ayuden a nuestras misiones y estén seguros de obtenerlas...

Otro día le dijo:

"Tu llegada es muy oportuna y ventajosa para la Congregación Salesiana... Ella no tiene nada que temer... Tiene hombres formados!..."

Y cuando a las cuatro y media de la madrugada del día 31 entregó el espíritu al Creador, el P. Miguel Rúa se vuelve a los compañeros que rodeaban el lecho, entre los que estaba Cagliero, y expresó:

"¡Somos huérfanos! Consolémonos: si hemos perdido un padre sobre la tierra, hemos adquirido un protector en el cielo".

En esos días más que el dolor por la muerte de un sacerdote, en Turín se observó la apoteosis de un Santo.

Fueron esas las comunicaciones últimas con el Fundador. Ya el Vicario Apostólico de la Patagonia no le enviará a él los informes consoladores de la obra en desarrollo; pero le invocará en las plegarias de todos los días. El espíritu creador del Padre está en él, transfundido con soplo de santidad.

Se postrará el Apóstol ante el Pontífice, padre de la Cristiandad, y recibirá de León XIII nuevos alientos para sus misiones; y con nuevos soldados, en escuadrón aguerrido, volverá al territorio patagónico a imprimir nuevos impulsos a los trabajos y a trabajar, él más que nadie, pues trae aumentada su confianza en Dios, porque tiene en el cielo al Maestro que le guiará en los caminos ignotos y lo socorrerá en los peligros. Es el soplo santificante que le alimenta en sus ansias de bien!

XV

Impulsos de la caridad de Cristo

Con cincuenta salesianos más volvió a la Argentina, embarcándose el 7 de enero de 1889, y antes de abandonar Italia, visitó Cagliero al Cardenal Alimonada, su gran amigo y admirador, que definía la actividad del Apóstol en esta frase de San Pablo:

"La caridad de Cristo nos apremia".

Es una definición exacta, porque el Vicario Apostólico de la Patagonia estará en constante movimiento como si se emulara a sí mismo para hacer cierta la frase que pronunció Don Bosco al hablarle en 1856 junto a su lecho de enfermo, siendo jovencito. Y *sí que darás vueltas!...*

Los años transcurridos hasta ese momento fueron de experiencia misionera; ahora con el

plan orgánico trazado, ejecutará los propósitos del Fundador muerto, que son los suyos. Trajo más soldados de las milicias de Cristo, que distribuyó estratégicamente, conforme a las necesidades de las Misiones. Se abrirán nuevas casas Salesianas; surgirán otras Misiones; se instalarán talleres de artes y oficios y escuelas agrícolas; se crearán hospitales para la asistencia de los enfermos; tomarán a su cargo parroquias; los sacerdotes al mismo tiempo que enseñen la doctrina, se convertirán en arquitectos y construirán sólidos edificios que permanecerán indemnes en las grandes inundaciones que afligirían ese año a los habitantes de la Patagonia!...

¿Y cómo, tanto? La caridad de Cristo, es cierto, los apremia, como lo dijo en frase feliz el Cardenal Alimonda.

Ahora es difícil seguirlo en tantos viajes que realiza y en tantas obras que emprende, que hacen decir al P. Carbajal: *es el salesiano y uno de los hombres que más ha viajado en el mundo.* De pronto va al extremo austral de la Patagonia, como repecha las montañas de la Cordillera; vadea ríos, cruza desiertos, corre hasta el Brasil cuando el obispo salesiano Monseñor Luis Lasagna murió a consecuencia de un accidente ferroviario, en una de sus jiras misioneras; regresa a la Argentina y visita Rosario; pasa a la provincia de Entre Ríos, se presenta en to-

dos los colegios salesianos, se entrevista con autoridades; bautiza y confirma innumerables personas, penetra en la Pampa hasta los sitios inhospitalarios, trata sobre la instalación de salesianos en distintos puntos, y surgen así las obras!... Y por eso, al cumplirse las bodas de plata del establecimiento de los salesianos en la Argentina, puede escribirse con verdad: ¡ha *fundado noventa y seis casas!*... Es en el año 1900 cuando se formula dicha afirmación, y Cagliero permanecerá en la Argentina hasta mediados del año 1904, sostenido en el apostolado por la misma fiebre creadora.

Los informes que envía a los superiores de Turín, y a la Congregación de Propaganda Fide en Roma, contienen realidades y no esperanzas :son precisos, concretos. En la Patagonia se trabaja y se corre por todas partes y se escalonan las fundaciones; el Colegio Don Bosco de Bahía Blanca y la parroquia en 1890; el colegio y escuela agrícola San Pedro, de Fortín Mercedes; las misiones de Chubut; las nuevas casas de Chos-Malal, Junín de los Andes y Tierra del Fuego; para mencionar tan sólo los puntos extremos en todas las latitudes.

El árbol salesiano se vuelve frondoso y cubre con sus protectoras ramas a innumerables gentes. No le son suficientes los sacerdotes que vienen de Italia; es preciso formarlos en la Argen-

tina y en la Patagonia misma, con los hijos de los indígenas, si es posible; y crea el noviciado de San Francisco Javier, instalado primero en Viedma, y después pasa a Patagones. Ordena sacerdotes a los clérigos venidos desde Turín, y a los que surgen de los noviciados argentinos; y entre ellos, el primer sacerdote y obispo, nativo de Bahía Blanca, monseñor Nicolás Esandi, que ocupa la Sede de Viedma, que el Apóstol dejó con la huella profunda de sus sacrificios.

Adquiere el Apóstol misionero toda la grandeza que le hace acreedor a la gratitud argentina.

Sus soldados no le van en zaga al gran Capitán, y él los estimula en toda iniciativa de bien. Y como es indispensable dar a conocer lo que es la Patagonia en todos sus aspectos, aprovecha la vocación del sacerdote y naturalista salesiano, el P. Lino Carbajal, que explora y estudia esa vasta región, y escribe los cuatro tomos sobre la historia, etnografía, topografía, economía, industrias, investigaciones sobre la fauna y flora, los minerales... Y como los misioneros y los militares necesitan comunicarse con los indios en el propio idioma, Domingo Milanesio publica sus notables trabajos sobre "Etimología araucana", y José Beauvoir hace lo propio con los Shellkmnan de la Patagonia Austral... Y como es indispensable relevar el te-

rreno y precisar detalles geográficos, encomienda esos trabajos al ya nombrado Pedro Bonacina, que recorrió el Chubut antes de establecerse en Choele-Choel, y luego en Fortín Mercedes, que recorre toda la Patagonia Central partiendo de Río Negro con el P. Milanesio, teniendo como base de operaciones la casa fundada por el P. Bernardo Vacchina en Chubut, y efectúan trabajos de cartografía entre los años 1891 y 1893. Y haciendo falta hospitales, por urgir la asistencia de los numerosos pobladores de Río Negro, que no pueden trasladarse a Buenos Aires por falta de recursos, el sacerdote Evasio Garrone abre el Hospital San José, y una farmacia en Viedma en 1889, para convertirse dicho salesiano en el abnegado médico y bienhechor de los pobres, cuya memoria es perpetuada en bronce en el mismo centro de sus actividades... Y como hay que construir iglesias y colegios, Domingo Aceto se convierte en arquitecto y en un pintor decorador que dejó obras artísticas de relieve...

En todo están los salesianos, que no conocen distancias, como el Obispo que los capitanea en la gran empresa civilizadora. No queda nada por ver, porque en los parajes extraños de la Tierra del Fuego, y en los inaccesibles de Chubut y Santa Cruz, llegan a explorarlo todo, figuras tan meritorias como José Fagnano, José Beau-

voir y Maggiorino Roggerone, sacerdotes convertidos en exploradores, que transmiten a las instituciones científicas sus descubrimientos. ¡Junto al apostolado está la ciencia para proclamar el acuerdo entre ella y la religión que en el siglo XIX quiere presentarse en pugna por filósofos incrédulos, como Drapper, en su difundido libro "Conflictos entre la religión y la ciencia"!

XVI

Persecuciones y desgracias

Contemplando en la actualidad el tranquilo desenvolvimiento de la obra de Don Bosco, se estima que el campo por ellos cultivado, si se encontraba virgen, debió ser de fácil acceso, y que no opondría obstáculos a la penetración del arado espiritual que preparaba la tierra para que fecundara la semilla. Muchos que debieron estimular la labor de los misioneros, la quisieron entorpecer. Ya vimos que el P. Milanesio fué detenido y procesado por haber salido en busca de los indios para evangelizarlos, y no tener — ése fué el pretexto —, permiso de un gobernador del Territorio y del juez letrado!...

La mayor de las desgracias la provocó la misma naturaleza con los grandes desbordes de los ríos en la Patagonia, en 1889, que arrasó en Río

Negro y Chubut, con las torrentosas inundaciones, pueblos enteros, dejando desoladas a miles de familias. Los salesianos que vieron invadidos por las aguas sus colegios, fueron abnegados cooperadores en el salvataje, y en proporcionar víveres y ropa, así como también alojamiento a los que perdieron cuanto poseían. El informe que respecto a dichas inundaciones elevó al gobierno el Comandante de la Escuadrilla de Río Negro, teniente de navío don Santiago Albarracín, es ilustrativo al respecto. La primera inundación comenzó en abril y terminó en junio de 1889; la otra se produjo en el mes de julio. El torrente de las aguas del río Negro, corría a gran velocidad, cubriendo los edificios en su casi totalidad. Un tremendo temporal que se desencadenó, concluyó por aumentar los estrasgos de las aguas, y derribó los edificios que quedaban en pie. La inundación en esa zona, cubría una extensión de treinta kilómetros de largo, y en medio de ese lago, sólo permanecía en pie el colegio salesiano de Viedma, construído por el P. Aceto. En la carta que envió Cagliero a Turín, informando de lo sucedido, decía: "La torre y su reloj sobresalían de entre las furiosas aguas, y éste continuaba haciendo sonar las tris tes horas en medio de la muerte y la destrucción del pueblo". El Comandante Albarracín comentaba a su vez: "La casa de los salesianos era una

verdadera maravilla de Río Negro; era la única llamada a resistir contra la acción devastadora de las aguas, cuya fuerza era irresistible..."

Y si en Viedma se padecía, no menos sufrimientos hubo en el pueblo de Roca, donde el P. Stefenelli vió destruída su obra y anegada la escuela agrícola. En Conesa, por otra parte, donde se había instalado el P. Juan Beraldi, enviado por Monseñor Cagliero, todo hubo de hacerlo el sacerdote en ayuda de los vecinos, que tuvieron como único refugio la Casa Salesiana, que quedó indemne.

Antes que esta catástrofe viniera a llenar de preocupaciones al Apóstol, en el año 1896, el día 12 de diciembre, se había incendiado la Misión de Nuestra Señora de la Candelaria, en Tierra del Fuego, sufriéndose daños por valor de ochenta mil pesos.

Eso era en lo material; ¿y en lo moral? El P. Francisco Agosta trataba de cruzar el río Neuquén a caballo, en una de sus jiras misioneras, y cayendo de la cabalgadura en un movimiento brusco que hizo el animal en medio de las aguas, pereció ahogado.

En carta de fines del año 1889, Monseñor Cagliero escribía estos párrafos: "No nos faltan las intromisiones insolentes, y por fin, las injusticias de parte de las autoridades municipales de Patagones. En Viedma fué llevado ante los tri-

bunales el sacerdote Vacchina, párroco de la población, por haber rechazado como padrino a un protestante; no menor lucha hubo de sostenerse en Pringles con las autoridades escolares que con malos ojos veían la concurrencia de los niños a nuestros colegios. Y la lucha alcanzó hasta el límite de nuestro campo de acción, la Cordillera, pretendiéndose en Chos-Malal desalojar de sus casas a los misioneros. Malgrado estos y otros obstáculos, la legión Salesiana triunfó, bendiciendo cuando los maldecían, sufriendo cuando los perseguían y abriendo los brazos del perdón y de la caridad cuando los perseguidores se rendían."

Si en la correspondencia del Obispo misionero hay abundancia de informes de tal índole, no faltan en la que escriben los salesianos de la región austral. El trato que daban a los indios los soldados, no era humano. Durante las exploraciones hechas con la comisión presidida por el ya mencionado señor Lista, se produjo una incidencia sangrienta que determinó la heroica intervención del P. Fagnano. Un capitán y veinticinco soldados arremetieron a algunos indios, que comenzaron a gritar con acentos lastimeros.

Oído el ruído que producía el tumulto, corrió Fagnano a ver lo que pasaba. Vió heridos a varios indígenas, y a los soldados resueltos a exterminarlos a tiros. El capitán de la compañía

estaba encendido en cólera con ánimo de terminar con los indios. El sacerdote, entonces, se interpuso entre los indios y los soldados, evitando la matanza.

La heroica actitud del salesiano, en vez de merecer aprobación, creóle incomodidades durante todo el tiempo que duró la expedición, porque el oficial no perdonó al misionero su mediación en favor de los indios.

El 12 de setiembre de 1889, desde Dawson, (Tierra del Fuego), el P. Bartolomé Pistone informó a Monseñor Cagliero lo ocurrido en la Misión. "Por gracia especialísima de la Virgen —dice—, me encuentro todavía con vida con mi fidelísimo compañero Silvestre, y en estado de escribirle y hablarle. El 8 de setiembre, al atardecer, sufrimos un ferocísimo asalto de nuestros favorecidos indios. Hacía algunos días que los salvajes habían desaparecido, y nosotros creímos hubieran ido a pescar como lo hicieron otras veces. Mas he aquí que al atardecer del día 9, volvieron solamente los hombres, los que mostrándonos algunos cueros en señal de haber cazado, se acercaron a nosotros, no ya para regalárnoslo, sino para arrebatarnos también los nuestros. En derredor mío se sitúan el jefe, Jacinto y José; los otros rodearon a Silvestre. Mientras uno, parándose enfrente, nos hacía observar lo robado, los otros dos se pusieron a dere-

cha e izquierda. A una señal del jefe y Miguel, los traidores, convertidos en carniceros, dieron una fatal estocada en golpe simultáneo, procurando cortarme a mí el cuello, y partir la cabe za a Silvestre con un hacha. ¡Nos creímos perdidos! Yo huí perdiendo a borbotones las sangre que manaba de la vena cortada por el tajo, gritando: *¡María Santísima, sálvame!...* Silvestre, golpeado en la cara con el arma homicida, se arrastró no sé cómo, hasta casa, agarró una escopeta y disparó al aire. Oyendo la detonación, yo, que me había ocultado en el bosque, comprendí, y sintiéndome reanimado, volví atrás, y me uní a él, para darme cuenta de lo sucedido. ¡Pasamos dos días y dos noches de espanto!... Afortunadamente las heridas no eran mortales, ni tan graves como temíamos. Por ahora, agradecemos al Señor que no tengamos necesidad de consuelos personales para calmar la agitación que en el silencio de la noche nos oprime y sobresalta ante el menor rumor. A este fin, tengo aquí un marinero del vapor "Cutter", que el gentil capitán me dejó como compañero"...

Bastan las citas antedichas para hacer comprender que la vida misionera estaba llena de riesgos, y que el Vicario apostólico no recibía sólo consuelos en las comunicaciones de sus colaboradores. Más fueron las noticias inquietantes que las tranquilizadoras.

XVII

Jalones plantados

Coordinando la obra Salesiana para que cada Casa que se fundaba estuviera apoyada en otra, facilitando las comunicaciones, y sirviendo de estación de tránsito en los largos viajes que se realizaban, fueron surgiendo las misiones en todos los rumbos del Vicariato patagónico. Han podido verse trabajos a lo largo de la costa atlántica hasta el extremo sud, en Tierra del Fuego; con centros misioneros que servían de punto de partida al internarse los salesianos en el interior del territorio, en Santa Cruz y en Chubut. Esa línea se apoya en Rawson y en otros puntos de residencia de los misioneros. La exploración del Chubut se desarrolló intensamente entre los años 1891 y 1893. Todos los que trabajaban en esas regiones establecían contacto;

los de Santa Cruz con el P. Fagnano, y los de Chubut con Monseñor Cagliero, que residía indistintamente en Viedma y en Patagones.

A lo largo del Río Negro se fundaron Casas en Conesa en 1898, en Pringles, Choele-Choel y Roca; para seguir hacia el interior del Neuquén, con Casas en Chos Malal y Junín de los Andes, con extensión hasta Malbarco y las Lajas, en los distintos puntos estratégicos para la acción evangelizadora.

En Bahía Blanca, en el año 1890, los salesianos se hicieron cargo de la Parroquia, y el P. Miguel Borghino fundó el primer colegio, al que siguió el de La Piedad, que en el año 1893 donó a la Congregación don Luis D'Abreu. Y como el trayecto desde esta ciudad hasta Patagones se hacía en galera o a caballo, hubo necesidad de establecerse en Fortín Mercedes, fundando allí el P. Pedro Bonacina, por especial indicación de Monseñor Cagliero, el Colegio San Pedro. Desde este último punto se trasladaban los misioneros hasta Buena Parada, núcleo primitivo de la actual localidad de Río Colorado, poco distante de ella.

Apoyándose en Bahía Blanca nacieron las misiones de la Pampa, con la primera fundación en Victorica en 1897, viajando los misioneros desde esos puntos en las distintas direcciones del vasto territorio.

En la Patagonia Austral, en 1897, se abrió la misión del Buen Pastor en la isla Dawson, donde se instaló más tarde un hospital, lo mismo que se hizo en Chubut; y ya había otro en Viedma bajo la dirección del abnegado médico y sacerdote Garrone.

Al informar a fines de 1889 acerca del desarrollo de las Misiones, Monseñor Cagliero escribió: "Nuestras Misiones asumen grandes proporciones de día en día. Don Savio ha explorado el interior de la Pampa central; don Veneroni catequizó la colonia de Torquinto, formada por polacos y rusos; don Milanesio recorrió la zona comprendida entre los ríos Negro y Colorado, reduciendo a un grandísimo número de indígenas; don Steffenelli con un catequista, un indio y tres hermanas ha partido para Roca, a echar las bases de una Casa en aquella distante región; don Luciani y tres Hermanas han dado comienzo a la casa de Pringles, a veinte leguas de Viedma; don Bonacina se estableció en Choele Choel, mientras don Roggerone viaja a lo largo del Río Negro hasta la confluencia del Neuquén y Limay. Don Panaro y don Gavotto, fundadores de la Casa de Chos-Malal (1888), han instruído y bautizado a varios centenares de indios; en Viedma y Patagones prosperan los Colegios, especialmente el de las Hermanas, que con su singular dulzura y caridad se ganan a casi todas las niñas del pueblo."

En ese mismo informe se destaca este párrafo: "De suma ventaja ha sido la apertura del Hospital y la farmacia, dirigidos por el sacerdote Evasio Garrone, para ir, más cómodamente, en ayuda de los enfermos. Don Garrone, el activísimo misionero, cura no sólo los cuerpos, sino también las almas."

Respecto a lo que se hace en la Patagonia meridional, agrega: "Las Misiones de la Tierra del Fuego han extendido notablemente su campo de acción, fundando definitivamente Casas, en Dawson, Santa Cruz y Gallegos, y en las Islas Malvinas. Monseñor Fagnano ha recorrido todo el estrecho de Magallanes, la Tierra del Fuego, el canal Beagle y las islas Australes, hasta la de los Estados."

Al mencionar al intrépido P. Fagnano, ya Prefecto Apostólico de la Tierra del Fuego, recibe el título prelaticio de Monseñor.

A raíz de la visita que hizo Cagliero a la Patagonia Austral, escribió al P. Miguel Rúa, Superior General de los Salesianos, primer sucesor de Don Bosco, estos significativos párrafos: "Acompañado por algunos sacerdotes fuí a visitar Las Misiones de la Patagonia y Tierra del Fuego, y con verdadera satisfacción he podido constatar el progreso que los salvajes tehuelches, onas y alcalufes van haciendo en el camino de la civilización cristiana, los que hasta

ahora parecían hostiles y rebeldes. Estos progresos en la doctrina cristiana, en el canto, en el idioma, en la lectura, escritura y cálculo aritmético, es una segura y alentadora promesa para el porvenir, que se hace cada vez más claro y luminoso. El arco y la flecha ceden el puesto al libro y a la pluma; el rudo dialecto y la salvaje articulación se cambian en dulce y melodioso acento, la cueva en modesta choza, la piel de foca y de guanaco en humilde pero limpia indumentaria civil; la planta silvestre y el repugnante molusco en pan sabroso, carne y leche que provee el ganado mayor introducido y mantenido a expensas de la Misión de la isla Dawson." —Y agrega: "El espíritu religioso va aumentando en aquella región, que ayer no más, era el escenario de las correrías de los salvajes, los que poco a poco van entrando en el camino de la civilización y en el seno de nuestra santa religión."

Todo lo ve el mismo Vicario Apostólico en sus visitas minuciosas, en que establece contacto con los pobladores, llega hasta los campamentos de indígenas, estimula a los misioneros, habla a los cooperadores con el fervoroso entusiasmo que comunica a los oyentes; y después de todo eso, aún le queda tiempo para escribir amplios informes, documentar hechos y redactar la innumerable correspondencia que sostiene con los

superiores de Turín, las autoridades argentinas, y cada una de las Casas Salesianas, que reciben su influencia alentadora. Maravilla tanta actividad en un hombre que no se desenvuelve entre halagos y que, por el contrario, debe soportar muchísimas contrariedades, porque sufre con los misioneros, compartiendo todos sus afanes.

XVIII

El augurio cumplido

Al pasar en viaje marítimo hacia Patagones, en julio de 1885, Monseñor Cagliero se detuvo un día en Bahía Blanca, y en la brevedad de esas pocas horas de permanencia, adivinó la importancia que el modesto pueblo de cinco mil almas adquiriría bien pronto. Un año después, el misionero salesiano Domingo Milanesio, que realizaba sus jiras evangelizadoras en la región del Colorado, accedió a los requerimientos del cura párroco don Francisco Oreira, y predicó el panegírico en la fiesta patronal del 24 de setiembre de 1886. Cuatro años más tarde, el Arzobispo Monseñor Aneyros, ante la insistencia del párroco de entonces, P. Oreiro, de querer ausentarse del pueblo, ofreció el cuidado espiritual a los Salesianos; y Monseñor Cagliero envió al

P. Milanesio a enterarse del estado de la Parroquia, porque según el comentario generalizado, la irreligiosidad estaba tan arraigada, que el probre cura, desalentado, prefería volver a su tierra, España, que seguir sembrando en tierra tan infecunda.

¿A qué sacerdote elegir para empresa tan delicada? Con su conocimiento de los hombres, que es don de los que saben gobernar, nombra al P. Miguel Borghino, joven lleno de bríos y entusiasmo, cuyo espíritu emprendedor se puso de relieve en la fundación del Colegio Salesiano de Nictherohy, en Brasil.

Cuando el P. Borghino se presentó al Arzobispo a recibir las instrucciones para su actuación en Bahía Blanca, Monseñor Aneyros mostró su sorpresa de ver a un sacerdote tan joven, designado para labrar campo espiritual tan estéril. Creyó que Monseñor Cagliero habría pensado en otro de mayor experiencia y edad. Y no ocultó su sorpresa al preguntar al salesiano que tenía delante:

—¿Usted, tan joven, se atreverá a trabajar en Bahía Blanca?

—Sí, monseñor; yo voy adonde disponen mis superiores —respondió resueltamente el P. Borghino.

—¿No le han dicho —siguió el Arzobispo — que en aquel pueblo el sacerdote es muy re-

sistido y las dificultades son muchas?

—Lo sé, monseñor —confirmó el salesiano —, y yo iré allá a hacer todo el bien que pueda.

El Arzobispo movió un poco la cabeza, entre extrañado y dubitativo, y como el P. Borghino demostrara confianza en el éxito de la misión que se le confiaba, expresó:

—Bueno; vaya usted a lugar tan difícil. Dios le preste su asistencia.

Y llegó así, con tales anuncios de dificultades, el P. Borghino, en el año 1890, acompañado por el coadjutor don Carlos Rossetti, a comenzar su obra. En seguida llegó en su ayuda el P. Carlos Cavalli, que dejó honda huella en el sentimiento popular. Y el P. Borghino, sin mayores elementos, comenzó la lucha; instaló una escuela primaria en los propios patios de la Casa Parroquial, y formó el plantel del actual Colegio Don Bosco, incorporado al Nacional, con sus numerosos alumnos —pasan de mil— que cursan los grados elementales y frecuentan las aulas secundarias.

Enérgico, emprendedor, combativo, el P. Borghino, poco a poco, vencía las dificultades. El ambiente irreligioso se encrespaba; los diarios zaherían al sacerdote; hubo hasta manifestaciones públicas de hostilidad en la plaza del pueblo, que iba creciendo para convertirse en la progresista ciudad de hoy: ¡Todo en vano! Cuanto

más recio era el ataque, tanto más se multiplicaban las actividades salesianas.

El 22 de julio de ese mismo año, Monseñor Cagliero, que visitó Bahía Blanca, de paso a Buenos Aires, escribió al P. Rúa, superior en Turín: "He dejado Patagones el 10 de mayo, y luego de tres días de carruaje, solo, sin secretario —por razones de economía—, llegué a Bahía Blanca. Allá me esperaba una grata sorpresa: fueron a recibirme los jóvenes, la vanguardia de los salesianos... ¡He aquí las primicias, he aquí el fruto ya recogido, después de sólo un mes de permanencia en Bahía de nuestros misioneros!... Hemos debido ya poner mano a la fundación de dos colegios y escuelas para niños, junto a la Iglesia. Compré un buen lote de terreno... ¡Bahía Blanca será, con el tiempo, el primer puerto de la América del Sud, por el comercio con Chile y las provincias federales!"

Son los vaticinios del ilustre prelado que bien pronto se cumplirán.

El Colegio Don Bosco funcionó en las aulas provisorias que hubo en los patios de la Casa Parroquial, hasta construirse el edificio que actualmente ocupa sobre las calles Vieytes y Rondeau. Las Hermanas de María Auxiliadora se instalaron primero en la calle Moreno, para pasar luego al edificio propio de la calle Rondeau.

En el año 1897, al inaugurarse el edificio del Colegio Don Bosco, había éste adquirido extraordinaria importancia, y se convirtió en el centro de atracción de los niños de toda la región sud, que enviaban los padres a educarse en el prestigioso establecimiento salesiano.

En ese mismo viaje, el gran Obispo tuvo oportunidad de conversar con algunos vecinos, buenos católicos, que deseaban reunirse en una entidad representativa de sus ideales, y que al mismo tiempo, fuera de carácter mutualista. Aprobó la idea Monseñor Cagliero, y así surgió el Círculo Católico de Obreros; el primero que se constituyó en el país. El P. Borghino ocupó la presidencia en el primer período reglamentario, pasando a serlo luego don Egidio De Salvo; y tesorero, en reemplazo de éste, don José Joaquín Esandi. Los socios de ese Círculo fueron los cooperadores inmediatos de los salesianos en esa ciudad. Y ¡oh, coincidencia!, el mencionado señor Esandi es padre del primer sacerdote nativo de la ciudad que ordenó Monseñor Cagliero en el mes de febrero del año 1900, y que actualmente es el primer Obispo Diocesano de Viedma, Monseñor Nicolás Esandi. A su vez, el señor De Salvo es el padre del sacerdote salesiano Miguel De Salvo, actual cura párroco de Patagones, también nacido en Bahía Blanca. Al cabo del tiempo los descendientes de los coope-

radores de la Obra de Don Bosco en la ciudad atlántica son ahora los sembradores en el campo de acción que regara con tantos sudores y aun lágrimas, el Apóstol y civilizador de la Patagonia.

El triunfo salesiano alcanzó mayor significación todavía en el mes de abril de 1884, cuando, con la presencia del presidente de la República, doctor Luis Sáenz Peña y su esposa, el Arzobispo de Buenos Aires, Monseñor León Federico Aneyros y el Obispo, Monseñor Cagliero, se inauguró la Iglesia y Colegio de Artes y Oficios "La Piedad", construídos y donados a los salesianos por el gran cooperador don Luis D'Abreu. Predicó en esa oportunidad un notable panegírico el renombrado orador sagrado P. Camilo Jordán, prestigioso sacerdote jesuíta.

Monseñor Aneyros tuvo oportunidad de comprobar que el joven Miguel Borghino, con su inquebrantable carácter, era un vencedor del ambiente hostil, habiendo dado señalado impulso a la labor de cristianización del vecindario, que ya amaba y admiraba a los Hijos de don Bosco, misioneros y educadores de la juventud argentina.

Frecuentemente visitaba el Vicario Apostólico de la Patagonia a la ciudad de Bahía Blanca, cuyos progresos vaticinara, y solía decir con honda satisfacción: "En este importante centro

de actividad religiosa y educativa, tenemos un maravilloso mirador, que permite contemplar al Noroeste la promisora Pampa, y al sud mi querida Patagonia, constantemente recorrida por los infatigables misioneros salesianos."

XIX

Gagliero y los indios

Quienes consideran la situación actual de los territorios que se conquistaron con la expedición al desierto, preguntan: ¿hubo, en verdad, indios en la Pampa y en la Patagonia? Pocos vestigios quedan de la temible raza. Sí, los había. En el sur de Mendoza, San Luis y parte de Córdoba estaban los Puelches que pasaron a la zona del Río Negro; los Araucanos que se dispersaron, en su mayor parte, por el territorio de Neuquén y el sudoeste de Mendoza; y en la Patagonia propiamente dicha, se encontraban los Tehuelches a los que se daba diversas denominaciones según fueran los parajes que habitaban; y en Tierra del Fuego y todo el archipiélago magallánico, hallábanse los Onas, que aún

subsisten, los Yahaganos o Yamanas, Shelkman, Alcalufes y otras tribus que tomaban las denominaciones de sus caciques. El Ejército Nacional los dominó rápidamente, alejándolos de la Pampa y haciéndolos seguir hasta más allá de los ríos Negro y Neuquén, pasando, muchos, los más rebeldes, a la vecina República de Chile, por no someterse a la dominación argentina.

Los Salesianos entraron con el Ejército a los territorios hasta entonces dominados por los indígenas, y establecieron, inmediatamente, relación con ellos. Designado Monseñor Cagliero Vicario Apostólico de la Patagonia, desde los primeros días de su residencia en Patagones y Viedma, tuvo constante preocupación por la suerte de los pobres indios. En la primera excursión misionera, visitó a los caciques Payleman y Linares, ya cristianos. En la segunda, residió en el campamento de Sayhueque, en las circunstancias que quedaron descriptas. En otros viajes estuvo con Manuel Namuncurá, Catriel y otros bravos guerreros que desde la Pampa, pasaron a ocupar tierras en los territorios de Neuquén y Río Negro, según fué el trato que recibieron de los pobladores que se instalaban allá. Porque es triste decirlo, la extinción de la raza aborigen en el sudoeste del país, se debió, en gran parte, a la explotación de que se les hizo víctimas, fomentando sus vicios, so-

bre todo el del alcohol. Por pequeñas dosis se bebida se negociaban metales, mantas tejidas por las mujeres indígenas, cueros de guanaco, plumas de avestruz y otros productos. La tuberculosis hizo terribles estragos en los desdichados salvajes, inadaptados a las costumbres civilizadas.

Hubo necesidad de crear los hospitales de Viedma, Rawson y la Isla Dawson, los tres centros misioneros, ofreciendo de este modo, los Salesianos, asistencia gratuita a los pobres indígenas, tratando de eliminar, con medidas higiénicas, los contagios. Además de atender a los cuerpos, se cuidaba de las almas, como afirmó Cagliero en la carta que cité anteriormente. En dicha tarea, el prestigio del P. Evasio Garrone, médico y sacerdote, alcanzó relieve extraordinario.

Namuncurá, rebelde en 1883, persistía en acometer por sorpresa a los soldados que le corrieron hasta el escondite de la pre-cordillera, y hubo de ser la generosa intervención del sacerdote Domingo Milanesio quien lo redujo por la persuasión, haciéndole entender con el general Conrado Villegas. Desde entonces los salesianos fueron los mejores amigos del cacique y su tribu, siendo siempre los mediadores ante el gobierno nacional cuando dejaban de cumplirse los convenios hechos, y sobre todo, en muchí-

simas circunstancias, al ser invadidas las tierras que ocuparon, por los intrusos que pretendían desalojarlos.

La tragedia del indio fué ésa siempre. Monseñor Cagliero y muchos de los Salesianos hubieron de convertirse en defensores de los derechos que se desconocían, evitando, de esa menera, la consumación de muchas injusticias.

Entre las niñas asiladas en los colegios de las Hermanas de María Auxiliadora, estaban la hija del cacique Yancuche, llamada Ceferina y su prima Josefa, las cuales fueron esmeradamente educadas, se las envió a Italia a la Casa Madre de Niza-Monferrato, y vueltas a Viedma, hicieron profesión religiosa, siendo dos ejemplares educadoras.

El hijo de Namuncurá, despierto, inteligente, —Ceferino— igualmente se sintió llamado por la vocación religiosa. Monseñor Cagliero lo llevó al Colegio San Carlos, de Buenos Aires, y cuando abrió el noviciado en Viedma, que luego estuvo radicado en Patagones, Ceferino pasó a este noviciado, comenzando los estudios de latín y cursos preparatorios para el sacerdocio. El Apóstol de la Patagonia, en su último viaje, al ausentarse de la Argentina en 1904, lo llevó a Roma, lo presentó al Pontífice Pío X, que gobernaba la Iglesia desde el año anterior; y mientras estudiaba Ceferino en la Ciudad Eterna

teniendo su residencia en el Colegio Salesiano del Sagrado Corazón en Roma, fué vencido por una tenaz enfermedad, que lo llevó a la tumba.

La solicitud de Cagliero, el paternal cuidado que les dispensaba se aprecia con sólo leer lo que escribió con motivo de la última visita que hizo a Namuncurá.

"Recuerdo siempre, — dijo, — la última misión que dí en 1902. Había solicitado mi visita el cacique Namuncurá que, en su lejano destierro cerca de la cordillera, presentía la proximidad de su muerte. Para complacerle, recorrí quinientos kilómetros a caballo, parándome en todas las misiones que encontraba al paso. ¡Viaje encantador! En aquel trecho de la cordillera, hasta ocho lagos reflejan el cielo entre las puntas agudas de los montes, y uno de ellos es navegable. El venerando jefe patagón contaba a la sazón 86 años y nos recibió como enviados del cielo. Quiso ver bautizada a toda la familia y la tribu. Fué confirmado; hizo su primera comunión con la sencillez y la humildad de un niño. Rebosando de júbilo iba diciendo: —*Ahora morir contento, morir ahora buen cristiano.*— Al despedirme, lo abracé y lo saludé como a un hermano. Murió al año siguiente."

Como la recordada, muchas son las escenas análogas. Los caciques y capitanejos indios más rebeldes, sentíanse atraídos por la bondad del Prelado, civilizador y protector, que les prodigaba toda suerte de ayudas.

XX

¿Y los recursos?

Los enterados del desarrollo de la Obra de Don Bosco en la Patagonia que contemplan los actuales colegios y escuelas, piensan: ¡Cuántos recursos debió tener Monseñor Cagliero para emprender tantas obras!... Ignoran que todo el caudal del Obispo y de los misioneros que evangelizaron la Patagonia, era una ilimitada confianza en la Providencia Divina. Muchas de las angustias padecidas por el gran Misionero, debiéronse a las apreturas económicas y a las deudas que contraía. Como el santo Fundador, Don Bosco, nada tenía, y comenzó la intensa labor misionera alimentando sus esperanza en los cooperadores salesianos.

Muchas veces se devanaba los sesos haciendo cálculos sobre las necesidades de las Misiones,

y sólo contaba con deudas. ¿Cómo afrontar los gastos? En los viajes a Europa, recorrió además de Italia, las principales ciudades de España, Francia, Bélgica e Inglaterra, y en algunos de esos viajes lo acompañaban misioneros de la talla del P. Milanesio y Monseñor Fagnano; y daban conferencias sobre la Patagonia, las costumbres e idioma de los indígenas, las bellezas naturales y la grandiosidad de los paisajes patagónicos y cordilleranos. Hacían conocer la Argentina en su importancia y porvenir, vaticinando sus grandezas y pronunciando verdaderos himnos a sus glorias. Y además de estos viajes a Europa, recorrió las ciudades y pueblos del país, visitó Chile, Uruguay, Brasil y Paraguay, haciéndose oír, utilizando sus condiciones de orador persuasivo. Y las ayudas no le faltaban. Su fe ardiente le hacía extremar las actividades para el bien. Nada buscaba para sí, porque todo lo empleaba en crear escuelas, instalar talleres, sostener hospitales, alimentar a los indios, costear los viajes de los misioneros, educar a la niñez.

Por eso viajó tanto. Si se hubiera quedado en su despacho esperando que otros hicieran lo que él hacía, nada quedaría de la obra. Quiso ser y fué el primero en los sacrificios, y fecundó las tierras argentinas con semillas de civiliza-

ción que se convirtieron en plantas frondosas, árboles maravillosos, cuyas ramas ofrecían sombra protectora a los innumerables necesitados de la vasta extensión del Vicariato Apostólico.

En los extremos rincones patagónicos donde llegaron los misioneros, allá estuvo él en visitas apostólicas. Le encendía el amor de caridad que es creador. Y surgían las obras, y ellas daban frutos de bendición.

El biógrafo de Cagliero, don Juan Cassano, consigna los detalles de cada uno de estos viajes y la multiplicidad de los trabajos realizados hasta el año 1904 en que, designado por el Papa Pío X, Arzobispo Titular de Sebaste, hubo de ausentarse definitivamente de la Argentina para ser el Delegado Apostólico, Nuncio de Su Santidad en Centro América, más tarde Cardenal, siendo el humilde servidor de Cristo, exaltado a las más altas dignidades eclesiásticas.

Sin recursos, con sólo la gran reserva de energías que siempre contaba, hasta en su ancianidad gloriosa, pudo realizar en favor de la Patagonia esa magnífica obra que se expone en estas páginas. Triunfó en las empresas que emprendió, porque su alma estaba llena del espíritu de Don Bosco, el santo de Valdocco, que le había escogido, allá, en su Castelnuvo D'Asti, para hacer del niño inteligente y piadoso, una

de las grandes figuras eclesiásticas de mayor actuación, cuyo apostolado queda como ejemplo en las huellas impresas por tierras argentinas por su paso enérgico, resuelto, hacia el destino de gloria conseguido por trabajar con el pensamiento puesto en la única gloria que buscaba, la de Cristo, cuya doctrina difundió por todas partes con ardiente palabra.

El hombre, el sacerdote, el prelado, el purpurado, aparecen con los delineamientos extraordinarios que le dan sus hechos. Escuchándole alguien en la ciudad de Buenos Aires uno de los sermones elocuentes que pronunció, lleno de doctrina extraída de las Epístolas de San Pablo, que comentaba con extraordinaria erudición dijo: Cagliero es en los primeros tiempos de la Congregación Salesiana como intérprete de Don Bosco, lo que fué San Pablo con respecto a san Pedro en los primeros tiempos de la Iglesia. Experimentó la misma ansiedad de apostolado, recorrió lejanos países, difundió la doctrina entre todas las gentes, atrajo al seno del cristianismo a los rebeldes y bárbaros y supo defender y extender su fe entre los eruditos.

Personalidad compleja y completa la de este ilustre civilizador que tanto bien hizo en nuestro país. Con sólo leer su copiosa correspondencia, mucha de la cual fué publicada en el "Boletín Salesiano", se comprende la significación de

su obra. Sin recursos, sólo con su fe, acometió delicadas y difíciles empresas; y su espíritu constructivo y organizador pudo ofrecer a la consideración de los contemporáneos el valor de sus ejemplos.

XXI

Conmovedora despedida

El mérito de la obra, difundido por todas partes, hallaba eco en la Santa Sede. El Pontífice Pío X, que, siendo Cardenal Patriarca de Venecia le conoció y seguía con hondo interés la labor apostólica de Monseñor Cagliero a través de las publicaciones del "Boletín Salesiano" y las consignadas por la Congregación de la Propagación de la Fe, a los ocho meses de iniciado su pontificado, preconizóle Arzobispo de Sebaste. El secretario de estado, Cardenal Merry del Val, lo comunicó a Monseñor Sabatucci, internuncio en Buenos Aires, en telegrama de fecha 18 de abril de 1904, en los términos siguientes: *"S. Padre se ha dignado elevar Mons. Cagliero a la Sede Arzobispal de Sebaste. V. E. partici-*

pe egregio Prelado este acto de particular benevolencia de Su Santidad".

Un nuevo destino tendría el ilustre Obispo Misionero, y se preparó a regresar a Italia. En todas las Casas Salesianas del país se le quiso agasajar, y los homenajes se sucedieron con relieves conmovedores. Presentíase que Monseñor Cagliero no volvería a trabajar en tierras argentinas. Anciano ya, contaba 66 años de edad, aunque de fuerte contextura física y buena salud, la designación significaba que el Pontífice le confiaría otras misiones.

Entre los homenajes que le fueron tributados, el más conmovedor, fué la despedida que le hicieron los vecindarios de Viedma y Patagones, sede de su *humilde episcopado,* como él mismo la llamaba. Ibase de la Patagonia donde tantos sacrificios había prodigado, y vertido también tantas lágrimas.

Patagones durante los primeros años del Vicariato Apostólico, fué su sede, y de allí se trasladó a Viedma, cuando el Padre Aceto dió término a la parte del edificio del Colegio Salesiano, que el mismo sacerdote arquitecto decorara, y ésta fué la residencia oficial del ilustre prelado. Explícase la hondura del sentimiento que la despedida produjo en los que compartieron la labor del Apóstol, y sobre todo, la de los niños que le escucharon tantas veces en plática fer-

vorosa. En el mes de julio de 1904, llegó a Patagones y Viedma después de un largo viaje que realizara, visitando la república del Paraguay. La naturaleza pareció asociarse al general sentimiento, porque los últimos días de permanencia allá, fueron grises, de densa niebla, que invitaban a compartir la melancolía que dominaba en los colaboradores, protegidos y amigos. La crónica publicada en el periódico "Flores del Campo" del 9 del citado mes, en Viedma, es expresiva.

"El sol estaba de huelga corrida, — dice la crónica, — la neblina tan espesa que se tocaba con las manos, el cielo era invisible, sin claridades, sin horizontes y, sin embargo, toda Viedma se arrojó a las calles intransitables, cubiertas de un barro tan indiscreto que hasta había invadido las veredas. Pocas veces nuestra capital se habrá visto más animada; ni en los grandes días de la Patria ni en sus más sonadas festividades religiosas".

Sí, todos estuvieron en derredor del ahora Arzobispo, desde el gobernador interino don Rómulo Sarmiento hasta los humildes obreros que amaban al Pastor intrépido. Junto a él estaba un sacerdote argentino, el P. Esteban Pagliere, que en calidad de Pro-Vicario le reemplazaba en la dirección de los trabajos apostólicos, prestigioso sacerdote que durante buen número de

años cuidó de la mies sembrada por el Apóstol, ganándose la gratitud de los pobladores del Sur.

Desde Bahía Blanca, había llegado en compañía del Apóstol, otro sacerdote salesiano de renombre, a la sazón director del Colegio Don Bosco, orador, escritor galano y polemista formidable,— el P. Félix Guerra,— admirado y querido en todo el sur, que reemplazó al ya mencionado P. Borghino como Superior Salesiano en dicha ciudad. Ese sacerdote había de ser su auditor en las nuevas tareas que le encomendaría el Pontífice, luego Arzobispo de Santiago de Cuba, y ahora Arzobispo Titular de Verissa y otro de los grandes prestigios salesianos.

La manifestación de despedida, en Viedma, estuvo encabezada por el Gobernador interino señor Sarmiento y los sacerdotes Esteban Pagliere, Félix Guerra y Angel Veneroni, que rodeaban al Arzobispo Cagliero; y seguían todos los colegios, Círculo de Obreros y pueblo. Hasta los enfermos no impedidos de caminar se unieron a la manifestación, — dice el citado cronista, — y así se cruzó el pueblo hasta el muelle de Viedma donde se embarcó en la falúa cedida al efecto por el Comandante de la Escuadrilla del Río Negro; y numerosas lanchas, ocupadas por cooperadores y amigos, en extraordinario séquito, con las embarcaciones empavesadas, acompañaron al Apóstol en el cruce del río.

En Patagones se renovaron los homenajes que en Viedma tuvieron carácter religioso y social, y en el pueblo de la margen izquierda del río, que trepa por las colinas con su caserío colonial y los edificios modernos, como si en la arquitectura se unieran dos épocas, el sentimiento público se expresó unánime. El pueblo acompañó al gran Arzobispo hasta la Iglesia Parroquial donde con profunda emoción agradeció los homenajes. Fué una escena hondamente conmovedora. Condensando el sentir general, el P. Pagliere, sucesor de Monseñor Cagliero en el Vicariato, invitó a la concurrencia a rezar por el bien del viajero; y el Arzobispo bendijo a sus queridos amigos, los de su grey, que dejaba, llevándolos, sin embargo, en lo íntimo del corazón.

Pasaron al local del Colegio Salesiano contiguo a la Parroquia, y en el salón de actos públicos del Noviciado San Francisco Javier, que funcionaba en las aulas que hoy ocupa el Colegio San José hubo un acto literario en el que hablaron en nombre del pueblo, el señor Peralta, y de los jóvenes de entonces, Juan Andrés Rial, y por los niños, Miguel De Salvo, estudiante del referido Noviciado, hoy cura párroco de Patagones y director del mismo colegio al que representó, no obstante ser un niño llegado desde Bahía Blanca, llevado por la vocación sacer-

dotal, a inspirarse durante sus estudios, en el ejemplo de los que tanto hicieron por la civilización de la Patagonia. El director del Colegio Salesiano, P. Luis Marchiori, ofrecía ese ramillete de augurios al Superior insigne que se retiraba del centro de tantas actividades descollantes.

Era el día 4 de julio de 1904. El Arzobispo, que tantas emociones vivió en los días anteriores, cuyo corazón latía al unísono con el sentir de su grey, no quiso nuevas y desgarradoras manifestaciones, y decidió partir hacia Fortín Mercedes, en las márgenes del río Colorado, al día siguiente, a las cuatro de la mañana, luego de haber oficiado misa en el templo cuyas bóvedas resonaron tantas veces al eco de la voz robusta del Prelado, que enseñara a su pueblo a amar a Dios y al prójimo con fe y abnegación.

Tales fueron las últimas horas pasadas por Monseñor Cagliero en territorio patagónico.

XXII

El diplomático

Hemos visto actuar a Monseñor Juan Cagliero como Apóstol de la Patagonia, en el vasto escenario de su acción misionera, sin entrar a mencionar otros aspectos de su personalidad, como orador persuasivo, teólogo de vastos conocimientos, músico y compositor de alta inspiración, religioso de piedad profunda. Otros estudiarán los distintos matices de su personalidad. Corresponde, no obstante, decir algunas palabras de su tacto diplomático. ¿Cómo pudo sortear obstáculos, evitar choques con las autoridades civiles, a pesar de los tropiezos que oponían a la labor de sus misioneros? Llegó a la República como Obispo y Vicario Apostólico de la Patagonia en momentos en que el Presidente Roca rompía las relaciones diplomáticas con la Santa Se-

de y acababa de expulsar del país a Monseñor Luis Matera, representante pontificio. No eran, por tanto, muy propicios los tiempos para desarrollar una empresa religiosa, misionera y civilizadora de la magnitud que la realizada con tanto éxito. ¿Es que Monseñor Cagliero estuvo ajeno a las inquietudes de los católicos argentinos? Absolutamente; el Apóstol con invariable energía se halló en todo lugar reclamando por sus deberes. ¿Y entonces?...

Poseía un fino tacto y un conocimiento tal del corazón de los hombres que, inspirándose en la conducta del Santo Fundador, Don Bosco, supo ser el adalid de la Iglesia y el conciliador en las divergencias civiles. No ahondó las dificultades que sufrió la Iglesia, las trató de contener. Captóse primero la simpatía personal del presidente, general Roca, en su primer período de gobierno, y al iniciar la segunda presidencia, en 1898, ya el general era el admirador del ilustre misionero. Ante la Santa Sede, por mediación personal, el Vicario Apostólico de la Patagonia, encontró la fórmula de coincidencia en la reanudación de las relaciones diplomáticas del gobierno argentino con el Vaticano.

En una entrevista que tuvo Monseñor Cagliero acompañado por el P. José Vespignani, con el presidente Roca en su segunda presidencia, el militar y estadista, dió al Apóstol, el título que repetimos en estas páginas.

—*Aquí está el civilizador de la Patagonia,* — dijo Roca señalando al Obispo misionero, presentándolo a los que con él se hallaban.

Anteriormente, unos veinte años antes, en 1880, el general Roca, en carta dirigida a Don Bosco el 10 de noviembre, escribió, entre otras cosas, estas palabras: "Puede usted estar seguro que las misiones de la Pampa y de la Patagonia ocuparán siempre en nuestra República el lugar que merecen las empresas civilizadoras; y que sus religiosos serán siempre tratados con la consideración, a la que se han hecho acreedores hasta la fecha, de las autoridades civiles y políticas del país".

Llamado a Italia en ese año de 1904, el nuevo Arzobispo recibió del Pontífice Pío X, la misión de Visitador Apostólico en diversas diócesis de la Italia Septentrional, y cuando se hallaba ocupado en dichas tareas fué requerido nuevamente por el Papa, quien lo envió como Delegado Apostólico a las naciones de Centro América. El tacto, la prudencia, la sagacidad del gran prelado lo acreditaron diplomático de dotes especiales. Pudo cumplir la delicada misión ante los gobiernos de Nicaragua, Honduras, El Salvador, y Costa Rica, con acierto tal, que en el año 1915 el nuevo Pontífice, Benedicto XV, le impuso el capelo cardenalicio, y lo designó para ocupar el Obispado de Frascati, próximo a

Roma. Cumplió a lo largo de su carrera eclesiástica la más brillante trayectoria, siendo el primer cárdenal salesiano! Siempre hubo de ser el primero, quien lo fué lo mismo en los sacrificios que en las exaltaciones y el reconocimiento pontificio!

El niño nacido el 12 de enero de 1838, en un hogar modesto de Castelnuovo D'Asti, bajo el Pontificado de Gregorio XVI, vivió durante los pontificados de Pío IX, León XIII, Pío X, Benedicto XV y Pío XI, falleciendo después de tan gloriosa vida el 28 de febrero de 1926, en Roma, internado de urgencia en un hospital, asistido solícitamente durante la enfermedad y en las últimas horas, por el Arzobispo Monseñor Félix Guerra, el intérprete de su espíritu en la labor cumplida en Bahía Blanca; su colaborador inmediato en la misión diplomática de Centro América, y hoy figura venerable de la Pía Sociedad Salesiana.

Así como Cagliero acompañó a su Padre espiritual, el santo Juan Bosco, en las últimas horas de vida en esta tierra de trabajos y sacrificios, Monseñor Guerra, cumplió, como hijo, este piadoso deber, cuando Cagliero entregó su espíritu al creador, a los ochenta y ocho años de edad.

XXIII

CONCLUSION

Las páginas que se han leído, — si el lector ha llegado hasta el final, — son un comentario argentino a la acción evangelizadora y civilizadora del Apóstol de la Patagonia. En el año del centenario de su nacimiento es preciso llevar a la consideración del pueblo la importante obra desarrollada en el sur argentino por este eminente Prelado, que, italiano por su nacimiento, dió los mejores años de su vida en servicio de nuestra nación, trabajando con fe ejemplar en nuestros destinos, en un territorio todavía inexplorado, para crear focos de civilización que irradiaron por todo el país.

La biografía del Cardenal Juan Cagliero, en la diversidad de sus aspectos, la publicó en italiano el sacerdote y escritor brillante don Juan

Cassano. El que esto escribe, trató de enfocar al protagonista en el escenario argentino, sin abundar en detalles, simplificando las referencias a lo puramente necesario.

Acerca del Eminente Purpurado mucho se ha escrito y mucho deberá escribirse. Los admiradores de su obra, tienen ancho campo donde espigar reflexiones. El sacerdote, el obispo, el misionero y compositor prestigioso y artista delicado, el predicador elocuente, el diplomático de fina penetración, son materia de estudio que ofrece perspectivas muy interesantes. He preferido presentar al Apóstol en sus correrías apostólicas sin hacer crónica de los innumerables viajes que realizó en cumplimiento de su misión, pero señalando aspectos salientes.

Cassano, su biógrafo, entre los muchos relatos sobre los hechos de Cagliero que tuvo presentes, pudo confrontar la relación de las misiones del ilustre Prelado en tierras argentinas, escrita por su secretario P. Juan Beraldi y otros documentos importantes que para los que estudien al gran Misionero en otros aspectos de su obra, son fuentes preciosas de información.

Como argentino, admirador de tan importante labor, he trazado estas páginas que son testimonio de la importancia de los sacrificios que costó la civilización de la Patagonia, aunque la

humildad de mi trabajo no tenga otro relieve que el de espigar en los hechos y deducir de ellos algunas reflexiones.

Al ausentarse de nuestro país el Cardenal Cagliero, había fundado en la república y otros países noventa y seis casas salesianas. Basta esa sola cifra para dar significación a la obra cumplida. Aún después de 1904 y hasta el año 1926, mucho hizo todavía; tanto, que el relatar las actividades del Apóstol da tema para varios libros.

La permanencia y jiras misioneras por la Patagonia, que recorrió en todos los rumbos, a lo largo y a lo ancho, sufriendo las inclemencias del clima y exponiéndose a peligros, se inspiraron en espíritu tan abnegado, que son suficientes a consagrar la gloria de cualquier hombre que se hubiese propuesto atender a la acción civilizadora en solo el aspecto educacional, por ejemplo. Pero Cagliero lo abarcó todo, desde la cristianización de los indígenas hasta la educación de la niñez y la juventud; y como complemento de esa actividad descollante, él y los misioneros salesianos, tomaron sobre sí la tarea de exploración de los territorios desconocidos, y sirvieron a la ciencia en lo esencial para difundir el conocimiento del sur argentino.

Ahí están, como resultados de esa acción, libros de tanta importancia como los cuatro to-

mos sobre la Patagonia escritos por el naturalista y misionero salesiano P. Lino Carbajal; el libro "En la Tierra del Fuego" del P. Maggiorino Borgatello; y el más reciente, titulado "Los indios en el archipiélago fueguino" del Pbro. Dr. Antonio Cojazzi.

Cada informe de los enviados por los sacerdotes que recorrían la Patagonia era fuente de conocimiento acerca de la geografía, la etnología y clima de los territorios que atravesaban. Todo lo investigaron en servicio de la república, que iba conociendo lo que aparecía en los mapas de ese tiempo con la leyenda: *Tierra desconocida.* Y para que hubiera una exacta información climatológica que permitiera la radicación de los que fueran a trabajar en tierras patagónicas, en cada colegio salesiano, desde el de Patagones al de Isla Dawson, a lo largo de la costa atlántica, se instalaron observatorios meteorológicos. De este modo, los salesianos en Neuquén o en Chubut o en cualquier punto en el que se instalaran, iban acumulando observaciones preciosas, que sirven de base a los estudios actuales.

Verdaderos precursores, dieron impulso a la educación popular y sirvieron a la República en todo cuanto estuvo en sus manos hacer por el bienestar argentino.

La gloria de Cagliero adquiere una importancia mayor a través de los trabajos de sus colaboradores, que, a su vez, consiguieron ganar la gratitud nacional con meritísimos trabajos. Muchos de esos hombres, cuyos nombres permanecen ignorados, están reclamando el biógrafo que refiera sus vidas y trabajos. Si la biografía del P. Milanesio ha sido escrita por el sacerdote salesiano José Garófoli, se espera todavía quien aborde el estudio de la personalidad de Monseñor José Fagnano, apóstol de la evangelización de los fueguinos; del P. Evasio Garrone, misionero y médico de imperecedera memoria en Viedma y todo el Río Negro, y así, de otros y otros, cuyos hechos los distinguieron en el apostolado religioso y en la labor educativa, social o científica.

Cagliero abrió rutas de civilización; los misioneros salesianos que interpretaban sus mandatos, jalonaron todo el territorio patagónico, dejando en cada lugar, escenario de sacrificios, la señal indeleble de cómo la Obra de Don Bosco, inspirada en el bien de los humildes y de los desventurados indios, servía, al mismo tiempo, a la grandeza de la nación predilecta del santo de Valdocco, que la eligió como campo de labranza espiritual para las grandes siembras del apostolado.

Sirvan las páginas escritas como estímulo para otros que, con mayor amplitud, podrán, en lo futuro, ofrecer estudios de aliento acerca de lo hecho por el Cardenal Cagliero, sus colaboradores y continuadores, en servicio de la Argentina que los contó entre los esforzados sembradores del bien.

APENDICE

Se tuvo presente en la redacción de las páginas que dejo escritas, cartas de los Misioneros que actuaron junto al Apóstol, los libros que sobre la Patagonia escribió el naturalista, explorador y misionero salesiano P. Lino Carbajal; el libro "Las Misiones Salesianas en la Pampa" publicado por Monseñor Roberto J. Tavella actual Arzobispo de Salta; la biografía del P. Domingo Milanesio escrita por el P. José Garófoli; la colección del "Boletín Salesiano"; las publicaciones tituladas "Misiones Salesianas en la Patagonia, su labor durante los primeros cincuenta años", y "Misiones de la Patagonia - Fortín Mercedes", esta última escrita por el P. Pedro Giaccomini; la colección del periódico "Flores del Campo", de Viedma, y distintas crónicas de los diarios "La Nación" y "La Pren-

sa" de Buenos Aires, y "La Nueva Provincia", "El Deber", "El Comercio" y "El Porteño", de Bahía Blanca.

Aprovecháronse, igualmente, versiones orales de colaboradores y amigos del Cardenal Cagliero, que le trataron durante su residencia en la Argentina.

I N D I C E

Con las debidas licencias

Vol. CXX.

Este libro terminó de imprimirse el día 30 de Setiembre de 1939, en los Talleres Gráficos Gaudino, Independencia 3762, Buenos Aires,

LIBROS RECOMENDADOS

Eva Lavalliere,

por Angélica Fuselli.

Historia de la gran artista que murió como una santa. El mejor ejemplo de lo que puede conseguir un arrepentimiento oportuno y la comprensión de La Verdad .... $ 0.95
—Edición de Lujo .... „ 2.50

Ejercicios Espirituales,

por San Ignacio de Loyola.

Obra que no necesita comentarios. Imprescindible para el verdadero católico, por servir de guía para la meditación y la penitencia. Prólogo del R. P. J. A. de Laburu S. J. .... $ 0.95

El Camino.

Librito de relatos para niños, a los que, bajo la forma de amables cuentitos, se les inculcan las virtudes cristianas que contribuirán a formar sus almas en la virtud .... $ 0.60

El Vestido Blanco.

Relatos ejemplares para los niños, a quienes interesarán especialmente las hermosas ilustraciones en colores que acompañan e ilustran el interesante texto instructivo .... $ 0.40

La Luz de la Montaña,

por Roberto Claude.

Delicada novela de la vida estudiantil que, a pesar de transcurrir en un país lejano, resulta fácilmente comprensible para nuestros estudiantes, por la semejanza de ambientes .... $ 0.50

Cristo en Nuestros Prójimos,

por Raúl Plus.

Las razones por las cuales debemos amar y servir al prójimo, expuestas en forma clara y acer-

tada por un maestro en temas religiosos que es, a la vez, escritor de mérito .... $ 1.45
—Edición de lujo .... „ 2.50

La Unión con Dios, según las cartas de Dirección Espiritual de Dom Columba Marmión,
por *Dom Raymond Thibaut.*
Recopilación de buena parte de la correspondencia mantenida por el que fué modelo de sacerdotes, con diversas personas a quienes expuso sus puntos de vista religiosos .... $ 2.50
—Edición de lujo .... „ 3.50

Beata María Josefa Rossello,
por el *P. Andrés Oddone, S. J.*
Biografía de la fundadora de las Hijas de Nuestra Señora de la Misericordia, cuyas virtudes la hicieron acreedora al honor de los altares y al álbum de la Santidad .... $ 0.95

El Alma de todo Apostolado,
por el *R. P. Juan B. Chautard.*
Sabias y prudentes reflexiones acerca de un tema de gran interés para los católicos en general y los sacerdotes en particular. Verdadero breviario para los conductores de almas $ 0.95

Liberalismo y Catolicismo,
por *F. Gabriel Riesco.*
La falsedad y el error de las teorías liberales y la veracidad inconmovible de la Doctrina católica, puestas de manifiesto en un libro de gran interés y profundidad .... $ 0.95

A la Cabecera del Dolor,
por la *R. M. Santa Catalina de J. C.*
Consejos y preceptos de moral hospitalaria, dictados en forma sencilla por quien ha conocido de cerca el dolor humano, en su calidad de religiosa enfermera de hospitales ...... $ 0.95

Emmanuel, (Dios con Nosotros),
por Mons. F. Chiesa.
Obra emotiva, de gran utilidad para todos los católicos, quienes retemplarán en la lectura de ella sus virtudes cristianas, la fe y la religiosidad de sus almas .... $ 1.45

Christus Vincit! El triunfo de la Eucaristía,
por M. J. Molina y Anchorena.
Homenaje a la Sagrada Eucaristía, fuente inextinguible de vida para las almas que buscan y hallan en ella el consuelo que nadie ni nada podría proporcionarles en el mundo .... $ 0.20

Tu Misa y Tu Vida,
por el Abate G. Dutil.
Un librito cuyo mejor eligio queda hecho indicando que, de la edición francesa, se han vendido más de un millón de ejemplares en menos de un año. Edición popular .... $ 0.10
—Edición especial .... „ 0.20

Jesucristo, Puntos sociales de su Doctrina,
por J. A. de Laburu, S. J.
Estudio minucioso y detallado de los principales puntos de la Doctrina cristiana, en su relación con los problemas sociales de todos los tiempos y, especialmente, los actuales .. $ 0.30

Bajo el Signo de la Caridad,
por M. E. Braun.
Alegato en favor de una de las más hermosas de las virtudes cristianas, realizado por alguien que conoce a fondo el alma humana, sus flaquezas y miserias y sus bondades .... $ 0.30

Jesucristo,
por Mons. Bougaud.
Un compendio de gran utilidad para los niños y aún para los adultos, a quienes ayuda a com-

prender las grandes verdades que no siempre son tan bien conocidas como debieran . . $ 0.30

Paulina María Jaricot, Apóstol de las Misiones,
por Mons. G. J. Franceschi.

Sintética biografía de un personaje de temple excepcional, cuya obra fué como la semilla fructífera arrojada en el surco y destinada a dar excelente cosecha .... $ 0.10

A Los Valientes... Y a los Otros. (Psicología de la Confesión),
por Miguel Ulloa O.

Valiente y clara exposición de las objeciones formuladas al Sacramento de la Confesión por los detractores del Catolicismo, refutadas con argumentos irrebatibles .... $ 0.05

Cómo Templar el Carácter,
por Ch. de Saint Laurent.

Obra altamente instructiva y muy útil para contribuir a la formación de la juventud, para la que constituye una guía segura y eficaz en todo momento .... $ 0.30

Cómo curarse del Escrúpulo,
por el Canónigo de Saint Laurent.

De la serie de obras de este autor, destinadas a la formación espiritual de la juventud y a contribuir a forjar caracteres firmes y resueltos .... $ 0.30

La Beata Imelda.

Historia ilustrada de la gloriosa Imelda, verdadero ejemplo para los niños que se disponen a tomar por primera vez la Sagrada Comunión .... $ 0.30
—Edición en cartoné .... „ 0.70

Historia de Lourdes Narrada a los Niños,
por Inés Goldie.

La emotiva historia de Bernardita, la niña que tuvo la suerte y el honor de que se le apareciera la Santísima Virgen, puesta al alcance de las mentes infantiles .... $ 0.30

¿Qué es el Santísimo Sacramento?,

por el P. Henri Evers, S. S. S.

Algo que todo buen católico debiera saber y que, sin embargo, muchos ignoran. El significado de la Eucaristía, su institución como Sacramento y su triunfo .... $ 0.15

Autodefensa de Judas y de Pilatos,

por Paul Claudel, con un epílogo de Juan S. Boanerges.

Una nueva versión del delito de Judas, que vendió al Maestro, y de Pilatos, cuya cobardía moral permitió que el Salvador del Mundo sufriera el martirio y fuese crucificado .. $ 0.30

El Evangelio y el Problema de la Vida,
por el P. Hoornaert.

Cómo podrían solucionarse los problemas que afectan al individuo en particular y a la sociedad en general, sólo con seguir cuidadosamente los mandatos del Evangelio .... $ 0.10

Vida Popular de San Camilo de Lelis,
por el R. P. Gaspar Cañada M. I., prólogo de Monseñor Gustavo J. Franceschi.

Historia de San Camilo, ejemplarizadora como todas las historias de cuantos han merecido el honor de los altares por sus virtudes y sus perfecciones .... $ 0.15

Nuestros Muertos,
por Sertillanges.

Palabras de consuelo destinadas a quienes han perdido algún ser querido, sufriendo la momentánea separación que la muerte impone y terminará en el día del Juicio Final .... $ 0.10

La Bondad,
por J. Guibert.

¿Qué es la Bondad? ¿En qué consiste? ¿Cómo se advierte? ¿De qué modo se consigue?... Preguntas que el autor contesta claramente en su obra, verdadero tesoro para la formación espiritual .... $ 0.30

Manual de Cuestiones Contemporáneas,
por el Cardenal Verdier.

Los problemas, inquietudes y preocupaciones que dominan el mundo moderno, encarados desde el punto de vista de un eminente prelado de nuestra Santa Religión .... $ 0.30

¿Qué es la Biblia? ¿Por qué debemos leerla?
por M. Chasles.

Enseñanzas útiles para la mejor práctica de la religión y de las virtudes, y para la más acertada comprensión de la importancia excepcional de los Libros Sagrados .... $ 0.30

La Educación de la Voluntad,
por J. Guibert.

Medios necesarios para fortalecer las voluntades débiles y orientarlas hacia la práctica del bien, despertando todas sus posibilidades de incorporarse a la actividad útil .... $ 0.30

El Ideal Cristiano del Matrimonio,

Conceptos claros, precisos y categóricos, acerca de un tema sobre el que la vida moderna, demasiado paganizada, había creado un peligroso confusionismo .... $ 0.10

Hacia el Matrimonio,
por el P. Raúl Plus, S. J.

Consejos para los que se disponen a contraer el Sacramento del Matrimonio y desean hacer del mismo una verdadera fuente de felicidad cristiana .... $ 0.50

Un Héroe anónimo del Evangelio,
por Manuel H. Roselli.

Biografía de Fray Bernardo Trippini, primer cura de Reconquista. Un relato real, más interesante que la mejor de las obras de ficción que hayan sido escritas .... $ 0.50

La Vida afectiva en la Adolescencia,
por Alberto Hurtado, S. J.

Preceptos para la educación y guía de los adolescentes, de modo especial en lo relativo a sus relaciones afectivas entre sí, y a los peligros que las mismas pueden entrañar si no son bien encauzadas .... $ 0.30

Un Ideal ennoblece la Vida,
por Luis J. Actis.

Quienes viven una existencia sin ideales, son como simples gusanos que se arrastran. Para ennoblecer la existencia se precisa un ideal. Eso es lo que demuestra el autor ...... $ 0.30

Respuestas Breves a Preguntas Difíciles,
por J. Baeteman.

Contestaciones rápidas, sencillas, claras y ciertas, a un extenso cuestionario, en el que se hallan incluídas las interrogaciones a que muchas veces no sabemos contestar .... $ 0.10

El Carácter,
por J. Guibert.

Qué es el carácter; cómo puede uno forjarse un carácter bien templado; medios para conseguirlo; dificultades a vencer; escollos a salvar; el triunfo en la constancia .... $ 0.30

San Luis Gonzaga (Miniatura Psicológica),
por el Dr. José Torras y Bages.

Concienzudo estudio psicológico y breve biografía de San Luis Gonzaga, realizados por un eminente prelado y hombre de letras, gran conocedor, por ello, del alma humana .. $ 0.20
—Edición especial, encuadernada .... „ 0.70

San Tarsicio.

La historia del niño mártir que sucumbió por no querer permitir que fuese profanada la Santa Eucaristía. Profusamente ilustrado, con grabados a dos colores .... $ 0.40
—Edición especial .... „ 0.70

Historia de San Tarsicio para los Niños,
por Dorita Luchía Puig.

Relato ingenuo y sencillo, especialmente apto para las mentalidades infantiles, debido al hecho de hablarles en el lenguaje sin rebuscamientos que ellos comprenden .... $ 0.10

Pequeño Misal de los Niños.

Un libro escrito especialmente para los niños, con el fin de que puedan seguir y comprender la Santa Misa, sin la dificultad de los textos demasiado profundos .... $ 0.30
—Edición especial, encuadernada .... „ 0.60,

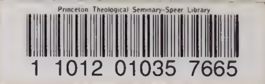
El Espíritu de San Francisco de Sales.

Visión interior de un alma de privilegio, de las que solamente aparece una en cada millón y que, por lo mismo, constituye un ejemplo difícil de imitar, pero insuperable .... $ 2.50

Santa Teresita,
por J. Carbonel, S. J.

Historia de Santa Teresita del Niño Jesús, explicada a los niños e ilustrada con gran cantidad de grabados que contribuyen a hacer más claro el texto a los pequeños lectores .. $ 0.50
—Edición especial, encuadernada .... „ 1.—





EDITORIAL
DIFUSION

Printed in Argentine